
Cartas a mis nietos

Desde Argentina, Israel, Inglaterra y España

Solly Wolodarsky

Índice de capítulos

Sur de Anibal Troilo (música) y Homero Manzi (letra)	4
EL TEATRO	5
TETUÁN	10
AVAPIÉS	15
LOS CONVERSOS	21
LA CRISIS NO ES COSA DE HOY	28
JORGE	36
LA ESTULTICIA HUMANA... ¿O NO?	39
LA SOLUCIÓN ESTÁ EN MARTE	43
IGNORANCIA, ERRORES Y MALA LECHE	49
¡EA JUDÍOS, A ENFARDELAR!	54
LONDON	57
PRIMERO DE SEPTIEMBRE	64
PHILEAS FOGG	69
LAS VÍRGENES DE AGOSTO	74
EL ARTISTA EN EL ARQUITECTO	77
EL MUNDO AVANZA	80
“PIL-PUL”	83
CAP XVIII	86
EL COLISEO	91
14 DE JULIO	95
¡QUÉ VIENEN LOS BAJITOS!	99
REGATEO	103
NOSTALGIA	107
NIEBLA	111

LA JUSTICIA.....	117
LIMPIEZA DE SANGRE.....	122
LOS LIBROS	126
MIGRAR.....	129
“MAME LOSCHN” EN ISRAEL	134
MI GALERÍA DE HÉROES	138
A MÍ NO ME DA IGUAL.....	142
PEISAJ	146

Sur de Anibal Troilo (música) y Homero Manzi (letra)

San Juan y Boedo antigua, y todo el cielo,
Pompeya y más allá la inundación.
Tu melena de novia en el recuerdo
y tu nombre florando en el adiós.
La esquina del herrero, barro y pampa,
tu casa, tu vereda y el zanjón,
y un perfume de yuyos y de alfalfa
que me llena de nuevo el corazón.

Sur,
paredón y después...
Sur,
una luz de almacén...
Ya nunca me verás como me vieras,
recostado en la vidriera
y esperándote.
Ya nunca alumbraré con las estrellas
nuestra marcha sin querellas
por las noches de Pompeya...
Las calles y las lunas suburbanas,
y mi amor y tu ventana
todo ha muerto, ya lo sé...

San Juan y Boedo antiguo, cielo perdido,
Pompeya y al llegar al terraplén,
tus veinte años temblando de cariño
bajo el beso que entonces te robé.
Nostalgias de las cosas que han pasado,
arena que la vida se llevó
pesadumbre de barrios que han cambiado
y amargura del sueño que murió.

Anteayer.

Lina Ayer

EL TEATRO

Cuando el peronismo cerril se apoderó de la Argentina, -desde 1945 hasta mediados de los '50-, a los jóvenes de aquellos tiempos que sufríamos la dictadura de un general filo nazi, anunciadora de un totalitarismo hitleriano a corto plazo, nos quedaban pocas alternativas para experimentar una limitada libertad intelectual de manera pública. Lo ilegal resultó discutible o menor.

Una alternativa era el teatro independiente, el movimiento fundado en los años '30 por Leónidas Barletta, el «Teatro del Pueblo», como alternativa para superar las limitaciones de los escenarios comerciales. Sus seguidores crearon una buena cantidad de centros dramáticos en los lugares más inverosímiles. Algunos perduraron: «La Máscara», «Nuevo Teatro», el «IFT» (en idish), «Fray Mocho», «Juan Cristóbal» y otros...pero de esto hace ya más de 60 años y no encuentro el libro que se publicó con la historia de este decisivo movimiento de resistencia cultural a la dictadura peronista.

En sus tablados, -que muchas veces no superaban la correcta y limitada acepción del término-, se dio a conocer lo mejor de la literatura dramática desde los griegos y romanos hasta el *Teatro del absurdo* de Ionesco. Por supuesto estos niveles de cultura -subversivos para los empresarios comerciales y apenas tolerados por la policía peronista-, atraían a la mayoría de los jóvenes estudiantes, a una clase media de profesionales y a algunos otros con inquietudes más allá de ganar dinero fácilmente en la próspera Argentina de la inmediata postguerra.

Después de unos años se acabó la fiesta de la *guita* peronista. La dictadura invirtió muy poco de ese dinero fácil -obtenido a consecuencia de la destrucción y de los veinte millones de muertos en Europa- en mejorar las estructuras económicas del país...pero pensar en algo más que en el hoy y en su gran mausoleo futuro no constituye una virtud de los dictadores. Tampoco lo hicieron los beneficiarios directos, los lacayos sumisos y medradores -¿por qué excluirlos?- los favorecidos por la situación económica del momento que, sin adherirse al «pensamiento único» propio del gobernante se cuidan de oponerse públicamente: la *guita* es la *guita*. Se trata de aprovecharse mientras dure, los que no lo hacen ¡qué se jodan!

En esa época en Argentina había un sector de *jodidos*, no muchos, pero existían los otros que, beneficiados de la coyuntura histórica, tenían remordimientos privados terribles, los judíos en especial. Cada peso ganado

significaba para mí y para una profusión de personas un muerto en los campos de exterminio...

Por ello los conscientes y yo éramos, no digo pobres, pero tampoco nos sobraba nada. Pensábamos en el futuro, los más en la Humanidad con mayúsculas, en el mañana del judaísmo, otros. Y estábamos por supuesto entre los jodidos, los sionistas jóvenes y los no por el momento. Pero los que teníamos remordimientos, judíos o no, y los auto considerados concienciados concurríamos a las salas de teatro independiente con regularidad, para darnos un breve baño de libertad intelectual.

Otros también participábamos en esos escondidos focos de resistencia de distintas maneras.

Antes de aclarar en qué consistió mi colaboración quiero recordar a dos amigos de esos que no figuran en los programas pero sin los cuales, sin su sostén no se podía comenzar la función. Se lo merecen queridos nietos. No recordarlos yo y sus hijos, -¿no es verdad, Masha?-, sería un oprobio para los que los hemos conocido, -¿no es cierto, Alterio?

Se llamaba él Isidro Gabriel. Ella, su leal compañera de toda la vida, se llama -¡hasta los ciento veinte!- Lucía Lipschutz. Vuestro abuelo, aparte de otras tareas, se formó como hombre de teatro, como autor fundamentalmente, en dos de esos teatrillos, el nunca olvidado IFT «Der Idischer Folks Teater» y el «Juan Cristóbal», de corta existencia como casi todos, pero que dio una serie de importantes nombres al teatro argentino.

En otro de estos teatros,-una medio toldería en un hueco baldío del centro de Buenos Aires, se llamaba «Teatro de la Diagonal»- se efectuó mi primer estreno, «El crack». El éxito fue enorme e inesperado. Ya os lo he contado.

Allí comencé mi carrera como autor teatral y todo lo demás. A causa de ello estoy hoy, medio siglo después, escribiéndoos, Arianne, Muriel, Michelle y Marcos esta carta desde mi casa de Madrid.

«El revoloteo de una mariposa en China puede provocar una tormenta en Europa» o algo parecido reza un proverbio chino. Aquella noche las mariposas revoloteaban en mi estómago, como en el de cualquier “farandulico” legítimo antes de un debut. Y estalló mi tempestad personal.

Otro oasis en medio del desierto de la represión perono-fascista violenta lo constituían los cineclubs.

No eran filmotecas al uso europeo de los años '50. No podían. Su futuro estaba condicionado por la Sección Especial de la Policía, según el día y la programación de cada jornada. Por lo tanto por no tener no tenían sede permanente ni fondos más allá de un mes como mucho. Yo pertenecía a uno, señero en esos años de mi agitada juventud, «Núcleo». Lo dirigía quien fue mi amigo, Salvador Samaritano. Añoro nuestras charlas en las “tenidas”, nuestras charlas posteriores a las proyecciones o las prohibiciones. *El negro Samaritano* era la enciclopedia viva de la cinematografía mundial.

Pero «Núcleo» no fue el primero. Tenía un precedente muy valioso, «Cine Arte», creado en los difíciles años '30, por un dentista con vocación cinéfila, León Klimovsky. Jorge Luis Borges, asiduo asistente a las sesiones de «Cine Arte», llamaba a León *El acorazado Klimovsky* por las repetidas programaciones didácticas del *Acorazado Potienkin* de Eisenstein.

Un inciso sobre Klimovsky, se lo merece. Creo, lo puedo asegurar casi, - dirigió dos películas con guiones de mi autoría- que lo sabía todo sobre el cine tanto en sus aspectos teóricos como prácticos. Filmaba segura y rápidamente. Era buena persona y modesto. PG 7 Todo esto unido le privó de un lugar merecido en la historia de la cinematografía.

Comenzó en la dirección de películas por un accidente: se rompió un brazo. La fractura, con su correspondiente escayola, le impidió trabajar como odontólogo durante muchas semanas. Su amigo, el gran y olvidado director argentino Luis Saslavsky, lo invitó a ser su ayudante personal durante el tiempo de curación: estaba por empezar un rodaje.

La odontología perdió un profesional; la cinematografía ganó un genio frustrado. En *La Parda Flora* (en la Argentina de los años '50) León llevó a cabo experiencias de iluminación y de revelado pioneras universalmente. Si hubiera sido francés, inglés o norteamericano hoy figuraría en las enciclopedias. Pero si la Argentina del peronismo no le fue propicia, su elección de la España del franquismo puro y duro no fue la mejor.

Aunque tuvo grandes éxitos de taquilla *Ama Rosa*, *La hostería del caballito blanco* y otras, su talento no obtuvo la oportunidad merecida. No eran ni el lugar ni el momento adecuados para él. Yo te recuerdo, amigo. Estás en mi galería de personajes inolvidables.

En «Núcleo» aprendí lo que sé de cinematografía teórica.

En los debates posteriores a la proyección intervenían directores en activo, guionistas, productores, algún invitado extranjero destacado, críticos, cinéfilos y coleccionistas que, llevados por su pirada afición - no existían vídeos, ni cd's, sólo celuloide- llegaban a tener auténticas filmotecas en sus casas. También asistían sensatos y simples espectadores quienes, casi siempre, efectuaban las preguntas u observaciones más acertadas.

En los muchos años que mis lunes a las 20 h. estuvieron reservados a «Núcleo» cursé el mejor doctorado en cine y cultura general al que se podía aspirar en la *Reina del Plata*, Buenos Aires, la hermana menor del París de los años 50.

Además gracias a las muchas sesiones del *Acorazado Potienkin* me informé de que el moderno relato cinematográfico no fue obra del genial director, por supuesto soviético y -¿qué otra cosa se podía ser en esa época?, ¿judío? ¿alguna duda antisemita?- sino -¡oh asombro! de un reaccionario -lo era en verdad-, imperialista norteamericano, David Griffith.

El retrógrado sudista católico, hijo de un coronel de la Confederación derrotada por los yanquis fue quien poco a poco fue descubriendo un nuevo lenguaje cinematográfico.

A Griffith se debe la utilización del *flash-back*, del plano medio, del primer plano, la acción paralela, los detalles, el *travelling*, es decir, todas las leyes del montaje fílmico que se utilizan hasta hoy. Lo hizo en sus películas desde 1908 para culminar su grandiosa aportación con *El nacimiento de una nación* en el año 1914.

Cuando la vi por primera vez antes de las innumerables posteriores, por supuesto en «Núcleo», quedé anonadado. No supe bien por qué hasta que los grandes concedores del cine me aclararon en sus insuperables debates que el film, de dos horas de duración -¡increíble para un mercado que solo admitía dos rollos de 20 minutos como máximo- tenía 1.375 planos montados con arte y maestría para producir reacciones emocionales e intelectuales adicionales liberándose de lo teatral como forma de relatar.

De esa forma el relato adquiría nuevas dimensiones, digamos, espirituales. Y sí, lo lograba. Había nacido en 1914 el arte cinematográfico.

Eisenstein dijo muchos años después: «Griffith creo todo, inventó todo. No existe en el mundo un solo cineasta que no le deba algo...».

Un detalle. Es una obra reaccionaria, intolerante con los negros, además de sudista anti yanqui.

Griffith para redimirse ante sus críticos filmó en 1916 su segunda gran producción *Intolerancia*. Es un film grandioso. Fue habitual en la programación de «Núcleo».

En mi cineclub visioné el mejor cine francés de preguerra, muestras del expresionismo alemán, las obras maestras de Hollywood, las aisladas y singulares del cine escandinavo, las soviéticas que luego prohibiría la censura, a Kurosawa, a Bergman antes que el resto del mundo, no es exageración...¡Joder!, todo, todo lo bueno que se producía en los más remotos confines de la Tierra, Argentina incluida. Y México. Y la España de Bardem, Berlanga y la *Viridiana* de Buñuel prohibida por Franco.

De allí vengo. Del «Teatro del Pueblo», del IFT, de «Núcleo», de la lucha callejera e ilegal contra el fascismo, de las huelgas universitarias, de las inhóspitas y adorables calles de mi barrio porteño, de las noches sin dormir, no por mi asistencia a las discotecas, sino por inscribir en los muros las consignas antiperonistas del momento

Y como yo lucharon muchos en todo el mundo, más de los que se pueden imaginar, esos viejecitos y viejecitas que inspiramos cariño a nuestros nietos y molestias a quienes no nos conocen. Lo de hoy, jóvenes, se lo deben, nunca lo olviden a los de ayer, no más.

Una observación final para ser meditada:

El nacimiento de una nación de Griffith, racista, reaccionaria y todo lo peor socialmente imaginable obtuvo el mayor éxito de su época. *Intolerancia*, con la cual el mismo Griffith quiso lavar posteriormente su fama de cavernícola político fue un sonoro fracaso de taquilla.

Schalom

TETUÁN

Cuando mi estancia en Madrid se tornó, imperceptiblemente, en definitiva - y todo lo firme que una decisión de este tipo puede ser para un profesional del *show business*- algunos de los aspectos de la vida diaria comenzaron a tener perfiles más netos. La decisión de permanecer se produjo por varias razones: un buen trabajo bien remunerado. En Radio Televisión Española me confiaban programas de nuevo cuño, *Estudio Abierto*, *Buenas Tardes*, *Aplauso* etc, etc, para ir renovando el gusto de la audiencia. Tuve éxito personal. A los españoles les agradaban los nuevos espacios. En Radio Nacional adaptaba y dirigía obras teatrales -¡teatro!- y disponía de un elenco maravilloso de grandes intérpretes. Además, vivía en un buen barrio, cerca del estadio del *Real Madrid*, y mis hijos asistían a uno de los mejores colegios, el *Ramiro de Maeztu*. Franco...sí, existía, pero le faltaba poco como afirmaban mis jefes de la *tele* y de la radio, los *posibilistas*. Luego, enseguida, vendría la democracia

¿Para qué ensangrentar con una nueva guerra civil a una España próspera y tranquila? Se debía esperar. El tiempo, breve, haría su labor. Además vivíamos en la *dictablanda*.

Estaban en lo cierto, aunque esperar es desesperar. Varios de mis jefes de la *tele* se convirtieron en ministros, el más listo de ellos en presidente del gobierno y en figura histórica de la transición. Se llamaba Adolfo Suárez.

En esos años, siguiendo una vieja tradición judaica que me fue transmitida por mi padre y a él por el suyo, Schulem bar Iacov, Wolodarsky para la vida oficial rusa, busqué una sinagoga.

«*Cuando estés en el extranjero, hijo, -me dijo adón Meir, don Mario, mi progenitor- encuentra el schil, la sinagoga más próxima. En un momento de dificultad sólo puedes confiar en un id, un judío...*». Éste era el añejo consejo.

Yo no era, no lo soy, lo que se dice creyente ni mucho, ni poco, pero judío sí. No hay contradicción entre ambas actitudes pero ése no es el tema de hoy, mis amados nietos. Además la solidaridad judía la conocía de primera mano. Hoy no toca, pero la ejercí en los arduos y dolorosos años de la postguerra, de forma activa, conjuntamente con decenas de miembros de la judería argentina en aquellos difíciles tiempos del antisemitismo soterrado del peronismo, sus protegidos nazis y los criminales de guerra asilados con placer por Perón. A

ninguno de los socorridos se le preguntaba a qué sinagoga iba o si cuidaba el *Shabat*.

La sinagoga de Madrid estaba, está, -¡oh paradojas de los hechos!- en la calle *Padre Balmes*, un reconocido teólogo católico, casi esquina con la calle *Santísima Trinidad*, en las cercanías de la estación de metro de *Iglesia*.

Allí me presenté con la intermediación de Max Mazin, su presidente entonces, a quién me había enviado Isaac Navón, mi buen amigo israelí con una, ibérico detalle, excelente recomendación epistolar. Me hice miembro. Lo soy hasta el día de hoy. Lo seré después. La CIM es más mi *kehilá* que mi templo de rezos. No entendían bien a este judío, yo, que no concurría a las oraciones ni a las grandes citas ceremoniales del calendario religioso, pero que estaba ahí cuando era necesario y útil.

Los *turcos* de Buenos Aires se transformaron en sefardíes de Marruecos. Comenzar a distinguir entre ellos me exigió muchas calendas. Con los *aschkenazim* fue más fácil. Para empezar eran pocos, muy pocos. Los húngaros,-cinco o seis familias- constituían el núcleo duro; algunos norteamericanos, siempre los hay; algún argentino, nunca faltan; unos pocos ingleses, un checo, unos polacos, Max que es lituano, *litvak*, y ejerce como tal...Puede ser que me haya olvidado de alguien, pero no de muchos. Es que éramos escasos entre escasos judíos madrileños. Los españoles, nacidos en España, varios de Ceuta y Melilla y pare usted de contar.

Para comenzar estos sefardíes eran de Marruecos, primera gran diferencia. Los *levantinos* turcos, griegos, balcánicos, etc. pertenecían al fenecido Imperio Otomano, lo que había producido otro tipo de comunidades judías. Ni mejores, ni peores, distintas.

Cuando, a partir de 1492, llegaron los judíos españoles a los sultanatos marroquíes, ya habitaban estas tierras magrebíes *otros* judíos, aunque los sefardíes los llamen *forasteros*. Lo son, no por raíces o número sino porque son ajenos a las sabias *takanot*rabínicas de Castilla.

Los *otros*, los *forasteros* tenían variados orígenes, algunos, en fin, digamos *míticos*: tribus guerreras huídas a través del Norte de África del dominio romano de Judea. ¿Por qué no? ¿Acaso los Omeya árabes no realizaron algo similar de Damasco a Córdoba siglos después? ¿Y si los árabes lo hicieron,- por supuesto, a

posteriori, imitando como siempre a los hebreos-, qué dudas cabían sobre los guerreros de Judea? Ninguna.

Hasta tuvieron un reino, el de la tribu judeobereber Yerana. Y una reina, *La Kahena*, que ejercía su poder en Ifrikia, en el Norte del África magrebí, cerca del macizo del Aurés.

¿Y a dónde se marcharon los judíos de Cartago cuándo fue destruida definitivamente? Pues hacia el Este, donde todavía no habían llegado los conquistadores árabes, al actual Marruecos. También llegaron los judíos de la Hispania Romana perseguidos por los visigodos. No eran todavía *sefardíes*. Se reconocían como *romañolos*, es decir, como pertenecientes a Roma, pues los primeros habían llegado a Hispania siguiendo a las legiones del Imperio y en las ciudades vivían sus descendientes.

Las tribus germánicas no querían judíos en las tierras conquistadas. Muerte o conversión a esa nueva religión que era muy adecuada a sus propósitos hegemónicos: el cristianismo. Un rey, una creencia divina única. Existía otra alternativa para nuestros remotos hermanos de fe, muy habitual en los expulsados de Judea y sus sucesivas proles: huir. Una vez más.

Marruecos estaba a diecinueve kilómetros actuales de distancia cruzando un estrecho estrechísimo...¡qué les den a los visigodos!

Los recibieron muy bien. Traían algo de lo que carecían los aborígenes locales y sus jefes: conocimientos científicos, financieros, profesionales y relaciones con el resto del mundo. Hay más, pero no es éste mi tema. Hay quienes lo conocen y desarrollan mejor que yo.

Los sefardíes no fueron pues los primeros hebreos en arribar a esas tierras. Sí constituían lo más granado del judaísmo mundial: grandes científicos, profesionales, artesanos, comerciantes y ricos financistas que tenían, como los anteriores expulsados, los mejores contactos con un mundo nuevo. América ya estaba en los mapas.

Se instalaron durante casi cinco siglos. Se dice pronto, ¡quinientos años!

De esos marroquíes venía la mayoría de la comunidad judía de Madrid. Se conocían entre ellos. Muchos tenían relaciones familiares; hermanos, cuñados, primos, tíos, padres, madres, abuelos y todas las consecuencias queridas y no queridas que conlleva un linaje común.

Mi familia y yo, cuyo conocimiento de nuestro árbol genealógico llega, como mucho, a unos abuelos, éramos como extraterrestres en ese medio. Pero convivíamos. Mis hijos hicieron amistades entre los de su edad que perduran a día de hoy. Hasta tuvieron noviecitas juveniles sefardíes..

Cuando pasó el tiempo necesario comencé a percibir las diferencias sustanciales entre unos y otros. No resultaba lo mismo ser de Tánger, *tanguali*, que de Tetuán, *tetuaní*. Tampoco se debía confundir con los demás a quién habían nacido en Larache, Alcazaquivir o Axuen. ¡Ni hablar de los de Casablanca, Fez, Marrakech o Rabat!

En fin. No muy diferente a ser de Ucrania, los mejores, de los cuales desciendo yo, que polaco, rumano, *besaraber*, o *galitzianer* entre los *elegidos* por «Dios», los aschkenazim. No será un *forastero* como yo quién se introduzca en precisiones de superioridad genética.

Estimo a todos, los estimables, a esos que nos han hecho la vida judía más fácil en un país en el que lo hebreo es mal conocido aunque, sin el ingrediente judeo-español, la España actual sería incomprendible.

Pero hoy quiero detenerme en Tetuán, no solo porque varios de mis mejores amigos sean tetuaníes: Jacobo Israel. Alguna vez, espero, consagrará la totalidad de su tiempo a dejar testimonio de su sabiduría y no a dedicarlo a afanes más terrenales; Pinjas, *Pinito* Bendahan que siempre ha estado en primera línea institucional; Esther Bendahan, que, si no lo es, será una gran escritora española, no me cabe la menor duda, lo tiene todo, sobre todo juventud física y literaria; Benito Garzón, un rabino moderno con una gran preparación filosófica. Me recuerda a mi tío *Yank/Wolodarsky*. Era rabino y no ejercía como tal porque, según él, no existía en toda Argentina una sola comunidad que mereciera tener un rabino de su categoría; Alberto Benoliel, cuya sabiduría no sólo abarca lo judío, lo universal no le es extraño; José, *el moreno*, Israel; José “yinyi” (pelirrojo) Israel...Y otros. Sé que olvido a muchos, pero los quiero a todos.

En esta carta, mis queridos nietos, quiero hacer honor a una ciudad a la que, quizá, el sefardismo marroquí adeude buena parte de sus valores.

Cuando por razones de trabajo, localización y rodaje tuve ocasión de transitar por las calles de Tetuán y seguir los vericuetos de su *mellah*, su puerto, sus casas, comprendí, creo, aunque fuera superficialmente, los *porqués* de la idiosincrasia tetuaní. La antigua Tamuda, destruida por las guerras, fue en 1492, tras la Expulsión, el punto elegido por muchos judeo-españoles como refugio.

Llegaron en los barcos granadinos de los moros andalusíes, la mayoría de ellos marinos musulmanes que renegaban del cristianismo. Con la caída del reino nazarí a los apóstatas de la fe de Cristo les esperaba la hoguera. Muchos de ellos, con base en Tetuán y Salé, se transformaron de marineros de guerra de Boabdil en piratas. Tenían los barcos, los cañones...Fueron los terribles berberiscos que asolaron el Mediterráneo y el Atlántico. Los demás marineros se dedicaron con sus barcos al tráfico comercial con el Mediterráneo oriental, musulmán en su mayor parte.

Los judeo-españoles reconstruyeron las ruinas de la antigua Tamuda. En la nueva ciudad, Tetuán, renació con fuerza el judaísmo de raíz hispánica; sinagogas, escuelas, seminarios, centros comunales... En sus escuelas, se enseñaba, al igual que el hebreo y el francés –éste ya en tiempos más cercanos, en los siglos XIX y XX- el castellano, ya desde la centuria del 1.500. Por eso los tetuaníes lo utilizan tan bien, con ese acento tan particular que llaman *estrechi*.

Con un puerto rehabilitado, con barcos de musulmanes yendo y viniendo de todos los rincones del mundo, sumados a la experiencia comercial, artesanal y profesional de los sefardíes no se podía esperar otro resultado que una comunidad próspera.

Por supuesto, buena parte de esa bonanza se dedicó a la cultura judía. Por eso han sido y son tetuaníes grandes rabíes talmudistas, los más profundos estudiosos del judaísmo sefardí.

Pero la prosperidad y la riqueza judía siempre atraen y provocan a quienes les dan cobijo. Tetuán no fue una excepción. Las hordas, del sultán de turno, asolaron la ciudad una y otra vez. Y otra más. Estas razzias (no en vano, la raíz idiomática de esta palabra es magrebí) enseñaron a los tetuaníes a ser discretos, casi hasta el secretismo en “sus” “asuntos”.

Los actuales tetuaníes madrileños y sus descendientes son reservados en sus apariencias y decires como lo fueron sus antepasados, pero, quien como yo, ha logrado atravesar ese muro defensivo un poco, se ha encontrado con seres de excepcionales méritos envueltos en un hábito de modestia.

Todo eso acudió a mi mente en aquellas visitas cuando los fantasmas de los Israel, los Benatar, los Benoliel, los Garzón, los Coriat, los Hassan, los Naón, los Bibas, los Bendahan y tantos otros salieron de sus casas, cuando los habitantes de

la mellah y los dueños de sus diminutas tiendas vinieron a darme la bienvenida y a guiarme por las calles y callejuelas de la ciudad.

Fue cuando la hermosa Plaza España no había sido aún reemplazada por un palacio real casi nunca habitado por los monarcas.

En 1968 cerraron las últimas instituciones judías en Tetuán. 500 años después. Pero yo he percibido el aroma de aquellas esencias en mis amigos de hoy. Lo llevan en sus “yos” más íntimos, como las flores que se abren cuando lo creen oportuno.

Schalom

Post data:

A mis amigos y cofrades de Tánger. No he olvidado vuestra importancia. La conozco y he visitado varias veces el antiguo Boulevard Pasteur. Escribiré sobre vosotros. Hoy no tocaba. Os quiere,

Solly.

AVAPIÉS

Como a pesar de las apariencias con vuestro abuelo se cumple, por una vez, aquello de que “lo que parece verdad no lo es tanto”, o por lo menos tiene matices que la transforman en una verdad relativa, os quiero poner al tanto de algunos aspectos de mis actividades profesionales. No de todos, porque sería,- desde que empecé a trabajar a mis tempranos 13 años-, demasiado confuso y algunos podrían parecer digamos demasiado extraños a quienes como vosotros hoy viven en buenos barrios, estudian en colegios y universidades inglesas y todavía no se han enfrentado a la dureza del mercado de trabajo.

El mundo laboral es correoso y competitivo, y no siempre al mejor preparado le corresponde el mejor puesto. Funcionan muchas y diversas coordenadas en la

vida real. Os voy a mencionar las más evidentes: vínculos familiares, relaciones sociales, afinidades políticas, nacionalidad, sexo, edad, aspecto físico, amistades comunes, etc, etc.

En el caso específico inglés, a la hora de presentarse a una entrevista de trabajo, es muy importante para los muchachos vestir la corbata de la universidad adecuada y, para las chicas, lucir un elemento distintivo, un *pin* o un escudo bordado en la blusa. Por supuesto las universidades “adecuadas” son o eran dos, Oxford y Cambridge, y la tercera la “London School of Economics” y ,en mi profesión, “The Royal School of Arts”.

En España una buena “recomendación” resulta indispensable para “colocarse” en el puesto apetecido. Hoy estar en posesión del carné del partido gobernante en la nación, autonomía o ayuntamiento contribuye de forma importante en la toma de decisiones laborales de los dadores de empleos.

Hubo a quien, (no diré su nombre) ninguno de sus tres carnés –sí habéis leído bien, tres carnés de tres partidos diferentes a los que se había afiliado al mismo tiempo “por si las moscas”- si bien le ayudaron a conservar el puesto y medrar, pudieron evitarle el cese por insoslayable fallecimiento, además prematuro. RIP Tomás.

Sí, un carné de partido ayuda pero lo decisivo es la “recomendación” del personaje adecuado en el momento preciso. Siempre.

En Israel se llama “vitamina P”, la inicial de la palabra hebrea moderna “protetzkie”.

Pero no desesperen mis amados descendientes. En general, casi no hay excepciones, esos privilegiados postulantes – que conocen sus bulas casi desde su nacimiento- fuera de buenas maneras, no poseen más habilidades y resultan unos perfectos ineptos para desempeñar las tareas propias de su posición laboral.

Pero las empresas públicas y más si son privadas, necesitan buenos profesionales para funcionar y rendir sus frutos económicos y/o políticos. Ahí aparecen, aparecemos, los bien preparados y competentes. Son, somos, indispensables. No importan nacionalidad, sexo o edad. Por obviar dificultades hasta aceptan judíos, con tal de que no figuren mucho, poco o nada (esto último suele ser lo más deseable). Pero los necesitan, como siempre, desde el inicio de la historia hasta hoy. A los preparados y a los judíos.

De ahí mi “recomendación” queridos nietos: ¡a prepararse bien, muy bien! Hasta no preguntarán por el extraño origen de vuestro apellido, Wolodarsky. Será la mejor corbata universitaria, la insuperable recomendación, el inmejorable “carne” de partido, la excelente “P”.

En Argentina, con sus matices según la época, la “P” de peronista, bien lo sé por dolorosa experiencia personal rige desde los años 40 hasta hoy, 2009.

Pues bien. Con ese panorama en los años 40-50 pensé que un título universitario, -¡iluso de mí!-, me proporcionaría el medio adecuado para ganarme la vida trabajando honestamente. Elegí -¡ingenuo!- la carrera de Abogacía. Mi padre, Don Mario, me advirtió de mi error, pero cuando le informé de que realmente mi vocación eran las letras, aceptó las leyes como mal menor.

Con la literatura, en Argentina en general, en la época del peronismo en especial, un opositor para mayor INRI lo tenía muy crudo. Crudísimo.

Al terminar la carrera, mis queridos compañeros Goyo Pasik, “Cacho” y yo montamos una sociedad. Goyo Pasik fue un hombre excepcional, dirigente socialista, que pagó un alto precio por serlo: un hijo fusilado durante el “proceso”, además de una difícil vida personal. Sólo el óbito prematuro le dio la merecida paz.

El otro, “Cacho”, el que luego fuera el Profesor Emérito de Derecho Civil, doctor Isidoro Herman Goldenberg, mi último y querido compañero de estudios. Hoy me resulta muy difícil, imposible hablar de él; tengo el dolor clavado en mis sentimientos. Resulta amargo asistir desde la distancia a su cruel y larga agonía.

Los tres habíamos terminado la carrera entre huelgas, encarcelamientos, cargas policiales, detenciones, palos y torturas.

Yo aporté a la sociedad mi máquina de escribir; Cacho su sapiencia jurídica (había trabajado unos años en un gran estudio); Goyo su gran capacidad de trabajo y honestidad a toda prueba. Malvivimos unos pocos años, pero entre asuntos pequeños, clientes no muy ricos, nacionalizaciones de inmigrantes ilegales judíos (yo tenía acceso directo a ellos, algún día relataré porqué), íbamos tirando.

Pero el destino irrumpió en la figura de mi camarada (luego ex, como resultado lógico de pensar honestamente) Samy Feldman. Él envió, sin mi conocimiento, los originales de mi primera obra teatral “La raza de los subhombres”, a un concurso internacional en 1957. Los hados se interpusieron en el malhumorado ejercicio de mi profesión de abogado. Actuar como letrado en Argentina era, -¿es?-, una mierda.

Pues sí, Samy tenía razón. Gané el primer premio. La tradujeron a 12 idiomas. La editorial “Quetzal” de Buenos Aires la publicó. ¡Joder! Sabía escribir teatro mucho mejor que redactar una demanda judicial.

Después vino el estreno de “El Crack”, mi segunda obra. Éxito. Dos años, o más en cartel; adaptación cinematográfica; premios nacionales; publicación; la crítica saludó a un nuevo escritor teatral: SOLLY.

Gloria mucha, gaita, escasa. Pero, ¿quién puede pensar en esas minucias en esos momentos?

Feneció el abogado no vocacional. Les hice el favor a Goyo y a Cacho al abandonarlos. Uno menos a repartir. El derecho perdió un ejerciente. El teatro ganó un nuevo mendicante.

Pero -¡oh cruda realidad!- sin carné de algún partido en el poder, en especial neoperonista, estaba jodido. La escena independiente daba fama de intelectual, “progre” pero parné, poco o casi nada.

Lo del teatro quedó (una esposa, dos hijos), para mejor ocasión. La incipiente televisión necesitaba guionistas, productores, realizadores, ejecutivos...Ingresé en el medio. Aprendí los diversos oficios en aquella época de los comienzos.

No me fue mal, pero bien, lo que se dice bien, es decir ganando gaita, mucha gaita, como otros (no los critico), no. Yo nunca pude escribir, producir ni alguna vez dirigir ninguna telenovela, “culebrón” o algo parecido. Mis taras de intelectual, de “progre” lo impedían. Pero vivíamos correctamente...hasta el regreso de Perón, Isabelita y “tutti quanti”. Ninguno de los “triple A”, recomendable. Ellos llegaron, yo me tuve que ir.

Las “teles” volvieron a ser de los “muchachos peronistas”. El teatro, el cine, de ellos por supuesto. ¡Ya estaba bien! ¡Otra vez no! Quería respirar libremente, ver como era el mundo sin Perón, sus sucesores, sin militares “salvapatrias”, sin “el partido”.

Di unas vueltas por el orbe civilizado. No me fue mal. Pero las maletas pesan, sobre todo si son unas cuantas y de mi mujer y mis hijos además de mías.

En esos lugares con antenas de TV, en Israel más, inaugurar un canal era, en aquellos tiempos, un acontecimiento nacional. Me apreciaban como productor, -

idear programas me gusta casi tanto como escribir-, y mucho como ejecutivo: director de producción, de programas, etc. Pero no escribía ni una línea.

Tampoco tenía tiempo. ¡Quién es el guapo que dialoga en hebreo, inglés, francés, holandés cuándo para trabajar, si bien te sirve un nivel de comunicación primaria tipo Tarzán, para redactar una comunicación de tres líneas necesitas dos secretarías!

El teatro de nuevo quedó aparcado para otra mejor ocasión. Como ven Talía no tenía muchas posibilidades. Ninguna. ¿Dónde había quedado el abogado? ¿En qué rincón se ocultaba el autor de éxito, el guionista de cine laureado? Detrás del excelente productor, del eficiente ejecutivo se escondía una, no digamos frustración, pero sí un anhelo incumplido

.Quizá, si tuviera ocasión, pudiera volver a presenciar, -no lo hago habitualmente-, el estreno de una obra teatral mía. Voy el segundo o quinto día, sin amigos que te aplauden o críticos “dudosos” si emiten un juicio negativo. A los otros, a los que hablan maravillas, los adoro. Natural. Sólo por tradición, -¿ego?-, salgo a saludar y deslumbrar con mi *speech* después del estreno.

Pero...como reza la canción ¿cuándo, cuándo, cuándo...? Los años corrían. Pero el sino, los hados y una buena oferta de trabajo se presentaron en franca complicidad.

España era digna de consideración. Buen trabajo: los “posibilistas” querían renovar Televisión Española con gente capaz. Juan José Rosón, Secretario General de la Radiodifusión Española (luego fue ministro de la histórica Transición, una transición discutible, sí pero llevó a España a la democracia sin derramar sangre, contrató a unos cuantos excelentes profesionales extranjeros, entre ellos a mí.

Las objeciones ideológicas (Franco aún vivía) menguaron después de una conversación privada con Rosón. Para mí nada de política y cláusula escrita de “conciencia” y un ...buen contrato por dos años.

Después del peronismo, de las matanzas stalinianas, de...¡tantos otros “ismos” en la cuenta de mis desilusiones! ¿Por qué no? Además...¡Trabajar en castellano! ¡Escribir... en español! Aunque no lo confesaba esa cláusula obvia de mi contrato era para mí muy importante.

Después de un tiempo, tras saber lo que se debe conocer en cualquier terreno nuevo, comencé a incursionar en la escritura de guiones

televisivos...Sucedieron varios hechos que fueron moldeando mi reencuentro con las letras.

Primero: reaprender a escribir en correcto castellano, no en “argentino” aunque, aún hoy, 40 años después se me escapa alguna cosa...

Segundo: como judío descubrí una temática que no tenía su correspondiente literario. Mis vecinos del Once bonaerense, los “turcos”, se convirtieron en “sefardíes”, con una riquísima historia que me atrajo poderosamente.

El proceso había comenzado en Jerusalén. Mi buena relación personal con Isaac Navón (quién más tarde sería Presidente del Estado Hebreo), y con Isaac Levi, (el patriarca de la escuela musical sefardí) me abrieron las puertas de un mundo desconocido... ¡judío!. Lo judeoespañol.

En Madrid fueron mis guías Samuel Toledano, gran amigo y recordado mentor, Max Mazin, un aschkenazy tremendamente españolizado que para mí es más que un amigo, quizá parecido a ese hermano mayor que nunca tuve.

No quiero olvidar a Jacov Hassan, el profesor enloquecido por sus investigaciones, cual rabino medieval en el estudio de la Torá, a Elena Romero, sabia “gaon” del sefardismo y a muchos otros que construyeron mi interés, -¿mi romance?-, con el judaísmo de raíz hispana.

Volví a escribir teatro. Regresé a mi primer amor. El círculo se cerraba.

Así como Buenos Aires fue el gran tema de mis primeras obras, la grandiosa historia de los judíos españoles es la de hoy. “Los conversos”, “La conversa de Hervás”, “Maimónides, el sefardí”, “El judío de Hervás”, una gran serie televisiva, “Voces de Sefarad”: 7 horas de revisión de la vida judeo-española para conmemorar el V Centenario de la Expulsión en 1992, artículos, conferencias...

Dicen que es la primera aportación de literatura de ficción judeo-española después de 500 años. Puede ser, pero si lo es, mejor.

En estos días he cumplido con mi hogar adoptivo de los últimos 40 años, Madrid. “Avapiés” es mi penúltima obra. La penúltima son estas “Cartas a mis nietos”. “Avapiés” honra a los descendientes de la última judería de Madrid, los “manolos” y “manolas” del castizo “Lavapiés”, esos madrileños que dieron su sangre y sus vidas en la Guerra de Independencia de España, los primeros desde 1802 hasta la retirada napoleónica.

Sí, nietos de conversos judíos, de linaje judío, fueron los que lucharon en primera línea, solo con sus navajas, contra Marat y sus soldados, contra los mamelucos. “Sorpresas te da la vida, la vida te da sorpresas”.

Sí, tiene razón Américo Castro: “Quién ignora el aporte judío a la historia de España, desconoce la historia de España”.

Schalom

LOS CONVERSOS

Un día de finales de 1996 me llamó por teléfono una persona a quién no conocía:

-Soy Miguel Nieto, director de teatro y me gustaría verlo. Se trata de una obra de la cuál usted es autor...”Los conversos”.

¡”Los Conversos”!

Es un trabajo, quizá el puntero, creo, de todo el bosque de papel que, - emborronado con diálogos y conflictos humanos-, he llevado a la literatura dramática, y, a veces, al escenario.

De mi teatro, corto en títulos, de mi vocación más arraigada, nunca pude obtener el sustento mínimo y me tuve que buscar el cocido de mi familia con la televisión, algunas películas, la radio, el periodismo y lo que pasara por la máquina de escribir, a tanto el folio, como afirmaba, con su fundamentado cinismo, Camilo José Cela, ese del premio Nobel por el que tanto había trabajado.

Cela, literariamente tiene un par de novelas excepcionales, pero sus esfuerzos fueron mucho más extraliterarios. Como astuto gallego que era, supo elegir sus amigos. Siempre ansió el Nobel...y lo obtuvo.

Yo nunca aspiré al Nobel, ni a ningún otro, aunque obtuve varios importantes. Sólo me interesaba estrenar y que la platea estuviera poblada. La ley del espectáculo: el público manda.

Las críticas y las fotos en los periódicos, -claro que me hacían bien al ego-, pero las estimaba más por su efecto en mi familia, mi sufrida Lina la primera. Ahora se agregan mis nietos. ¡Qué abuelo no lo haría!

A este respecto, siempre recuerdo una breve historia acaecida entre los míos.

Mi padre no me criticaba, pero tenía fundadas dudas, justificadas, sobre las posibilidades económicas de mi nuevo oficio de escritor, y no entendía como una persona responsable, casada, con dos hijos podía abandonar su profesión de abogado para convertirse en un vergonzante habitante de cafés literarios y resignado “habitué” de las salas de espera de directores generales y ocupadísimas productoras del “show bussines”. Tenía razón, pero, como el escorpión, su hijo mayor, “Shulem”, yo, lo llevaba en su naturaleza. No se podía contener. Para colmo, su esposa, la mía, Lina, apoyaba a su esposo, a mí, en su loca decisión.

Mi madre, doña Rebeca, no hablaba mucho del asunto, pero cuando lo hacía, ¡joder!, me ponía a parir. Es de aclarar que las facultades críticas de mi progenitora eran habituales en su callada (afortunadamente) personalidad. Muy inteligente por naturaleza, le costaba mucho expresar sus sentimientos íntimos. Lo hacía con sus hechos, fundamentos reales del amor y del cariño, pero de vez en cuando no vienen mal unas palabras de dulzura, ¿verdad?

Yo desgraciadamente, mis amados nietos, -¿hijos?-, amigos queridos creo que he heredado de mi madre esos silencios y reservas que me hacen más difíciles las relaciones humanas aunque, en el aspecto de juzgamundos y crítico de personas, camino por las rutas de la tolerancia y la ingenuidad. Soy así. ¡Jodida combinación, les aseguro! Sí, soy así...

Bueno, mi madre no opinaba tanto hasta que gané, con Roa Bastos como coautor, el primer premio de guión de cine en un gran festival de cinematografía por nuestro trabajo en la gran película de Lautaro Murúa “Alias Gardelito”.

Roa Bastos no concurrió a la ceremonia. No le interesaba mucho el cine, era, ante todo, un gran novelista. Y muy paraguayo. Juzgó, con honestidad pública, que el guión era más mío que suyo. Yo era un porteño de ley, nacido en los antiguos “corrales”, cerca de la cuna del tango y él un refugiado político que añoraba su Paraguay. ¡Gracias Augusto! Eras un hombre de bien, además de un gran autor.

Por lo tanto aparecí, con otras estrellas de aquel festival internacional, en decenas de fotos periodísticas con mi mejor sonrisa y sosteniendo el premio,

vestido con un supuesto “smoking” de chaqueta blanca. Destacaba. También salí en una revista muy especial para los argentinos en aquellos años 60. Fue en la primera página de “Radiolandia”, algo así, o más, que el “Hola” español.

El teléfono de los Wolodarsky senior no dejó de sonar. Doña Rebeca agradecía a decenas y decenas de conocidos y medio conocidos, a sus proveedores habituales del mercado del barrio y a sus empleados. Su hijo “Schulem” era famoso, aunque fuera por unos días. Yo lo gocé durante unas semanas.

Se acabaron las críticas, pero no las dudas sobre las repercusiones económicas de mi inesperado famoseo. Para don Mario mi “negocio” no resultaba concreto, tangible. Tenía razón. No en “ese” país. En la Argentina post-peronista el premio a unos sospechosos izquierdosos, dos extranjeros, -Lautano Murúa (chileno), Roa Bastos, paraguayo-, y a tercero, un judío, yo, no nos favoreció mucho en la realidad futura de nuestras actividades. Ese premio otorgado por un jurado integrado por extranjeros no les hizo gracia a los militares de turno, ni a los “capo mafia” dueños reales de la actividad cinematográfica del país, “Argentina SonoFilms” y sus compañías lacayas. Era su territorio. No se admitían intrusos. Pero al menos hizo feliz a los míos, a mi madre en especial por...¿un mes...?

Treinta y pico años después me encontré con el tal Miguel Nieto en la cafetería “El correo”, hoy desaparecida, situada en la calle de Alcalá, de cara a la Cibeles del Real Madrid, ¿o no lo es?

Se presentó como director de teatro y actor. Como no era argentino y en concreto tampoco porteño, sino un aborigen de Lavapiés y tenía la cara adecuada (cada uno tiene el rostro apropiado a su profesión, es mi teoría antropológica) lo comencé a tomar en serio. Además su hermosa voz denunciaba varios aspectos definitivos:

Primero: Estaba trabajada teatralmente. Había estudiado expresión vocal. Lo comprobé cuando nuestra amistad prosperó.

Segundo: En la base de sus sonidos existían ecos de muchas noches “blancas”, de una cantidad de copas de distintas graduaciones alcohólicas, no de gaseosas.

Tercero: La Tabacalera, en ese entonces el monopolio se llamaba así, le debía un buen porcentaje de sus ventas de cigarrillos.

Cuarto: Su aspecto, de galán maduro ideal, estaba bien elaborado; barba casi blanca, cortada a medio crecer, la propia de “a gentleman growing a beard” como la definen los ingleses; ropa ad hoc y sombrero de media ala ciudadana - ¿quién usó o usaba sombrero en esos y estos años?, alguien que desea, con elegancia, destacar-.

En fin, si no era un hombre de teatro (he conocido a cientos en mi vida) se le parecía mucho. Pero Miguel, a medida que nos tratábamos tenía virtudes que no abundan en la vida teatral del mundo mundial. Es muy buena persona, leal con sus amigos y colegas, hecho insólito en esta profesión...¿Y en las otras existe acaso? Es bastante culto para ser actor y no por ósmosis de sus roles escénicos. Ha leído y lee mucho, además de miles de piezas teatrales. Extraño espécimen en la farándula. No es antisemita, aunque, según parece, desciende de “cristianos viejos” y es ideológicamente de izquierdas, a pesar de lo cual, asombro de los asombros, no pasta ni abreva en ningún prado o medio oficial. Por ende su déficit financiero es endémico.

Es un gran tipo. Lo afirmo ahora que lo conozco desde hace más de diez años. Lo estimo y es un amigo. Pero en aquel año de 1996, en el “Correo” me hizo una extraña proposición:

Quería dirigir “Los conversos” con un grupo de habitantes “normales” de un pueblo de Extremadura llamado “Hervás”.

-¿Es un grupo filodramático? Pregunté

-No. Se trataría de un conjunto escogido entre las personas del pueblo, respondió sin inmutarse.

Yo estaba confuso, pero algo me impulsó a seguir adelante.

-¿Qué tal es el teatro? ¿Está bien equipado?

-Las funciones no se realizarían en ningún escenario convencional...

-¿Dónde, entonces? Fue mi natural inquietud.

-En la plaza de toros del pueblo.

Me quedé en un silencio largo y profundo. Rememoré en pocos instantes la historia de “Los Conversos”. Es mi obra más querida.

Me había costado uno y la mitad del otro escribirla durante horas robadas a mi familia, y no en unos meses. Ni me acordaba cuando había comenzado, ni cuando la acabé.

Fue mi primera obra teatral escrita en España.

Surgió de una idea que me atenazaba desde niño. ¿Por qué soy y me mantengo como judío si solo con entrar en una iglesia acabaría con el problema que me jode tanto la vida, teniendo en cuenta además que de creyente tengo poco o nada?

Recordé la presentación de “Los Conversos”. La habían editado, sí, en un libro, los románticos e inigualables, mis inolvidables Julia García Verdugo y su compañero de toda la vida Joaquín Solanas, los inspiradores de esa loca aventura editorial llamada “La Avispa”. Los quiero, a Julia más. No contentos con ello organizaron una lectura dramatizada en el Ateneo de Madrid...

¡Yo, el hijo de un arrabal de Buenos Aires, con un limitado, en títulos, patrimonio teatral, estaba sobre el escenario del Ateneo de Madrid! ¡El mismo que frecuentaran con sus obras maestras los grandes de la literatura española! ¡Con la platea llena, ¿300, 400 personas?!

Además el día siguiente, varias y renombradas personalidades del teatro español y la cultura, -sólo conocía a una, Max Mazin-, en una mesa redonda inolvidable para mí, ante la misma platea se pusieron de acuerdo sobre un par de temas: que era la primera obra teatral de tema judío que se escribía en España en los últimos 500 años - ¡joder, recién me entero!, pensé-, y que resultaba ser una pieza teatral excelente y fuera de lo común. ¡Si resulta verdad...la he escribo YO, los documentos están grabados y publicados.

Bueno, mi ego se hace superlativo, hoy más que ayer, ¡y eso que han pasado casi 30 años!

También recordé su estreno en lengua inglesa, en Londres, y su grabación para la radio por tres grandes de la escena británica. Ambas representaciones fueron dirigidas por el genial Sir Robert Rietti...debería escucharla más a menudo.

¿Y ese tal Miguel pretendía dirigirla con un cuadro de pueblerinos en una plaza de toros?

Sí. Miguel Nieto dirigía teatro popular desde hacía muchos años, por ejemplo “El alcalde de Zalamea” en la propia Zalamea.

Si por un autor teatral siento devoción casi al mismo nivel que por William Shakespeare es por Don Pedro Calderón de la Barca. Claro que el enorme Calderón estaba en su tumba y no podía protestar. Si Miguel estaba vivo después de la experiencia relatada, no debía hacerlo tan mal.

-Además, agregó, el Alcalde de Hervás, Ramón Ferreira, quiere hacerlo y no reparará en gastos para darle todo el realce. Y algo más...te recuerdo un dicho Solly, "En Hervás, judíos los más". Afirman que es un pueblo con muchos de sus habitantes descendientes de conversos y que alberga la judería mejor conservada de España...

Lo observé. Miguel respiraba honestidad. Si no lo era, lo representaba con maestría.

Conocí a Ramón Ferreira. Un tío extraordinario. Hoy es presidente del Parlamento de Extremadura. No porque lo considere mi amigo, pienso que es un político que honra la clase política española: inteligente, culto, con sentido del servicio público y fundamentalmente honesto.

Aclaro para los malpensados: nunca le pedí nada, ni Ramón me dio nada tangible, salvo poner a Hervás al servicio de que "Los Conversos" fuera un éxito año tras año.

Sí, por vez primera después de 500 años se representaba en España un drama sobre la expulsión de los judíos y sus consecuencias.

Me enteré, años después, de que la función tenía un efecto catártico sobre los pobladores de Hervás. Aclaraba algunas razones de los roces entre sus habitantes: la eterna disputa soterrada entre cristianos viejos, conversos, "tornadizos" y forasteros de los siglos XVI y siguientes, hasta los visibles restos que no estaban aún enterrados del todo.

Durante 11 años, a mediados del verano, se representaban en la Plaza de Toros y después en un paraje del pueblo junto al río, primero "Los Conversos" y luego "La Conversa de Hervás", obra que escribí ex profeso para los habitantes actuales de ese pueblo nacido a la sombra de un castillo templario.

Por los asientos de sus gradas han pasado durante 11 años, en los cuatro días de cada temporada, entre 80.000 y 100.000 espectadores de todos los rincones del mundo.

Y para mayor encumbramiento de un servidor, están redactando una tesis doctoral sobre la obra y su autor (es la segunda) en una universidad estadounidense, en inglés, “of course”. ¡Qué les parece mis queridos nietos!

Gloria, una montaña, guita cero. Doné mis derechos de autor para una biblioteca de temática judía en el pueblo, a crear...aún no la han configurado. ¡Como si me sobrara la “guelte”!

Hoy Ramón Ferreira no es más alcalde. Hay otra gente. Los conozco nada, pero la nueva ola de la izquierda no es antisemita -¿o sí?-. Dicen “bueno, después de 11 años...¡ya está bien! de las obras de Solly”, a pesar de que congreguen a millares de personas venidas de todos los rincones del orbe y de que Hervás desaparezca, convertido en un “no punto” en los mapas internacionales y deje de estar en los medios de prensa, radio y televisión del mundo por unos días cada verano, en plena temporada turística. Atraídos por esa extraña ceremonia teatral sefardí, centenares de visitantes judíos ,que elegían España para sus viajes, marcaban en sus itinerarios Hervás.

Ya no dirige Miguel Nieto, el mejor director de conjuntos populares de la España profunda. Un funcionario puede reemplazar a un artista.

El “adanismo”, el “conmigo comienza el universo”, es una enfermedad peligrosa para los pueblos. No pasa nada. Nada fuera de las crisis o terremotos puede matar a las poblaciones, pero sí las dañan.

Vertidas mis penas sobre la leche derramada, dejen que rememore un día, el del estreno de “Los Conversos” en Hervás. Era el 29 de junio de 1997, lo recuerdo porque en esa fecha yo cumplía 70 años. Hacía un frío del carajo, más en lo alto del monte donde estaba situada la Plaza de Toros de Hervás.

Amenazaba lluvia. Todo presagiaba, lógicamente, un desastre. Pero, -¡oh misterio insondable del teatro!- los asientos se llenaron con unas 3.000 personas llegadas vaya uno a saber de dónde. Hervás tenía, incluidos ancianos, niños, impedidos y enfadados entre ellos (con el alcalde, con su partido), más los supuestos católicos puros integristas, unos 4.000 habitantes censados. Los asistentes traían abrigos, mantas, paraguas, todo un arsenal de protección. Y no era una corrida de toros. Se trataba de una función de teatro, un tema difícil con una estructura teatral compleja. Lloviznó. Nadie se marchó. Ni uno.

Cuando se apagaron las llamas de la escena final, el público,- quise besar a cada uno-, estalló en una ovación. Duró una eternidad, me pareció. No lo recuerdo

bien. Solo algunos detalles: los besos de Lina, los abrazos de Miguel Nieto y Ramón Ferreira que perduran hasta el día de hoy. Seguimos sujetos por ese vínculo. También la tarta con 70 velitas que me trajo Mercedes en nombre de todos los participantes y la terracota de un rabino de regalo...

Un día esos aplausos, un rabí de terracota, un libro agotado, unos carteles, unos recortes de periódicos...No mucho objetivamente, pero en mis recuerdos es una jornada grande que compensa los sinsabores, no pocos, de una profesión casi perdida: autor teatral.

“Si soy así, ¡qué le vas a hacer!” reza el tango.

Schalom

LA CRISIS NO ES COSA DE HOY

Desde muy pequeño tuve contacto con las manifestaciones de carácter artístico. Creo, pues la memoria de aquellas lejanas épocas de mi vida, recién comenzaba a caminar autónomamente resulta vaga en el mejor de los casos.

El domicilio familiar, estaba en una buena casa en la calle Mármol de Buenos Aires. Recuerdo bien la morada porque estaba a una o dos manzanas del antiguo estadio del “San Lorenzo de Almagro Football Club”, así escrito con su grafía original antes de que no sé qué Academia decidió que football se escriba fútbol. Ya en plan purista, ¿por qué no “balompié”? O porqué whisky se escribe “güisqui” con dos “cus”, en vez de “ca” (k), como si las borracheras no se pillaran indistintamente con “cus” o “cas”, solo que más costosas que las pilladas con vino, caña, orujo o cualquier otro licor nacional; curdas que te alejan las penas por igual.

Yo no bebo más que cerveza en verano, quizá algún corto vaso de vino, pero comprendo a quienes gustan del whisky, si es escocés. Sabe mejor, creo. Lo que ya no entiendo es a esos que cortan el sano producto gaélico con “coca-cola”, *light* para mayor inri. ¡Con lo exquisito que resulta paladear una coca-cola bien fría un día de calor!

Volviendo a la calle Mármol y a su vecindad con el estadio de San Lorenzo de Almagro, esta cercanía me marcó para siempre.

Los domingos futboleros de mi tierna infancia, los gritos, la multicolor caravana de hinchas antes y después del encuentro, los rugidos y las exclamaciones multitudinarias durante el desarrollo de un partido están grabadas a fuego en mis neuronas. Por eso, quizá, me gusta el fútbol. Mucho.

¡A ver si a pesar de mis reservas de carga defensor de la intimidad de mi cerebro y de sus memorias personales, tienen razones, digamos científicas los seguidores de Freud!

En realidad, no obstante mis declaraciones adversas sobre las ciencias de análisis de la psique, las dudas me las producen más los terapeutas que Freud y sus descubrimientos. ¿Cuántas escuelas existen de análisis de la mente? ¿Diez? ¿Cincuenta? ¿Cien? ¿Cuántos individuos que van por libre? ¿Cuándo estás curado?

En fin. Acepto los insultos de los buenos profesionales como mi amigo Demián, pero no estaría demás utilizar alguna pastilla o brebaje para aliviar los pesares de la mente además de las bonitas palabras...

Lo digo porque conozco a más de un enfermo que le da al whisky u otros alcoholes de alta graduación, sin coca-cola, para aliviar sus pesares. Unas mil letras de canciones en todos los idiomas dan fe de ello.

En la casa de don Mario Wolodarsky, en mi hogar se respiraba bienestar. También en Buenos Aires. Era finales de la década de 1920-30, la de los años locos, la de la gran alegría, la de las fiestas glamurosas en París, la de la explosión vital después de la sangrienta Primera Guerra Mundial.

Después de un duro comienzo, un inmigrante joven, sin oficio, sin idioma, sin familiares arraigados previamente en el país de acogida, ¿a qué podía aspirar Mario? Mi padre no era un judihuelo característico de “shtetl”, aunque había nacido en uno cercano a Kiev. Era fuerte, echado “pa lante”, soldado de la guerra contra los prusianos, del ejército rojo brevemente: los bolcheviques ucranianos eran tan antisemitas como los *mujiks* y oficiales blancos. Don Mario era lo opuesto a un típico resignado hebreo de aldea. Ni “peiot”, ni “talid”...

A los pocos meses de llegar de Génova a Buenos Aires, descubrió varios aspectos de su nuevo país y su condición de inmigrante.

Primero: que lo que hablaba con sus compañeros de trabajo, albañiles, era una mezcla de “xeneise” e italiano, -que él había aprendido en las calles de Génova durante la larga e infructuosa espera de una visa para entrar en los Estados Unidos-, pero no castellano o algo parecido. Ese era el idioma nacional de la Argentina. Debía conocerlo. Lo aprendió muy bien.

Segundo: que currar como peón de albañil era tremendamente agotador y poco rentable, muy poco. No predecía un futuro brillante.

Tercero: que fuera de Buenos Aires existían vastas y ricas llanuras, La Pampa, en dónde además de vacas y caballos habitaban seres humanos; unos pobres, los peones; otros ricos, los estancieros, sus empleadores, con dinero.

Cuarto: si sus compañeros de algún bar de inmigrantes, -supongo, unos “turcos”, sirios-libaneses, judíos o no- se estaban haciendo ricos con sus viajes a La Pampa vendiendo a los peones y sus mujeres baratijas y otros bienes de segunda necesidad, ¿no estaría bien, -le comenzó a rondar la idea- vender a los estancieros? ¿Quiénes y cómo satisfacían sus caprichos de tercera y cuarta necesidad? Se preguntó don Mario.

Pues él, mi padre, con veintitantos años y Iosef, “el crimchak”, (según parece había nacido en Crimea y era descendiente de los Kuzaros de la región convertidos al judaísmo en la Edad Media) un “schif’s-brider” (hermano de travesía, es decir, compañero del barco en el cual llegaron a Buenos Aires) se hicieron socios para la aventura comercial.

Se compraron unos trajes con chalecos, camisas, corbatas y zapatos, todos de una calidad aceptable, -a don Mario le gustaba vestir bien y lo hizo hasta el último día de su vida- para sus presentaciones ante los potenciales clientes. Adquirieron también un Ford “T” de segunda mano, un supuesto mapa de carreteras (las huellas de las carretas y las vías de los ferrocarriles fueron sus mejores guías), unos catálogos, una máquina de hacer fotografías (siempre anduvo dando vueltas por mi casa) no sabían muy bien para qué, pero fue lo que les dio el éxito futuro, y salieron hacia el Norte, al corazón de La Pampa Húmeda.

De allí venían muchas vacas a diario. Si había vacas, había dinero, fue la correcta conclusión. Gratis no llegaban a los corrales.

Además don Mario se compró un revólver con sus correspondientes balas y accesorios. Como veterano de guerra sabía utilizarlo, llegado el caso. Nunca mencionó ninguno.

Josef, el “crimchak”, alto y fuerte como un roble, sí, en realidad parecía más un *mujik* que un judío, confiaba en sus manos y en un garrote, debajo de su asiento, presto para la acción.

Durante los muchos años que Iosef visitó a mi padre y mi familia y viceversa se recordaron decenas de aventuras pero nunca ninguna violenta de esos años en la Pampa.

A casa de Iosef íbamos poco. Mi progenitora no aceptaba de buena gana a la esposa del “crimchak”, aunque era una excelente mujer y una buena madre judía.

Doña Rebeca tenía sus razones: “se decía” que había llegado a Buenos Aires por el “camino” y que Iosef la había conocido en el teatro “Excelsior” durante una función en la que repudiados proxenetas judíos exhibían a “sus” “muchachas” para “sus” negocios. Y que Iosef la había “comprado”.

Además, para mi madre nacida en Kasrilyke, - una pequeña ciudad pero con todos los ingredientes de un “shtetl” ucraniano-, esa “mujer” era de Varsovia...polaca de ciudad... ¿qué más?

Por si acaso doña Rebeca Gelman de Wolodarsky no la incluyó en su lista de amistades y no invitaba a Iosef y señora con la frecuencia deseada por don Mario. A mi padre le dolía mucho no ver con más asiduidad a su compañero de aventuras pampeanas.

De esas peripecias haré en su momento unos relatos más detallados. Son merecedores de un buen libro, de un tratado de supervivencia inmigratoria, de cuando la Argentina era un país libre y abierto con un futuro brillante, en esa época en que la hidra reaccionaria, sus malditas cabezas nazifascistas, y su hijo, el peronismo populista, no se habían apoderado de esa bella tierra de promisión para no dejarla crecer y reducirla a ser una madrastra que expulsa a los mejores y ahoga a los propios como un Saturno revivido. Anhele que Argentina sea ese país que renace a pesar de todas las luchas, la sangre, el dolor de todos aquellos que la aman y desean, -al precio del exilio, de la muerte-, que ocupe su lugar en el mundo libre, moderno, actual.

Perón, como Hitler, Mussolini y otros dictadores han muerto y sus países se han rehecho y son líderes mundiales o democracias en ascenso. ¿Por qué carajo no ha fenecido el peronismo?

Yo no puedo escribir ese libro. Hace mucho que me marché, más de 40 años y no me queda tiempo, además de sobrarme inquina.

Pues en ese país, en esas pampas casi sin alambrados de los años 1920-30, hizo su vida mi progenitor.

Era joven, bien parecido, con pesos en el bolsillo, independiente, sin *pogroms*, sin guerras, sin...esposa... sin hijos...Y era un buen judío. Hasta que apareció "ella".

Rebeca Gelman era una veinteañera morena, con el cabello muy ondulado, bella, bien educada, de "buena familia"...A mi padre le gustaban las cosas hermosas. Mi abuelo, don Benjamin Gelman impuso una condición: "Nada de andar por ahí semanas enteras faltando de casa", "Un marido debe dormir en su cama todas las noches".

- "¿Y la *parnose*, don Benjamín?- debió argüir mi futuro progenitor.

- "Pues si quiere a mi hija se busca otra manera de ganarse la vida, joven".

Así fue como se disolvió la sociedad con Iosef y mi padre recaló para siempre en Buenos Aires.

De sus andanzas pampeanas le quedó siempre el Ford T, el revólver, la máquina de hacer fotografías y la costumbre de madrugar y comenzar el día tomando mate amargo.

A don Mario los nuevos negocios en Buenos Aires le fueron bien. Se dedicó al comercio, aprovisionando a clientes pequeños, tiendas minúsculas, kioscos en remotos barrios, concediéndoles crédito para que le compraran todo. Ellos cumplían, mi padre cobraba y pagaba a los grandes proveedores.

Según sus teorías económicas lo que le quedaba en el bolsillo era su legítimo beneficio. ¿Impuestos? ¿Reservas? ¿Ahorros? ¿Inversiones?. Los desconocía y no tenía mucho interés en averiguar la existencia de tales asuntos.

Lo que sí le importaba era tener una buena casa para su incipiente familia. Yo había aparecido ya, y contaban con una muchacha para atender la casa pura escuela judeo-ucraniana, pero los platos no los lavaba ella y la colaboración masculina era una idea demencial, tan loca que nadie siquiera la había pensado aún. El Ford T como medio de transporte. ¿Existía algo mejor? Teníamos además... ¡Una radio a galerna!

A don Mario le gustaban las canciones en *idish*, mucho, pero la radio no las transmitía. No lo haría con ninguna música durante años. No se trataba de un caso de antisemitismo. Si las voces llegaban fatal, ¿qué decir de otros sonidos? Para asombro de todos, familia, amigos, paisanos en su mayoría, se compró una “victrola”, esa del perrito escuchando el megáfono de tubo con su correspondiente colección de discos de cantantes de moda: Isa Kremer, Moische Oischer, Peisaj Burstein, el local Jevl Katz, Morris Schwartz y otros.

Los domingos por la tarde mis padres invitaban a una sesión musical a familiares y conocidos cercanos, con el consabido té servido en aquellos maravillosos vasos con guarda griega casi al borde. Con limón... ¿Leche? Ni locos. Las pastas, los *pletzalejs* de “mun” o fresas los hacía mi madre a una velocidad vertiginosa que no afectaba su exquisito gusto.

Otro de los placeres que mi padre satisfacía lo constituía asistir a una buena función de teatro en *idisch*. En aquel desaparecido Buenos Aires de finales de los años 20 existían cuatro teatros que ofrecían funciones en el dulce idioma del *shtetl*: el “Ombi”, el “Excélsior”, el “Mitre” y el IFI, “Der Idisher Folks Teater”.

No era la Segunda Avenida de Nueva York, pero cubría bastante bien las necesidades de la creciente comunidad judía aschkenazi de la Argentina.

Las grandes figuras del teatro judío de Nueva York, Ben Anci, Morris Schwartz, Peisaj Burstein, Bentzion Vitler, Molly Picon, Bulov y otros aprovechaban

el verano del hemisferio Norte para realizar largas giras por el Sur del mundo judío durante junio, julio y agosto. Finalizaban semanas antes de Rosh Haschaná.

Representaban además unas cuantas funciones en Rosario, Córdoba, Santa Fé y creo que en Tucumán, ciudades del interior del país en las que existían comunidades suficientes para cubrir las plateas de una sala durante unos días.

Mi padre era un asiduo. Y yo.

He visto las mejores representaciones de teatro sentado sobre las rodillas de don Mario. Inclusive mi primer Shakespeare, “Hamlet”, interpretado por el maestro de la escena mundial, Ben Ami.

Conocí a las estrellas locales, Miriam y Schifre Lerer con quienes la vida me llevaría a tener relaciones más cercanas. Nacidos en Médanos, una colonia judía de la Provincia de Buenos Aires, fueron figuras del teatro en *idisch* a nivel internacional.

Las entradas no era baratas, pero don Mario se podía permitir ese lujo...

“El Comercial” después de la función servía un “pastrami” con pepinos que no tenía nada que envidiar al del “Deli” de la Segunda Avenida y la calle 13 de Nueva York. Lo comprobé en persona.

Pero en pocos años se fue todo al carajo. Un negro día de 1930, llegó el desastre.

Un general llamada Uriburu, que representaba a las fuerzas más reaccionarias de la Argentina, decidió que el presidente democráticamente elegido, Hipólito Irigoyen, no mandaba más. Que el ejército dictaría las leyes y que el Congreso, la Cámara de Diputados, y el Senado eran prescindibles. Que la policía podía torturar y el Comisario Lugones, -hijo del gran poeta Leopoldo Lugones-, inventó para su uso internacional la “picana eléctrica”, base del derecho penal de todas las dictaduras que en el mundo han sido. Nació la tenebrosa “Sección Especial”.

Se acabó la democracia. Nació el protofascismo argentino. Y sus perdurables consecuencias con diversos nombres y cabezas de Hydra.

A miles de kilómetros, un tiempo atrás, había reventado la Bolsa de Wall Street, un viernes negro. Se acabaron los años locos de la década de 1920.

La negra ola de la depresión barrió el mundo entero. Por largo tiempo.

Llegó con fuerza a la Argentina que dependía de la exportación de carne, cuero y cereales a una Europa que dejó de consumir. Los pobres fueron más pobres; los ricos siguieron con sus riquezas, más aún el poder del gobierno dictatorial y sus continuadores, inventores del “fraude patriótico”.

La clase media se fue a la porra. Don Mario Wolodarsky, que había concedido a sus clientes algo similar a las hipotecas “subprime” de hoy, es decir, sin otra garantía que la buena fe, se quedó con la fe y sin un peso de su capitalito.

Se acabó la casa de la calle Mármol, la chica de servicio, el coche, la “victrola”, los discos, el teatro y el “pastrami” de “El Comercial”.

¿Les suena a algo conocido?

A mí me quedó un poso afectivo y cultural perdurable; un amor por el idisch, una de las lenguas del multifacético pueblo judío que más ha aportado a su riqueza espiritual y una vocación por el teatro que, desde aquellos mis tres infantiles años de edad, persiste en toda su intensidad hasta el presente.

Sí, ya sé que el idisch tiene muy mala salud y el teatro está de capa caída, pero yo he sido leal a mis amores, (que lo diga mi compañera Lina) y a mis amigos, siempre.

Pd. Como información complementaria: don Mario Wolodarsky se recuperó casi, en fin, rápidamente. Su interés por la radio y la “victrola” le abrieron las puertas de la nueva tecnología de los años 30.

Comenzó a fabricar radios con altavoces incorporados como había escuchado por su antiguo receptor a galerna; se hacían en los Estados Unidos. Fueron los primeros de Argentina. Necesitó socios capitalistas, desgraciadamente.

Schalom

JORGE

Hace unos días, mis dos nietas mayores, acompañadas de su madre, nos visitaron en Madrid.

Ya sé Michelle y Marcos, que para vosotros la presencia de vuestras únicas primas, Arianne y Muriel, constituye el mejor regalo que nadie puede superar.

Para nosotros sus abuelos, es más. Son los queridos frutos de Jorge, el hijo, que, -¿quién sabe por qué?- se marchó de este mundo antes que sus padres violando la ley natural.

Dice mi amigo José Benarroch, de Jerusalén, que su repentina desaparición es la que está reservada por Dios a los bondadosos y a los justos.

Nuestro hijo lo fue. Tengo más de una historia que lo demuestra. Era un hombre cabal. Dicho en la intraducible expresión en idisch, "a mentch". Eso era Jorge.

Quizá José Benarroch tenga razón. José es un creyente lúcido, moderno, un hombre con una hoja de servicios más que honorable, al servicio de Israel y el judaísmo. Le agradezco sus palabras.

Mis nietas Arianne y Muriel son inglesas, nacidas en Londres. En cierta manera soy el responsable de ello.

Cuando llegó el momento del inicio de los estudios universitarios de nuestro hijo, la elección fue Inglaterra. En España mi situación laboral resultaba buena, pero un contrato suele tener una fecha de vencimiento. Éramos extranjeros en un país de inmigrantes, bichos raros. ¡Y qué país"!

La situación en la Universidad española era de un día de huelga estudiantil y el otro también. Me recordaba a mis tiempos de estudiante, aquellos años del peronismo más opresor. Huelgas sí, estudiar poco. Lo que se podía.

Debo confesar que, a pesar de mi afrancesamiento natural como porteño de la primera mitad del siglo XX, -buen idioma francés, canciones de Charles Trenet, Prevert, Aragon, Paul Eluard, etc, y con la maravillosa novelística gala del XIX constituyendo una parte importante de mi confuso patrimonio cultural-, era, vergonzantemente, un entusiasta encubierto de lo anglosajón, es decir, de lo inglés específicamente.

No suponía lo políticamente correcto en esos años de la lucha antiimperialista aborígen de los años 40-50 en el Río de la Plata. Como falto hace muchos años de aquellos pagos no sé quién tiene la culpa de todos los males que afligen al país. Los argentinos, no...

De lo que estoy seguro es que nadie, ni gobierno alguno de Iberoamérica asumen su porción de responsabilidad. No son los únicos. La culpa siempre la tiene el “otro”, sean partido, nación, o conspiradores locales. O España en estos días.

Siempre admiré el trabajo bien hecho. Respeto al artesano que entrega un par de zapatos correctamente reparados (¿existen aún los remendones en esta época de “usar y tirar”?), como también a un político que renuncia a su cargo por sus errores públicos o privados. ¿Existían, existen esos políticos? Desde hace tiempo lo tengo comprobado: en muy pocos países.

Gran Bretaña es uno de esos singulares casos en que se asumen responsabilidades.

También observé en mis continuos contactos profesionales que, si bien son lentos para nuestras impacientes actitudes mediterráneas, son seguros. Cumplen lo prometido. Sus trabajos están bien hechos, sea el actor protagonista o el utilero del estudio. “Casi” siempre.

Si se produce el “casi” la reacción es muy diferente según el lugar. En un país al Sur de los Pirineos la disculpa de “le puede pasar a cualquiera”, o “qué se le va a hacer” o “mala suerte” etc, etc, es lo habitual. Al Norte del Río Grande, o sea, en USA, la reflexión del jefe es “¡Está despedido, ya!”.

En cambio en la correcta Albión la actitud corresponde a sus ancestrales buenas costumbres, salvo cuando están beodos, o van a la guerra, a la que marchan ebrios de ron y brutalidad ancestral

El responsable inglés del equipo o personal llama al infractor y le dice con un leve tono de ironía malévol: “Me temo que debería buscar una empresa, que no sea ésta, en la que aprecien mejor sus virtudes laborales que nosotros...” Y agrega el fatídico: “Ha sido un placer conocerlo”.

El resultado es el correspondiente a las costumbres de cada mercado, aunque también es verdad que todo ha cambiado desde la aparición en el trabajo de la informática. Tanto en USA, en Gran Bretaña, como en el continente, es decir Europa, incluidas España, Portugal y Andorra, la culpa la tiene el ordenador, lo cual también resulta exacto, parece...

Pero en aquellos tiempos, lugar y circunstancias, en concreto principios de los años 70, previo y breve cambio de pareceres entre mi querido hijo y yo, el jovencito ingresó en Keele, una hermosa universidad en el centro de la industrial Inglaterra.

Su inglés le permitió sobrevivir hasta que se acostumbró a la que sería su lengua diaria en el futuro. Su tesón, la conciencia de la oportunidad que la vida le había brindado, la inteligencia que poseía, su capacidad de estudio le permitieron completar un trabajo bien hecho.

Se graduó con buenas notas y fue uno de los alumnos más queridos por los compañeros y los profesores de su promoción.

Ese día, cuando la princesa Margarita de Windsor le entregó su diploma, Lina y yo – por supuesto presentes en el acto-, sentimos que, como padres, nuestro trabajo estaba igualmente bien hecho.

Inglaterra atrapó a nuestro hijo. Allí en Londres hizo su vida. Ingresó en la BBC. Algún día contaré la divertida historia. Sólo un apunte. En la BBC se entra si uno ya está dentro...No se trata de un silogismo “contra natura”. Es, o era, la purita realidad.

Conoció a una muchacha que destacó entre las otras y atrajo sus mejores sentimientos...Liliana se llama.

Así fue, Michelle y Marcos, como vuestras únicas primas resultaron londinenses y hoy, ya convertidas en bellas jovencitas (no lo digo porque sean mis nietas), estudian en Inglaterra, en universidades que les permitirán realizar dentro de unos años sus respectivos trabajos bien hechos, como mínimo. Seguro además. Son mis nietas, ¿o no?

Esperamos asistir a sus graduaciones, aunque la princesa Margarita de Windsor no acuda. No la dejan salir de donde está.

Recuerdo que, unido a mi orgullo al asistir a la graduación de mi hijo, existía un sentimiento de sanos celos. ¿Por qué no disfruté de una oportunidad semejante? Después de unos breves instantes reconsideraré los hechos con justicia. Mis padres, exiliados, llegados a un extraño país situado en un lejano rincón del mundo, me dieron todo lo que pudieron. Y más. Convirtieron el sueño de los inmigrantes (fueran judíos, gallegos, italianos, etc) en realidad: tener un hijo “doctor” ...

Mi Lina y yo convertimos nuestros sueños en una doble realidad. Nuestros hijos llegaron a “doctores” en universidades de elite.

Ahora nuestros nietos, vosotros, los cuatro, nos estáis preparando para otras grandes satisfacciones: sí, contemplar, esperamos, los resultados de un trabajo bien hecho. El de vuestros padres.

“Los frutos caen cerca del árbol”, reza el proverbio. Y otra verdad canónica “La educación es la mejor herencia”. Soporta bien las crisis y las inflaciones.

Schalom

LA ESTULTICIA HUMANA... ¿O NO?

Según leo, veo y escucho estamos en una crisis económica grave con negras perspectivas. Yo no la acuso a título personal, por ahora y por unas razones muy personales. La primera, es que, salvo en contadas ocasiones, mi economía ha estado siempre ajustada a una realidad contractual o salarial fija, mejor o peor según el momento o el país. Habitualmente lo segundo o inferior. Los trabajadores, digamos intelectuales, en idioma castellano, con las excepciones perfectamente contabilizadas, han tenido y tienen una difícil economía. E idéntico nivel de vida. Para llegar a la orilla, al fin de cada 30 días se debe remar fatigosamente: periodismo o profesorado, o conferencias mal pagadas, o funcionariado de tercera en una institución benéfica o ayuntamiento, o algo más, todo o parcialmente unido para el mes a mes.

Después de ese enorme cansancio previo, muchas horas remando, remarco, puedes sentarte a escribir tu gran novela. Luego te costará un huevo publicarla y de ella se venderán los ejemplares que tu quebrada editorial (esas siempre les tocan a los escritores nacionales, o las muy pequeñas que acaban de empezar) tenga a bien comunicarte y te pagará tus magros derechos...si lo hace algún día de su calendario particular, muy en un futuro lejano.

Si escribes teatro, y no te has refugiado en un numeroso y anónimo grupo de guionistas de TV como hoy es habitual, los derechos de autor los cobra alguien, un oculto personaje desconocido para el cuerpo de escritores que han creado la trama, los personajes, los diálogos y todo lo demás, salvo la declaración de autoría ante las sociedades recaudadoras de los derechos de autor. Repito: si escribes teatro y no has hecho lo anterior, estás jodido compañero, muy jodido.

¿Estrenar? ¿Dónde? ¿Con quién?

Posiblemente en un teatro alternativo de 100 butacas, o por un grupo filodramático de provincias que a los sumo te invitan al estreno, si Talía se apiada y te escogen.

Guita: el teorema da como resultado cero.

¿Crisis? ¿De qué crisis me están hablando? ¿De la que vivimos los supervivientes de la era paleolítica de la creación intelectual? Por supuesto hay excepciones:

Una muy recomendable: ser un rico heredero. Marcel Proust, por ejemplo, aunque en francés, pero no faltan en español, os lo aseguro, hasta con títulos de nobleza.

Casarse con una rica heredera o una muy buena profesional que gane elevados honorarios como dentista, por ejemplo, es una segunda opción altamente aceptable para cualquier aspirante a intelectual o similar.

Tengo algunos ejemplos pero como, quizá, sean producto de mi cochina dentera, omito sus nombres. Pero haberlos, los hay...

Una tercera posibilidad, muy utilizada en los diversos momentos de la vida profesional pasada y actual (más bien en la actual) es pertenecer a la categoría de “protegido”. Los franceses, inventores modernos de la nomenclatura, los denominan “de gauche” o sea, en roman paladino, “progres”. Si están en el gobierno, mejor.

Algunos de mis compañeros de martirologio intelectual han descubierto esa luz divina del poder fáctico. A veces los presupuestos oficiales están fuera de su control, pero siempre les queda, -a esos sacerdotes de la verdad que ungen a sus prosélitos y propagandistas- alguno internacional, nacional, provincial, municipal o local. De por vida tienen acceso a dinero público aborigen o de la potencia colonial de turno; cambian los centros del poder y sus ideologías, ellos no. La oficial siempre.

Un carné político bien elegido, o unas fotos encabezando manifestaciones en contra o pro lo que sea, según el día, aseguran el cocido diario más un poco de jamón de jabugo y esa extraña droga a la que son adictos: la popularidad.

Para mí el precio y su costo en autoestima personal es muy alto. Muy caro: se paga con la independencia diaria perdida para siempre. ¡”Vanitas, vanitatis”! se llama el estupefaciente. Su efecto es breve y, como cualquier adicto, cada vez necesitan mayor cantidad para satisfacerse. Eso dicen los “enganchados”. Ningún terapeuta les puede librar de esa dependencia. Ni tampoco los mismísimos terapeutas lo logran cuando la prueban.

Eso he comprobado gracias a mis observaciones. ¿Con parcialidad maldiciente? Quizá...Creo que no. Como a todos los de mi ambiente me han invitado a probar varias drogas. Será que mi educación judaica, (no es un seguro para nada), sumada a mi probada ingenuidad intelectual y a una familia que adoro y que me adora, se han combinado para elaborar una fórmula antidrogas, -de las mentales y las reales-, eficaz y poderosa. Pasé y paso. Es la única forma de no perder. También de no ganar, dirán los jugadores de póker. Es casi verdad, salvo si ligas una escalera real al As.

Pasa escasas veces en la vida. Pero se dan. A mí me sucedió en tres o cuatro o quizá cinco ocasiones en toda mi carrera profesional. “La raza de los subhombres”, primer premio internacional; “El crack”, primer premio nacional argentino; “Alias Gardelito”, guión con Roa Bastos, premios varios; “Carlos Gardel, historia de un ídolo”, guión y dirección; “Los conversos”, la estimo como mi mejor obra de teatro; en televisión “Estudio Abierto”, “Crónicas de un pueblo”, “Don Juan” (Rosa de Oro en el Festival de Montreux), y “Voces de Sefarad”, mi mejor contribución a la cultura e historia del judaísmo español en el mundo a finales del siglo XX. Hay algún título más, pero lo dejo para mejor oportunidad en la que, seguro, no estaré presente.

Pero de lo que estoy verdaderamente orgulloso es de haber participado, en un puesto de responsabilidad, en la fundación y puesta en marcha de Israel Televisión, la emisora oficial del Estado de Israel.

Fue una aventura única y maravillosa. Dura, muy ardua. Ser jefe de varios cientos de israelíes, fuera del ejército, pone a prueba al más bragado. Negociar con los políticos de Israel, en especial con los de partidos religiosos, requiere un aguante solo comparable al del Job bíblico. Comprender que, entonces, la *Histadrut* era algo más, mucho más que un sindicato y que, en general, tratar con judíos (más si son israelíes como fenómeno singular) resulta complicado y a veces críptico, se hizo evidente en mi confundida mente de “galútico” (Galut: diáspora) judihuelo, (argentino, para mayor INRI en Israel) a las pocas semanas de llegar a Jerusalén, en 1968

Sobreviví. Me hice con los mandos que me correspondían. Y, ¡oh, milagro!, me obedecieron. Y ahí está. Cuarenta años después de haberla entregado en marcha a sus dueños, los israelíes, Israel Television, la imagen de Israel, está funcionando. Sí, yo, uno más de los treinta y tantos componentes de aquella especial legión extranjera judía diaspórica lo hice, lo hicimos.

Estos contados éxitos en más de 50 años de actividad... ¿Son pocos? ¿Son muchos? ¿Justifican toda una vida? ¿Quién lo puede juzgar? Yo el último, pero así ha sido...No del todo, quizá, quizá...

No está escrita la página final, espero. Después de la insólita y querida Radio Sefarad, surgida de mi experiencia y de las ilusiones de un grupo de jóvenes

judíos y de alguna adherida más que estimada, he dado fin a otro compromiso vital.

He escrito sobre los judíos de Toledo, “Los Conversos”, ¡de Córdoba, “Maimónides”, de Hervás “La Conversa de Hervás” y “El judío de Hervás”. Faltaba mi pueblo adoptivo, Madrid.

He cumplido: “Avapiés” está dedicado a la última judería de la “Villa y Corte”, hoy convertida en una urbe de nivel internacional. No, ni sus afamados cronistas, ni siquiera los autores que utilizaron Lavapiés como el escenario de sus obras más castizas reconocerían al Madrid actual.

Como la “Puerta de Alcalá”, ahí está “Avapiés”. Yo no he querido ser menos. Un símbolo del Madrid chulapo y manolo, en especial “manolo”, muy “manolo”... ¡Qué sí!

Ahora trataremos de convertir su texto en acción escénica. Es el destino de una obra teatral. También se puede leer. No resulta difícil. Es mi antepenúltimo trabajo.

El penúltimo, estás cartas a mis nietos, que pasan de la radio al papel o al ciberespacio o lo que sea en este presente y futuro que se produce a una velocidad para mí imposible de asimilar. Tenían razón don Hilarión.

Me hace, como dicen ahora, un montón de ilusión.

El último será... ¡Qué se joda y espere! No hay ninguna prisa.

Schalom.

LA SOLUCIÓN ESTÁ EN MARTE

Rememorando las lamentaciones de mis padres, hasta la adolescencia, su hijo “Schulem”, es decir yo, resultaba ser un niño muy, digamos, muy “inquieto” en el mejor de los casos.

Por los recuerdos de aquella época que mi memoria selectiva evoca (con la natural autobenevolencia de cualquier persona, sobre todo de un natural del Río de la Plata que se ha librado del diván del psicoanálisis), quizá a don Mario y a doña Rebeca Wolodarsky no les faltaran motivos para sus afirmaciones sobre mi conducta digamos “social”...

Las múltiples cicatrices que exhibo en varias partes de mi anatomía dan fe de las diferencias de opiniones de un servidor con los demás “pibes” del barrio, o de la escuela, que no se resolvían, precisamente de forma “dialogada”.

Como no me he sometido a ninguna terapia psicoanalítica, sea de la escuela que sea o de algún terapeuta que fuera por libre, no puedo responsabilizar de mis agresivas conductas ni a mi padre ni a mi madre, ni a complejo alguno, aunque deba poseer varios.

Para no caer en definiciones creacionistas o deterministas, creo que puedo apuntar algunas razones de mi comportamiento, las que acepto, por supuesto. Son positivas.

Las negativas, las de los “otros”, a pesar de Freud y Levinas, no me interesan. No existen y basta.

Nací donde nací, en un barrio periférico de Buenos Aires, en la época de Gardel. Nadie me consultó sobre el lugar ni sobre la fecha.

Todavía los lecheros, vascos en su mayoría, pasaban con sus vacas por las puertas de las casas y servían la leche directamente de la ubre del resignado animal a las jarras de sus clientas, mi madre entre ellas. No es coña. Recuerdo aún sus cencerros. Incluso hoy, creo, paladeo el gusto de aquella leche, -sin pasteurizar, sin liofilizar, sin calcio, sin omega tres, con toda su crema, nada de desnatada, total o semi-, que dejaba a los niños un blanco bigote después de beberla. “Leche, sólo leche”, sin agua, como rezaba un *slogan* publicitario italiano de los años 60.

Las vacas, de nacionalidad ítala, eran de ascendencia israelí, kibutziana...pero esa es otra historia, no mía, además. La personal es el recuerdo de mis papilas gustativas después del festín de un vaso de leche, sólo leche, con “vainillas”, bizcochos o mojicones en castizo español.

¿Hay algún chef actual, tres estrellas Michelin que pueda superar con sus inventos culinarios esa magnífica combinación gastronómica?

En las calles de mi barrio natal además de vacas, carros con caballos, perros y gatos circulaban también carrucos tirados por seres humanos: ¿qué otra cosa podía hacer un gallego recién desembarcado, trabajador, siervo agradecido del pariente pagador del pasaje que lo había librado de la leva de los pobres y de morir en la guerra de Marruecos? Además había niños, muchos niños (entre esa caterva yo) carentes de buenos modales.

Si a alguno de tus vecinitos se les escapaba ¡“rusito de mierda”! (lo de “judío de mierda” vendría mucho después con la educación fascista), al “rusito” le quedaban dos alternativas:

Primera: acojonarse y salir corriendo llorando a refugiarse en el regazo de su madre.

Segunda: contestar con un sonoro ¡“tano de mierda”! o ¡“gallego de mierda vos”!

La cosa podía quedar en ese intercambio de insultos o derivar, como estaba mandado en nuestro código de honor callejero, en una encarnizada pelea a primera sangre de una nariz, ceja, boca o cuero cabelludo si no mediaban los gritos de algunos mayores entrometidos a quienes nadie había llamado a intervenir en nuestros duelos casi criollos.

Yo como ofendido, siempre optaba por el combate. Llorar no era, ni es, cosa de hombres para este hijo de mi padre, quien, como supe más tarde, tampoco se achicaba. Los tenía bien puestos don Mario.

Aunque, invariablemente las quejas llegaban a mis padres por parte de los progenitores de mis vapuleados contrincantes, se producían hechos inevitables...mis costurones, sobre todo si mis rivales me llevaban dos o tres años o eran más de uno, dan fe de ello, “Donde las dan, las toman”. Cierito.

Los palos y las armas llegarían con los nazis criollos y los “muchachos” peronistas en los años de la agitada juventud de mi generación. No fue fácil.

Otra razón conocida de las tribulaciones que ocasionaba a vuestros bisabuelos, queridos nietos, fue mi curiosidad, mis irrefrenables ansias de conocer “el porqué” de las cosas, y lo peor, como funcionaban. Por ejemplo: ¿cómo llegaba la electricidad a ese enchufe situado en el rodapié o zócalo del salón? Si ponía dos cables de cobre y...salí vivo del experimento. Otro: ¿era cierta la fórmula de la pólvora? La olla de mi madre rompió la ventana de la cocina y a mí sólo me afectó el tabique nasal, ya roto en anteriores duelos zascandileros.

Mis fracasados intentos de emular a los acróbatas circenses me valieron varias cicatrices más. Y no sé cuántas canas a mis sufridos progenitores.

No sigo. Ni quiero acordarme. Menos mal que mis hijos, vuestros padres, Arianne, Muriel, Michelle y en especial Marcos, fueron chicos inteligentes que buscaron las respuestas en el estudio, los libros y los laboratorios escolares y universitarios.

En mi descargo puedo alegar que los laboratorios en mi época eran escenarios de ciencia ficción y que Einstein estaba loco poco más o menos. En aquellos años había que sumar con ábaco o mentalmente, elaborar las potencias con fórmulas y saber las reglas de ortografía. Microsoft y Apple no se habían soñado siquiera. Ni nacido sus creadores.

De mayor mi curiosidad me costó más disgustos, dolores del alma, ostracismos y penurias económicas. Me las merezco, ¿a qué infradotado se le ocurre averiguar cómo funciona la justicia después de graduarse como abogado con el imbécil deseo de mejorarla? ¿Qué ingenuo idealista se cree la historia de la lucha por un mundo sin clases ni antisemitismo después de los juicios de Moscú o las purgas estalinistas? ¿O antes? ¿Qué idiota piensa en la democracia como solución histórica en países sin jueces independientes? Y más increíbles “boludeces”. Sí, ya sé que es un argentinismo, pero define exactamente mi opinión sobre mi malsana costumbre de tratar de averiguar las razones de los hechos, actos, y funcionamientos de las cosas en el mundo en vez de ganar gaita y vivir bien. Mi actitud no ha sido, dicho con benevolencia, la más práctica y utilitaria para mí como individuo. Espero no haber causado a mis hijos demasiadas angustias. He tratado de remediarlas como he podido. A Lina... ¡qué le vas a hacer compañera! Sabías como era tu futuro marido y venías entrenada. De igual forma solicito tu merced.

Como remate deseo remarcar una situación, una circunstancia de mis años infantiles porque, creo, posee una proyección actual.

Tenía una tía muy querida en Quilmes, un pueblo cercano a Buenos Aires. Mindl se llamaba. Todavía recuerdo su cariñosa sonrisa de buena persona. Para ir a visitarla, a ella y a mis primos, teníamos que tomar el tren.

Mi padre adoraba a su única hermana. Y allí íbamos los Wolodarskys porteños un domingo sí y el otro también. Con alegría. La playa, el campo, el cine de las “matinéas” con tres películas constituían un fuerte atractivo para mí.

La enorme estación Constitución del Ferrocarril Sur, -no tengo ni idea de cómo se llamará ahora-, era el punto de partida de nuestro viaje interprovincial.

Las poderosas locomotoras resoplando vapor, sus bufidos al arrancar, las campanadas, las gentes, muchas, los señores uniformados, otros con herramientas colgando del cinto como los revólveres de Tom Mix o Buck Jones, personajes de rostros cetrinos, ojos achinados, calzados con alpargatas, cubiertos con ponchos deambulando extraviados: los primeros “cabecitas negras” llegaban a la Metrópolis hambrienta de mano de obra barata, iletrada.

Todo ese aparente desorden muy bien organizado (no hay que olvidar que los dueños de los trenes eran ingleses) seducía a ese pibe de barrio, yo, como si se tratara del mayor espectáculo del mundo.

Un elemento me atraía de especial manera: una plataforma con ruedas que conducía un hombre en su parte delantera sin ser arrastrada por equino alguno no movida por motor de ningún tipo. Se movía silenciosamente, transportando decenas de maletas, bultos, bolsas con total facilidad.

Pues sí...

Un día me colé en la parte trasera de la plataforma decidido a esclarecer el misterio...Cuando la policía me encontró como consecuencia de la angustiada denuncia de mis padres, -extravío, accidente...secuestro...quizá me había subido a un tren con destino ignorado-, el niño de entonces que casi ni canas peina ahora, había sido informado por el cordial conductor de la zorra eléctrica (así se llamaba la plataforma móvil) de cómo funcionaba el invento.

El bondadoso italiano me explicó que tenía un motor alimentado por la electricidad proveniente de unas baterías que llevaba el propio vehículo. ¿Y dónde enchufaban las baterías para recargarlas? Debía salir caro. Ni un “mango”. Los ingleses son o eran en los tempranos años 30 muy cautelosos con sus gastos, digámoslo así. Reponían la energía colocando las baterías agotadas en los bajos de los vagones cerca de las ruedas.

Cuando los trenes se movían las ruedas accionaban una dinamo que convertía la energía mecánica en eléctrica...el principio básico. Muy simple. Confieso que lo comprendí mejor años más tarde cuando estudié física en la secundaria.

El bofetón de mi padre, los sollozos de mi madre, sus abrazos, los tirones de oreja del policía y todo el tumulto que mi curiosidad había provocado dejaron inconclusa la lección de aquel memorable domingo de 1930 y pico. Ni siquiera pude comprobar, -igualmente con diez años más o menos era imposible, lo hice

decenios más tarde-, lo cerca que estaba el sistema de los ferrocarriles ingleses del inalcanzable “movimiento continuo”, sueño universal de todos los ingenieros para salvar al mundo de su destrucción.

Hace no mucho, viví una larga y nublosa temporada en Londres. Habitábamos una casa en un típico barrio londinense. Como todo buen vecino de la capital del Reino Unido, dejábamos nuestras botellitas de leche, vacías, en la puerta de casa por la noche, con la orden de provisión escrita y el dinero del importe. Cada mañana este descreído latino comprobaba que existían, llenas del blanco líquido, las botellitas solicitadas. ¿Milagro? No. Como me explicó un vecino, robar el dinero o la leche era un delito sólo comparable, moralmente, con atentar contra la vida de la Reina. Ni los gatos de Londres serían capaces de tal vileza. Eran felinos ingleses.

Otra circunstancia: ¿Cuándo hacían los lecheros el intercambio comercial? Nunca había oído el sonido de ningún motor de camioneta o algo parecido durante la noche o el amanecer. ¿Turbar el sueño de los durmientes londinenses? ¿Despertarlos sin mediar una guerra? ¿Cómo se me podría ocurrir siquiera? Hacer tal maldad merecería la horca en los muelles de Londres, si no fuera por los malos hábitos importados del Continente por esa amorfa cosa de la Unión Europea, contraria a tan higiénica y expeditiva medida. La electricidad, esa era la respuesta. Son camioncitos accionados por motores eléctricos, rudo (o algo peor) extranjero.

Sesenta años después, más o menos, mi curiosidad quedó satisfecha por el invento, un mecanismo que ya en los años 30 era utilizado en las colonias por los imperialistas ingleses, según pude comprobar aquel domingo en la estación de tren. Mis inquietudes vitales, contentadas, casi... ¿Por qué coño seguíamos quemando petróleo, gas, si ya en 1930 existían otras soluciones? Electricidad, energía proveniente de las fuentes naturales: sol, tierra, agua, aire. Si han llegado a la luna, los científicos están en condiciones de resolver, si es que no los han resuelto ya, los problemas técnicos. ¿Acaso no funcionaron los carritos selenitas?

No hace falta que me lo expliquen. Conozco las respuestas. Y me entra un cabreo de esos de mi ingenua juventud.

Schalom

IGNORANCIA, ERRORES Y MALA LECHE

Queridos Arianne, Muriel, Michelle y Marcos y demás nietos adoptivos, agregados y en gestación (varios), “aquí me pongo a escribir”, -nuevamente, que no a cantar-, para alivio de quiénes me pudieran escuchar (mi tía Juana, profesora de música, “dixit” sobre mis actitudes musicales y cantoras a pesar de ser yo su sobrino predilecto). Era y es un alivio negativo.

Me convencieron de que mi retorno a la radio no sólo era el producto del cariño reverencial de la actual dirección por su fundador, sino que era también debido al interés de algunos, (¿muchos, pocos?) de escuchar o al menos oír (ahora también leer) esta voz del ayer, no tan lejano como pueden pensar, jovencitos. De ahí venís todos mis nietos, propios y agregados, de una añeja tradición. El refrán sostiene que “El fruto no cae lejos del árbol”, de troncos que tienen sus raíces en los “schtetlaj” de la zona zarista, en las “melahs” magrebíes del Mediterráneo o en los remotos confines de las juderías orientales.

Sí, así es. Recordadlo siempre aunque vuestro segundo o primer idioma sea en inglés y no el dulce idisch, la hogareña jaquetilla o alguna de las múltiples formas del cultivado árabe judaizado.

Además me place hacerlo de viva y digámoslo, benignamente, personal voz y mano. Mi analfabetismo informático, lamentado y limitante, me obliga a escribir, a hablar, y a no utilizar los e-mails y los sms para comunicarme con los seres humanos, que no por el momento, con los animales. Me libera también de estudiar las nuevas formas idiomáticas de las abreviaturas, siglas y demás morondangas que, supongo, se impondrán. Las lenguas habladas son cosas vivas, que se transforman y no fórmulas gramaticales rígidas y prisioneras de los sacerdotes

académicos y los postulantes a serlo (largas, maliciosas, son sus filas mejor), inflexibles vigilantes de la pureza vestal del lenguaje.

Es de señalar que, finalmente, Roma toleró a las vírgenes vestales cierta y promiscua libertad sexual. El fuego estaba asegurado por muchas otras formas prácticas en el Imperio. Lo mismo sucedió con el latín senatorial. Entre soldados propios y mercenarios, comerciantes extranjeros, migraciones, extensión territorial del poder romano, etc, el latín se transformó en sus múltiples variantes romances, el español en la Hispania entre otros.

Así que doctos señores, amantes del buen castellano, (yo entre ellos, no por doctor, por enamorado) calma y a verlas venir. La era digital, el futuro, ya está aquí. Los idiomas no son lo que está en los textos. Son hechos vivos, mutantes. Tuve una prueba fehaciente en mi primera visita a París. Con mi pulcro francés colegial, bien aprendido, desembarqué un día de 1969 en la “Ciudad de la Luz”, mi primera vez. En la categoría de mis amores idiomáticos si el idisch era mi madre, el español era mi padre y el francés mi amante. Nunca mejor dicho. Como buen porteño lo leía mucho, susurrándolo. Charles Trenet estaba solo unos pasos detrás de Carlos Gardel y otros tangueros de ley. No se debe olvidar que he nacido no lejos de “San Juan y Boedo, esquina del Cielo”, en el Sur, cuna del tango, pero saboreaba las canciones galas (las que entendía, como me percaté en ese lejano 1969). Hace sólo cuarenta años...No fui a participar en el famoso “mayo”, pero me encontré con sus ecos y otros aspectos digamos “culturales”.

En primer lugar esos parisinos hablaban con medias palabras, abreviaturas, siglas, criptónimos, anglicismos, argot y otros vocablos que me convertían, a pesar de mis años de estudios de la lengua de Molière, en un total “opa” (del quechua “upa”) para comprenderlos. Apenas entendía palabras sueltas. Menos mal que las cartas de los “bistros”, los menús para turistas, estaban escritas en una lengua entendible para los viajeros. Las guías, mapas y en especial los anuncios de ventas también estaban en correcto galo. “La pela es la pela” como diría un castizo, es decir, “el mango es el mango” en lunfardo porteño, esto es, “la guita es la guita” en el “cheli” madrileño más o menos actual.

La otra comprobación sociológica, digamos, fue que “los niños y niñas bien” después de ese mayo habían dejado de ser “niños” y “niñas” y menos “bien”. ¡Vive la libertée d’amour! Habían efectuado “su” “revolución” en forma visible ya, dejando las hipocresías y las moralinas de sus burgueses padres en el baúl de los recuerdos.

La otra revolución, “la social”, “la toma del poder y los medios de producción por parte de la clase obrera”, la anunciada por la “gauche divine” o “caviar” y los “eternos” estudiantes del barrio latino, había sido postergada para mejor oportunidad. Los obreros franceses estaban demasiado ocupados conduciendo sus nuevos Citroens HP en sus vacaciones en la España franquista, (como dijo Ilya Erenburg), con sus compras en las “Galerías Lafayette” (con o sin rebajas), con sus televisiones, (ya en color), y en otras actividades pequeño burguesas.

De vez en cuando había una huelga, una manifestación por un aumento salarial, o algo parecido. Por la fuerza de la costumbre. Eso sí, las protestas debían acabar unos minutos antes del cierre del “metro”. No se podía concurrir a una concentración en coche. No había sitios libres donde aparcar en las cercanías del acto. “¡Merde!”. El *shock* para este latinoamericano lleno de ingenuos clichés, fue de órdago. La realidad no me convirtió en un reaccionario de derechas ni mucho menos, pero sembró en mí dudas e interrogantes nada metafísicos.

Se sumaban a las manifestaciones hechas personalmente por mis (así auto considerados) “compañeros” sobre las resoluciones de la Asamblea Tricontinental de La Habana: si para el triunfo de la Revolución Mundial era necesario eliminar Israel y su reaccionaria población, kibutzim incluídos, dos millones de judíos entonces, el sacrificio resultaba inevitable. Más habían dado sus vidas por la URSS. ¡Es verdad, lo juro! Puedo dar nombres, pero ¿para qué ensuciar memorias?, quizá en momentos de extravío hablaron sin pensar.

Otro elemento fue el encuentro con un amigo de siempre, en cuya casa parisina me alojé. Samy se llamaba. El apellido es secreto de sumario. Le perdí de vista hace muchos años, no sé dónde anda y quizá pueda perjudicarlo. Estaba medio exiliado de Cuba a donde había llegado de la mano de mi querida Disys Guira, -¿dónde estás amiga?- en ese entonces una distinguida dirigente castrista. Lo de “medio exiliado” no es coña. Su matrimonio con una diplomática le permitió salir de Cuba a dónde no pensaba regresar, creo, por su bien y el de su familia. Lo que me contó terminó de convencerme, no fue fácil. En mi casa de la calle Corrientes de Buenos Aires se efectuaron unos primeros contactos entre los enviados de Fidel desde la Cuba castrista y dirigentes políticos argentinos. Sábado puede dar fe. En plena dictadura militar, una más, en ese mi apaleado país natal.

“Mi Buenos Aires querido” ha quedado en mi memoria afectiva. El Muro ha caído, no sólo el físico...creía. Me parecía que el mental también. Que no únicamente el lenguaje había evolucionado como hecho histórico.

¿Qué estudiante escandinavo de español, por ejemplo, puede entender a un joven madrileño a su llegada a Barajas?

Puede ser que las lenguas sí evolucionen, pero sobre el proceso intelectual de ciertas personas de mi habitual entorno profesional tengo fundadas dudas. Y dolor. Oigo gritos en contra de Israel, leo titulares... Son palabras conocidas para los judíos. Con ligeras variantes, pocas, las vienen gritando desde hace siglos en Europa, en España. No han cambiado mucho. El odio, el llamamiento al asesinato ritual, suena igual.

Conozco muchos de los rostros que vociferan. Han trabajado conmigo en los estudios de televisión, en los rodajes, en las salas de grabación, de edición, hemos compartido éxitos...

Han analizado conmigo los textos clásicos del mejor teatro universal, las pequeñas obras de arte que son algunas canciones, no la basura consumista de muchos grupos actuales. Las han comprendido, para expresarlas luego con su mejor oficio. Son seres inteligentes, racionales, cuerdos, me parece. O me lo parecían entonces.

Algunas estrellas actuales tuvieron conmigo su primera oportunidad. ¿Qué coño les ha pasado? ¿No eran democráticos y luchaban por la igualdad? ¿No eran progresistas? ¿Eran falsas sus condenas a los responsables de la Shoa, su antifascismo, su odio al nazismo? ¿No estaban en contra de los regímenes autoritarios y dictatoriales tipo Irán, Siria, Irak y similares? ¿No sufrieron el 11 de marzo? ¿No apoyaban desde 1948 el nacimiento del Estado de Israel como acto histórico reparador de siglos de antisemitismo?

Israel, lo afirmaban públicamente, no era un invento circunstancial; suponía la creación de un estado por la voluntad política de las naciones del mundo reunidas, la URSS incluida, que para muchos, entonces, era sello de garantía ideológica...No era el único caso histórico. ¿Qué nueva, o no tanto, droga han tomado?

Me debe suceder lo mismo que en mi primer viaje a París, o lo que le pasa al escandinavo, estudiante de español en Oslo, que llega,-con su flamante diccionario "Español-Noruego. Noruego-Español"-, por vez inaugural a Barajas.

No entiendo un carajo.

O sí.

No me gustaría aceptar como ciertas las afirmaciones de mi suegra, víctima en su pueblo de Ucrania de los *progroms* blancos, rojos, y negros, que un día sí y el otro también pasaban por ahí y dejaban tras de sí sangre, muertos, fuego y lamentos. No, no quisiera admitirlas.

No. También hay voces favorables, no ya tan aisladas, aunque no tienen tribunas logísticas, ni tolerancia escuadrista, ni altavoces domiciliados, ni cuerpos de imprenta del tipo 40.

Lo que no alcanzo a comprender es por qué antes los gritos de odio me llegaban por el oído derecho y ahora los recibo por el izquierdo. O por los dos. O sí. O serán cosas de la edad. La mía. O no.

Canto mal, pero oigo, escucho ¡por “Deus”! acojonantemente bien.

¿Será únicamente por las pelás, por las dotes? Me resulta difícil aceptarlo. Siempre “compañeros, “coleguis”, la “guelte”, la “pela”, el hoy euro, nos han sido esquivos. ¿O ahora dan más por representación? Como estoy retirado de las “funciones” no sé, quizá, cómo o cuánto se paga ahora. Antes los franquistas o sus descendientes trabajaban menos y ganaban más que los neutrales, simples profesionales como yo.

Pero según creo Franco ha muerto, hay muchas teles con sus prados y se cobra según tu éxito y capacidades. Creo, ¿o no?

Será que debo actualizar mi saberes, mis seguridades, no sólo idiomáticas para comprender a mis, quizá, ex “coleguis”.

“Las cosas avanzan que son una barbaridad” como afirmaba aquel inolvidable personaje de zarzuela, don Hilarión. O no.

Schalom

¡EA JUDÍOS, A ENFARDELAR!

Cuando llegué a Madrid, España, (hay cerca de cuarenta madrides en el mundo), me asombraron una pléthora de actitudes, diversas costumbres y conceptos básicos generalizados, por no hablar de los códigos de conducta. Era lógico que fueran desconocidos para mí. Como dice la canción, “España y sus regiones” tienen al menos unos cuantos miles de años de historia.

Los aportes a los íberos originales (queriéndolos o no), los aborígenes de la Iberia en la época de Viriato, fueron abundantes y variados a lo largo de los siglos, como en toda Europa. Buen ejemplo de esas mixturas es por ejemplo, Inglaterra. ¿Cuánto de picto, anglo, sajón, vikingo, romano, normando, flamenco, etc componen hoy al auténtico inglés, quien retorciendo el labio superior le dice a un foráneo, con esa pizca de educado desprecio, “in this country...”? Lo hacen, aunque su cuidada palidez isabelina se vea en los actuales días un poco, bastante teñida de ocre hindúes y pakistaníes y oscuros bronceados raciales.

A un alemán, descendiente directo (cree él) de las valquirias y los nibelungos, un análisis genético le descubriría un buen porcentaje de elementos eslavos, poloneses, galos, celtas, mongólicos y otros corriendo por su pura sangre germánica. Últimamente se puede agregar a su pretendida impoluta composición partes de negritud.

Los perdedores siempre deben apoquinar con lo que exijan los vencedores, en dinero y especies... Hablando de derrotados, ¿qué puedo argumentar sobre los judíos pre-Estado de Israel? ¿Qué alternativa podría existir más que la de sobrevivir? Remarco Israel porque es el único lugar del mundo en el que los judíos nunca serán vencidos. No se lo pueden permitir.

Pero los descendientes del Reino de Judá hemos encontrado una fórmula práctica para demostrar nuestra acendrada estirpe a pesar de nuestros seculares reveses. Conscientes de nuestra azarosa peripecia histórica, la fórmula elegida es la línea matriarcal. Si la madre es judía, judío es el fruto de su vientre...El padre, bueno, sí lo es en realidad, óptimo, pero no es imprescindible. Mejor no averiguar.

Los romanos, por motivos distintos a los hebreos, -conductas sexuales, sociales, los legionarios, esclavos y esclavas a mano, invasiones, etc-, legislaron en el derecho romano, base de los códigos antiguos y actuales, un principio fundamental: “Mater certa est”.

Lo práctico superaba y supera en los pueblos lúcidos las vanidades machistas. Aunque hoy con las variadas técnicas de fecundación ni la madre que lo parió es cierta. ¡Ni el insulto de los insultos es seguro"! Lo de la identificación genética para los promiscuos de los dos sexos naturales es una putada moderna. ¡Los adúlteros no pueden vivir tranquilos, y los padres involuntarios que rechazan asumir tal rol como consecuencia de un fugaz encuentro están, ambos, jodidos!

En la península Ibérica, y sus islas, en especial las mediterráneas, el esencial principio racial hispano de "la limpieza de sangre" impuesto por el poder en las épocas de los pretendidos "cristianos viejos", el estrato feudal, suena a risible si no hubiera resultado tan trágico. Pero la funesta broma permaneció en el "corpus legal" vigente en España hasta...

Con mis fundadas dudas sobre la suciedad que cualquier tipo de sangre, blanca, negra, marrón, azul, siempre roja, pueda contener, lo de la "limpieza" hispánica...-¡vamos!-, no se lo cree ni el memo del pueblo, ni, por supuesto, ningún español.

¿Dónde estuvieron los fenicios largas temporadas? Y los griegos, ¿no gozaron de la Andalucía con su naturaleza tan sensual y voluptuosa? Claro está que tampoco hubo romanos en Hispania... Unas pocas centurias apenas. Los visigodos y demás tribus germánicas, celtas, vándalos, alanos, etc, apenas permanecieron decenios como tales hasta que ingresaron, desde el poder, en la corriente religiosa adecuada.

Abundantes a lo largo y ancho de los países españoles, Euskadi y Cataluña incluidos, todos los mencionados encuentros fueron bien profundos de acuerdo a las costumbres de la época y de los guerreros vencedores.

De alguien aprendieron los conquistadores españoles su conducta con los (y sobre todo "las") indígenas de las tierras recién dominadas. Después, también. Algunos millones de mestizos dan fe de su conducta. Y mulatos no faltan.

De los árabes de toda clase, sirios, cartagineses, bereberes, morisma en general que permanecieron en el "Anda luz", es decir, España toda, sólo siete siglos como señores, se puede suponer, con cierta lógica, que algún vestigio genético por vía del abuso o del consentimiento, de la esclavitud o la conversión, han dejado.

Y entre todas esas fuentes de "limpieza de sangre" los inquisidores, cuadrilleros con vestidura talar del poder en España hasta no hace tanto tiempo,

eligieron, como la única perniciosa, la judía... Negar lo evidente sería debilidad mental. Los judíos están, probado por evidencias materiales y documentos fehacientes, desde el siglo primero, o antes, en Iberia.

Algo habrán pecado, o no, varones y mujeres de Judá con las debidas contrapartes no hebreas antes del Edicto de Expulsión.

Después de la infamia de los Reyes Católicos, -sin quebrar el sexto mandamiento, ni prohibición alguna-, todos eran católicos y jurídicamente iguales, por lo cual el concubito y/o el fornicio consentido entre no judíos y judíos no estaba vedado, prescripto o penado. La razón era muy elemental: No existía, desde julio de 1492, judío alguno en los señoríos y reinos de Castilla, Aragón y otros dominios, es decir, España entera. Todos los ex Hijos del Pacto ya no eran hijos de nadie, salvo de la Madre Iglesia Católica y de su Santo Padre, el Papa. Los moriscos por el momento, y los gitanos eran hijos de otra categoría de fervores heréticos, o sea, como los definiera quién los persiguiera en esos días pecaminosos...

Pero, ¡jelines con esos cristianos de nueva hechura!

Seguían en los lugares, posiciones y cargos (en especial los codiciados puestos públicos) militares, políticos, y económicos en los que habían estado antes de... Inclusive detentaban altas prefecturas eclesiásticas, antes reservadas a quienes los habían obligado a convertirse.

Algo no encajaba en los planes y acciones preconcebidas para limpiar el terreno a favor de los dueños de la cosa hispánica.

Lo de “limpiar” agradó.

Y a pesar de que muchos eran , no mucho tiempo atrás “ben” o “ibn” de algún señor moro pasado por la sacristía, o de idólatras tribales godos convertidos en defensores de la verdadera fe y en reconquistadores de las tierras ocupadas habitualmente por esos mismos musulmanes, ya ibéricos desde hacía 700 años, adoptaron la fórmula.

“Limpieza de sangre”

Aunque la receta constituía una contradicción en quienes la aplicaban, cuando les convenía, se ejerció contra los conversos judíos durante siglos. Si bien no fue una sorpresa, -conocía a varios Bnei Anusim” descendientes de los judíos forzados a convertirse al catolicismo, quienes habían conservado su judeidad de generación en generación durante más de 500 años-, la conferencia de José

Manuel Laureiro y Anun Barriuso sobre la historia de estos ¿judíos? olvidados me impresionó.

Los nuevos sefardíes somos producto de motivos más terrenales, más prácticos. Que españoles cómodamente instalados en un reconocido y añejo catolicismo reconozcan su judaísmo, constituye una aventura intelectual única de personas singulares merecedoras de un respeto humano extraordinario.

Si los judíos, que lo somos por continuidad histórica conocida, a veces le reprochamos al aceptado Señor del Universo habernos elegido como su pueblo por los pesares que tal distinción conlleva, ¿por qué unos seres que pueden vivir en tranquilidad como católicos en la España de no tan alejados en el tiempo reflejos antisemitas, aún vigentes en muchos estratos hispánicos, se meten en posibles problemas y quizá silenciosas exclusiones? Es especial si se declaran agnósticos y dejan lo religioso de lado.

Existen variadas respuestas que van desde la identidad a la dignidad o el tan mosaico “¿Por qué no? Yo tengo una respuesta bien conocida por mí ya que la aplico para explicar mi judaísmo: si existen algo más de trece millones de judíos en el mundo hay más de trece millones de maneras de ser judío. Pero solamente una y única cierta: sentirse judío.

Schalom

Pd. Queridos nietos: razones ineludibles que requieren mi presencia física ininterrumpida en ciertas tareas me impiden, por un tiempo, unas cuantas semanas, enviarles estas hebdomadarias cartas. Volveré. Los quiere.

Solly

LONDON

En la Main Street de “Goldens Green” en el Norte de Londres, en pleno ghetto, predominantemente ortodoxo y con fuertes derivas ultraortodoxas tipo Lubavitcher existía a mediados de los años '90 un restaurant autodenominado “israelí” de nombre, “SOLLY’S”.

Durante nuestra estancia en la capital inglesa, vivíamos a unos quince minutos en coche del ghetto, recorríamos a menudo esos pocos kilómetros, perdón, millas, en mi automóvil español, es decir, de importación con matrícula

hispana, con una gran “E” pegada en la parte trasera. Para que no hubiera problemas de reconocimiento por parte de los cultos ingleses sobre el significado de la “E” -¿qué extraño país podía ser cuya inicial fuera una “E”?, cualquiera menos Spain-, mi coche llevaba en la ventanilla trasera un banderín del Real Madrid. Las dudas acababan “ipso facto”.

En Solly’s se comía bien además de las “delicatesen” israelíes como el “humus”, los “falafel” y las ensaladas con más verde y aceitunas que otros ingredientes acostumbrados en los platos de nuestro menú continental. Todo muy nacional y muy kasher.

Tenían una mini carta aschkenazy, casi secreta, con lo mejor de la cocina de “la mame” de Solly, no la mía, si no la del dueño del restaurante, aunque el cocinero era chino o algo parecido. Muy dulce, a la polaca, nos trataba excepcionalmente bien sobre todo cuando, previa exhibición de mi pasaporte, le puede demostrar que mi real nombre, legal y de nacimiento era Solly y no Salomón, Shlomo u otro parecido de indudable raíz hebraica y el “Solly” sólo un cómodo sobrenombre en países anglófonos como es Israel.

Habitualmente cuando me preguntan sobre el origen de mi nombre, si es un desconocido o sospechoso o comprobado xenófobo, me divierte fabular sobre ello. Invento cuentos absurdos que suenan bien. En general es una historia de guerra con mi padre como protagonista y Lord Solly, un alto jefe de la flota británica durante la Primera Guerra Mundial. El mencionado Lord Solly fue absolutamente real, como lo fue la guerra 1914-1918 y la “fleet” del Imperio Británico. Sí, mi padre participó como soldado ruso en la contienda, pero el frente ucraniano-alemán estaba a miles de kilómetros del mar del Norte y mi progenitor nunca salió de esas trincheras salvo cuando la revolución de 1917-18 trajo el caos y el desmoronamiento del ejército zarista y sólo para regresar a su aldea natal.

Pero estarán de acuerdo, mis queridos nietos, en que, si bien es pura fantasía, resulta una bonita y extravagante fábula. La realidad del origen de mi nombre es mucho más prosaica y simple. Mi madre, Rebeca, era en ese junio de 1927 una “gringa” recién llegada pocos años antes a Buenos Aires. La jovencita se estaba adecuando a la nueva realidad, a un país que sería el suyo en sus siguientes setenta años.

Mi nombre judío, Schalom, estaba decidido por mi padre antes aún de casarse. Su primogénito, yo, llevaría el nombre de su padre, mi desconocido

abuelo “Schulem”. Pero, ¿cuál sería mi nombre legal, el de la realidad de mi partida de nacimiento argentina?

Una enfermera de la sala de partos del hospital Ramos Mejía donde nací, - la sanidad pública de la Argentina, era, en la década de los años '20 previos a la crisis y a las dictaduras militares, de las mejores-, estaba leyendo, creo una novela rusa. Alguno de sus personajes más simpáticos, supongo, se llamaba “Solly”. Cuando Rebeca la consultó sobre el tema de un nombre “goi” atractivo para su recién nacido retoño, la “nurse” le sugirió, eso relataba mi madre, el que llevo. La muchacha estaría enamorada del protagonista.

A mí progenitora no le pareció mal. De todas maneras yo siempre sería para los Wolodarskys y los Gelmans “Schulem”, sin duda alguna. Así fue.

Para los “goim” cualquiera estaba bien. Sí tenía pocas resonancias iniciales judías, mejor. De esa forma figuro en mi partida de nacimiento en el Registro Civil de Buenos Aires. Ésa es la “vera” historia. Aunque estuve presente no puedo dar fe de ella, pero suena a verdadera. Mi madre, no lo pudo evitar, nunca mentía. Además, para mayor INRI, siempre decía la verdad.

Tranquilizado el supuesto israelí de que no le demandaría por uso indebido de mi nombre, ya habituado al correcto conducir por la izquierda, (abandonando la demencial costumbre del resto del mundo no británico de hacerlo por la derecha), habiendo memorizado de una vez por todas que vivía en la calle Gurney Drive, (lo de Drive era vital, pues existían las siguientes variables: Gurney Street, Gurney Terrace, Gurney Avenue, Gurney Line y alguna otra, lo que conducía a visitas, amigos -nunca imaginé tener tantos que “pasaban unas noches por Londres”; bienvenidos los amigos y la familia. Los extrañaba-, carteros, etc a inevitables confusiones), me salió un trabajito, un simple informativo económico pero que tenía grandes atractivos para mí.

Se realizaba en inglés. Si bien había ejercido tareas ejecutivas en el idioma, o algo parecido, del Imperio, estar en un control de realizador-productor con subalternos ingleses me producía una sensación de superioridad inigualable. Había filmando ya en Nueva York, en París...sólo me faltaba dirigir en inglés.

El mezclador, excelente, ni esperaba mis órdenes para cambiar de cámara. Las intuía. Era un indio de Madrás más listo que el hambre que había sufrido lo suyo como inmigrante de las colonias imperiales a la Metrópolis. El control de cámaras, un irlandés de Dublín, solía estar sobrio durante las grabaciones. Un buen profesional que nunca comprendió como yo, un hombre hecho y derecho, me

conformaba con media pinta de esa mierda de cerveza lager en vez de un par, o alguna más, de Guinness, la única bebida digna de un ser humano.

Mi “P-A”, es decir, mi asistente, una muchacha anglo-argentina, leía a la perfección mis notas de realización en los guiones escritos en correcto “spanglish”. Un equipo perfecto para mi inglés y para mí. Pero lo auténtico era la productora, “Financial Times”, situada en pleno corazón de “La City” y las informaciones que daban. Las económicas sobre lo ocurrido el día anterior, perfectas. Las previsiones futuras tan seguras como la meteorología antes de los satélites...probables con un margen de duda. Comenzaban así: “Posiblemente”...

En ese trabajo aprendí varias cosas útiles: si mi tío Enrique Gelman, algo más que un aficionado a las carreras de caballos, siempre atribuía sus pérdidas a los apaños de dueños, entrenadores y/o jockeys, (los equinos poco tenían que ver según él) , las bolsas, incluida la impoluta y honesta de Londres, son la timba superlativa mundial. Los “datos” del hipódromo de Palermo, Buenos Aires, se podían equiparar en “La City” por “los rumores”. Merecen igual confianza.

“Bajan porque el banco de no sé dónde, vende. Necesita líquido para financiar una compra gigantesca en Singapur, pero pasado mañana subirán”. “El agente de los Rotschild estuvo media hora consultando los balances del banco de no sé dónde y asintió con la cabeza sonriendo favorablemente. No se lo digas a nadie...”

¡A comprar! Las acciones del banco de “no sé dónde” subían y subían y subían más. A tope. Pero pasado mañana el “banco de no sé dónde”, sin protección oficial ninguna, quebraba y sus dueños “los desconocidos de siempre”, desaparecían.

Mi tío Enrique decía: “...era ganador seguro, pagaba 10 pesos a ganador y 8 a “placèt”, pero ¡joder, con la mala pata” se “mancó” en la recta...”.

¡Scholem Aleijem y su Menaje Mendl! La historia es antigua pero según parece en 2009 continúa funcionando. ¿Quién tiene la guita?

Conclusión: reafirmé el principio jurídico que mi profesor de derecho civil de la universidad, el doctor Molinaria, nos enseñó, “La guita es de quien la tiene. El otro la debe reclamar”. En las timbas ganan los dueños del casino; en las carreras, los dueños de los caballos; en las bolsas los que tienen el dinero suficiente para mover hacía arriba o hacia abajo las acciones y quedarse con los ahorros de los ingenuos.

A mí, que me gustaba jugar a los naipes desde chico, -mi tío Enrique me enseñó-, me prometí no jugar por dinero a nada, ni a las canicas (las “bolitas

porteñas”) que se me daban bien. Realicé la promesa una noche, muchos años después, al salir del Casino de Mar del Plata, Argentina, el más grande del mundo donde pueden jugar 15.000 personas al mismo tiempo. Habíamos ido a pasar el rato los componentes del equipo de filmación de una película, “Sombras en el cielo”, de la cual yo era co-guionista y productor ejecutivo contratado. Tenía unas escenas en Mar del Plata en invierno. ¿Qué se podía hacer después del rodaje en una ciudad de veraneo en invierno sobre todo si tenía casino?

Como correspondía perdí la modesta suma que llevaba para ese propósito. Fui para acompañar a “los muchachos” del equipo y no desairarlos. Pero antes de salir del casino descubrí una ficha de 10 pesos en uno de mis bolsillos. La “olvidada”...En la última mesa, una de las llamadas de “chance”, mayor o menor, rojo o negro, aposté esa postrera ficha a negro.

Se dieron 21 pases a negros seguidos hasta que cerraron el casino a las tres de la madrugada. Gané 2.500 pesos porque retiraba las ganancias y no doblaba la apuesta. De haberlo hecho hubiera ganado una fortuna de aproximadamente unos 500.000 pesos de los años '60.

Comprobado: no era un jugador, para nada. Un timbero de ley habría reconocido la buena racha, esa que se da pocas veces en la vida. Yo no. El juego, casino, caballos, naipes, bolsa, etc, no estaban creados para mí. Sería un perdedor eterno buscando esa racha de la fortuna que me había tentado. Lo prometí. Lo cumplí hasta hoy. Lina, vuestra abuela, es testigo de toda esta historia. Estuvo presente. Creo que no me lo ha perdonado hasta el día de hoy.

Londres, además de la City, tiene decenas de sitios autorizados para perder dinero legalmente y a voluntad. En todos los barrios existen oficinas de apuestas abiertas día y noche, donde se puede jugar a casi todo, desde el nombre del primogénito próximo a nacer de Elton John, si eso fuera posible... (Y lo ha sido, creo. ¡Nada allí es imposible si es apostable!) O al ganador de la sexta carrera del hipódromo de Honk Kong que tendrá su salida en los cinco minutos siguientes...o si lloverá el martes en Madrid.

También hay pubs en cada esquina casi. En ellos te puedes envenenar libremente comiendo sus “pies”, “black-pudings”, salchichas u otros mejunjes británicos. Tengo una teoría. Pienso que los ingleses son longevos a pesar de sus comidas, desayunos y cenas porque la cerveza negra del tiempo -,¡ horror!-, que consumen generosamente tiene poderes terapéuticos.

Pero Londres, además de esos atractivos, posee una actividad artística y cultural apasionante, única. Cada tarde-noche el problema consistía en elegir: ¿el concierto del Barbican o del Albert Hall?, ¿la función del Old-Vic o la del South-Bank?, ¿la exhibición de la National Gallery o la de la Tate que finaliza mañana? En un teatro del East-End cantaba Liza Minelli, Pavarotti estaba en el Covent Garden...Todo esto más centenares de espectáculos que en aquellos años 90 iban del rancio y adorable Music-Hall a los sonidos de los extraños instrumentos del entonces Ceylan, hoy Sri Lanka.

Ello sin contar el encuentro del Arsenal contra el Manchester por no sé qué campeonato (hay un montón), o el choque de los "All-blacks" (de mi amigo Jack George, un neozelandés más o menos auténtico. En realidad había nacido en White Chapell, pero vivía en Auckland) contra los de la Rosa Inglesa en el torneo de rugby internacional.

Si llovía mucho, -poco era lo habitual-, y hacía frío, -más que de costumbre que para un madrileño siempre es demasiado-, la BBC, mi respetada BBC, la que en mis años de juventud me abría una ventana a la libertad durante la oscura época del peronismo, ahora en televisión me demostraba, para mi envidia, las posibilidades de una emisora pública independiente del poder político del momento.

Para rematar sus atractivos Londres tenía, y tiene, una poderosa vida judía. Con vicisitudes, -¿y cuando no?-, los judíos estaban, con seguridad, desde 1066 en Inglaterra llegados con la conquista normanda de las Islas, expulsados en 1290, vueltos legalmente en 1655 porque Cromwell comprendió (por la inteligente mediación del gran rabino sefardí de Amsterdam, Manasse Ben Israel, la importancia de los judíos en el desarrollo de una nación en la Europa de aquellas épocas. La cadena de comunidades hebraicas de los siglos XVI-XVII-XVIII eran, como analizaron los economistas posteriores, conjuntamente con los Templarios, los genoveses y los venecianos, los únicos conductos fiables para las finanzas, el comercio y el intercambio de bienes en aquellos siglos.

Los judíos ingleses fueron, en los límites de la estratificada vida social de las Islas Británicas, aceptablemente tolerados. Aunque aún hoy se puede escuchar un despectivo "in this country", con un exagerado acento "Queen's English" para con negros, indios, pakistaníes y toda clase de extranjeros, los judíos son considerados leales súbditos de Su Majestad, dentro de un orden, por supuesto.

En 1835 David Salomons fue nombrado sheriff de Londres y en 1855 Primer Lord Mayor de la capital del Imperio. ¡Un judío, casi nada! Desde 1830, el Barón Lionel de Rothschild fue elegido miembro del Parlamento, pero hasta 1858 no ocupó su asiento en la Cámara de los Comunes después de que, tras sucesivas reelecciones, aceptaran que su juramento mosaico fuera tan válido como el cristiano.

Si bien Disraeli no está bien visto por la ortodoxia judía por su conversión al anglicanismo, ese sefardí fue uno de los grandes políticos a quien Gran Bretaña debe parte de su importancia internacional.

Hay más, pero no es misión de esta carta, mis amadas nietas inglesas Arianne y Muriel, hacer historia. Sólo son reacciones personales.

Pero deben comprender por qué yo me emocioné tanto cuando filmé la sinagoga hispano-portuguesa de Bevis Mark, o asistí al estreno de “The converts”, - la adaptación de mi obra “Los conversos” en un bello inglés-, dirigida por Sir Robert Rietti, en la sinagoga de Marble Arch, o, créanlo, es verdad, el día que programaron los siete capítulos de mi serie “Voces de Sefarad” en su versión inglesa, en una sola sesión del London Film Festival y los centenares de asistentes aguantaron hasta el final. Estoicos espectadores británicos.

“London, ¡I love you! But I can not live there, in that place. The weather is horrible. I’m sorry”. Sinceramente, lo siento.

Schalom

PRIMERO DE SEPTIEMBRE

Queridos nietos:

Tenía escrita una bonita carta cuando leí los titulares del periódico y la fecha, 1º de septiembre. Si bien aún faltan semanas para el fin del verano oficial en Madrid, ya se respiran actividad y premuras; han acabado las vacaciones.

Los titulares, en grandes y negros cuerpos de imprenta, -¿un treinta y algo?- que utilizábamos para inquietar a los lectores en mis tiempos de primerizo periodista, sumados a la fecha me provocaron un estallido emocional.

Fue un primero de septiembre de hace muchos años, sesenta y nueve para ser exactos. Mi padre llegó de la calle y se derrumbó. Su habitual buen talante había desaparecido.

Casi sin llamar entró en nuestra casa, en contra de sus educadas maneras, Moisés Mihnan, uno de los mejores amigos de don Mario Wolodarsky.

-“Meier”, así se llamaba en idish mi progenitor, “¡Miljorme...!”

Se abrazaron. Yo no sabía lo que pasaba, ¿la Guerra Civil española...? De esa los diarios escribían y las radios hablaban todos los días...

A don Mario le preocupaba mucho, no tanto como a don Manuel, el “gallego” dueño del “almacén” -tienda de ultramarinos- y bar de la esquina de mi barrio, es decir, de mi manzana, nuestro club social. Ese sí que insultaba y estaba furioso de la mañana a la noche desde hacía años, desde que yo podía recordar.

“Miljorme...” Guerra...

¿Por qué se angustiaban tanto si acontecía tan lejos, en Polonia? Con el correr del tiempo me di cuenta de que Varsovia casi lindaba con Buenos Aires. Pero para un chico que aún no había hecho la “bar-mitzvá”, la guerra en Europa Oriental, aunque las noticias sobre el nazismo y sus prácticas antisemitas me resultaban conocidas y comenzaban a roerme el espíritu-¿por qué, una vez más nos perseguían y asesinaban sin motivo?-, todo ese “mare magnum” de los adultos

todavía no adoptaba perfiles definidos. Ya tendría, para mis futuros y perpetuos pesares, contornos muy concretos.

¿El quimérico Estado Judío, con la Jerusalén recobrada del movimiento infanto-juvenil al que pertenecía no era la solución...?

No. Parecía no ser el momento adecuado. Lo que se inició ese primero de septiembre de 1939 no se arreglaba con canciones jalutzianas en hebreo. Pero de eso, de mis “javerim” del “Hashomer Hatzair” (La joven guardia) y de los diversos movimientos similares salieron, diez años después, los centenares de jóvenes que acudieron a la llamada del recién estrenado Estado de Israel. Otros elegimos diferentes senderos pero, en cierta forma, ellos, los primeros “olim” de finales de los '40, y los demás estuvimos en el mismo “frente”: la lucha contra el nazismo y por asegurar la supervivencia del judaísmo.

Lo evidente para ese adolescente fue que aquel sombrío viernes 1º de septiembre de 1939, la edad de la inocencia había acabado.

“¡Milforme!”

Y en el centro del conflicto el territorio “aschdenazi”, Polonia, Ucrania, Rusia y los demás constituían y serían los campos de batalla de la guerra más horrible de la historia. Sin embargo el desconcierto de aquél imberbe, yo, no lo constituyó únicamente la invasión nazi de Polonia.

La Unión Soviética, la URRSS, el modelo social a seguir en la construcción del utópico Estado judío de nuestros míticos ideales, cometió su parte del crimen contra Polonia.

No fue la ocupación de una parte del país lo que nos conmovió más. Lo que nos estremeció y significó el inicio de las dudas sobre la veracidad de la ideología que propugnaba la creación de un mundo sin clases y de felicidad eterna, lo representó el pacto ruso-alemán que se repartía Polonia y aseguraba la paz entre las dos potencias. ¿El nazismo totalitario, antisemita, brutal, con el sanguinario Hitler como Fúhrer se aliaba con la Unión de Repúblicas Soviéticas, la vanguardia de la Revolución Social Internacional, el país de la igualdad, de la justicia, el paraíso de los obreros y de todos los oprimidos, los judíos entre ellos, liderada por el Gran Camarada Stalin, el guía de las masas del mundo entero?

-“Si Stalin lo hace sabe perfectamente porqué y lo que Stalin decide sólo es a favor de la revolución internacional. No existe ninguna duda en mis pensamientos sobre lo justo de sus actitudes...” afirmó sin titubeos don Simón, un miembro del “Socorro

Rojo” de ayuda a los republicanos españoles del barrio. Esta vez llegaban hasta Boedo los límites del barrio.

Era judío, pero un ferviente comunista probado en exilios y cárceles de varios continentes. De la Argentina prefascista de los años '30, también.

Don Mario Wolodarsky, a su pesar, en la Gran Guerra de 1914-18, soldado rojo hasta que recibió el primer injusto castigo-paliza de su oficial y comisario político bolchevique acompañado del eterno insulto ¡”judío de mierda”!, reflexionó en voz alta.

-¡Qué unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas ni cuentos de hadas, hijo! ¡Es la Rusia de siempre, la de Iván el Terrible, Pedro el Grande, Catalina, la de todos los zares, incluido Stalin!

El antiguo alumno de la universidad de Odessa, sabía bien de qué hablaba. Yo tardé casi treinta años en comprobar lo acertado de sus duras afirmaciones. Don Mario tenía razón. Ni siquiera el feroz antijudaísmo ucraniano-ruso-polaco y de los alrededores se había desvanecido en 1917. Seguía ahí, profundamente arraigado en las mentes de los ahora soviéticos, a la espera de su oportunidad, a pesar de todos los líderes judíos de la Revolución de Octubre. Muchos. En especial “Leibale”, León Trotsky, para mi padre. Embustes. Por eso mi padre emigró de Rusia.

Concluida la “Milforme”, contados los millones de muertos, la reconstrucción de Europa y de Rusia, la increíble y loca Guerra Fría, la caída del Muro material e ideológico, la desaparición -¿o es sólo un fugaz ocultamiento?- del pensamiento soviético en Rusia y sus pertinaces seguidores del resto del mundo, pareció el comienzo de una vía, esta vez sí-lo anhelaba con todas mis fuerzas- nueva para este común domicilio de todos los seres humanos: el planeta Tierra.

Sería mi legado y el de mi atormentada generación para vosotros, mis amados nietos y los nietos de resto de los abuelos del universo. Sin excepciones.

Europa Unida, América del Norte, la sufrida y experimentada Rusia agrupadas todos en una tarea común, dominaríamos las delirantes amenazas de los fanáticos religiosos, de los pequeños autócratas populistas latinoamericanos y demás extraviados.

En China, una vez superado su inmerecido retraso, las nuevas clases sociales gobernarían de acuerdo a las modernas teorías. Ya se podría contar con la India, ese continente de inteligentes pobladores, que emerge con fuerza.

La frontera común sería el cosmos.

Los ingenuos no tenemos cura ni remedio. ¿O el “Homo Sapiens” es una quimera y en realidad en nuestra evolución darwiniana sólo hemos llegado al nivel de “Homo Stultus” es decir “necio, loco, insensato”? ¿Cómo si no explicar lo que sucede en Europa, en Rusia, en el mundo en estos días de septiembre de 2008 en los que escribo esta carta?

Muchos, como yo, no necesitaríamos acudir a los libros de historia para relatarles a los actuales dirigentes políticos y militares lo acontecido entre 1939 y 1945 y sus consecuencias.

Hoy Solly, el hijo de Meir Wolodarsky y Pinie, el hijo de Moisés Milman, si estuviéramos cerca, como buenos amigos que somos al igual que nuestros padres, nos abrazaríamos y diríamos con pesar, con rabia terrenal: ¡¡Guerra no, basta ya!!

Stalin ha desaparecido. ¿De dónde viene Putin? ¿De la Rusia de Catalina “la Grande”, la de los zares? ¿Quiénes son los vaqueros cabalgando una bomba nuclear cayendo sobre Moscú como en el final de la película de Kubrick “Doctor Strangelove o cómo aprendí a dejar de preocuparme y amar la bomba”? ¿Quiénes los han parido, a ambos?

¿Los dirigentes de la Unión Europea, es decir los países que más han sufrido las últimas conflagraciones, decenas de millones de tumbas dan fe de ello, por qué no explican el motivo de sus titubeos? ¿Son sólo hetarias o ejercen de tal antigua profesión en realidad? ¿No pueden reunirse todos, entenderse y comprender que el siglo XX ha sido el más terrible de la humanidad y que nosotros conocemos, como ellos, todos, la imposibilidad de terminar el siglo XXI si continúan pensando como antes del primero de septiembre de 1939?

O lo hacen, o el año 0 está próximo.

Mis queridos nietos, los míos y los demás nietos del mundo, no puedo callar aunque se me escuche poco pero mi grito, unido al de muchos otros que en estos días oigo, quizá sirva como un destello para sumarlo a ellos e ilumine las tinieblas que se ciernen sobre un mundo que puede ser, no pretendamos feliz, pero un erial habitado por sabandijas. ¿O sí? ¿O no?

Schalom

PHILEAS FOGG

Como quedó explícito anteriormente, mi entusiasmo por Inglaterra ha sido considerable desde edad muy temprana, con independencia de mis opiniones sobre su política, en especial la exterior.

Durante largas temporadas ambas, lo interior, a pesar de su férrea estructura clasista, me atraía mientras su doctrina imperial en lo exterior merecía algo más que una crítica ideológica. Era de un comportamiento aborrecible con los países de su imperio, los ocupados directamente o los controlados con la complicidad de las clases dirigentes locales, por ejemplo, Argentina. Pero paradójica, una de las muchas de mi vida, el origen de mi positivo interés por los ingleses estaba en la obra literaria de un francés: Julio Verne. “La vuelta al mundo en ochenta días”, es una de las novelas señeras de mi infanto-deambulante formación cultural juvenil.

De la literatura rusa, pasando por la judía, en idisch o traducida, la inglesa, traducida por supuesto, algún español, sin excluir el obligatorio escolarmente “Don Quijote”, varios argentinos cercanos o de programa de estudios, etc, etc, hasta las obras del destacado siglo XXI galo, todo libro que caía en mis manos lo engullía, fuera bien encuadernado, proveniente de la biblioteca municipal cercana, o en una edición muy barata de papel amarillo, creo que la editorial se llamaba “Tor”, o en préstamo privado, muchas veces sin el consentimiento del dueño o del librero que los vendía...

¡Esas maravillosas librerías de la calle Corrientes de mi juventud, abiertas día y noche con sus libros al alcance de la mano...! Sus vendedores fueron mis eximios críticos literarios de aquellos tiempos. Nos mantenían al día y nos aconsejaban sobre novedades o reediciones.

Creo, deseo fervientemente dar fe de que las editoriales no los sobornaban-coimeaban. Eran muchos. No tan pocos y ubicables como los actuales examinadores de diarios, revistas y otros medios, cuyas notas laudatorias equivalen a centenares de ejemplares vendidos y cobrados, salvo honrosas excepciones.

Pero Julio Verne llegó a mi apetito libresco antes de que yo saliera de mi barrio periférico y llegara a pisar la mítica calle Corrientes. Con Julio Verne llegó Phileas Fogg y su deslumbrante apuesta.

¡Eso sí que era un hombre de la cabeza a los pies! ¡Un macho de verdad, con perdón de las feministas! Consideren respetables lectoras, que hablo de los años '30, en un remoto rincón de la Tierra poblada por rudos inmigrantes de zonas del mundo extremadamente subdesarrolladas: italianos del sur, gallegos, judíos, - no tan rezagados pero más machistas que nadie, su elemental ortodoxia así lo demuestra-, y otros recién llegados a la Reina del Plata de confines no muy ni muy poco refinados en materia de igualdad sexual, o de género como resulta correcto definirlo hoy en día.

Phileas Fogg era inglés, como Sherlock Holmes, el capitán Drake, el capitán Cook, Lord Nelson, Shakespeare, Ivanhoe, el Rey Arturo, el cuaquer Oast que mi madre me hacía para desayunar cuando creía verme débil o en la etapa del desarrollo, como el tren que nos llevaba a Quilmes a casa de mi tía Minidale (aunque la luz eléctrica pertenecía a la CHADE, una compañía española), y los tranvías a Lacroze, tampoco inglesa. Mis héroes eran ingleses, salvo los Tres Mosqueteros, que no lo eran o Sandokan, el Tigre de las Malasias, poco malayo, sólo italiano en realidad, o bien Marco, también italiano, con quien recorrimos desde Los Apeninos a los Andes. Por no hablar de Carlos Gardel, el porteño por antonomasia, francés de nacimiento.

En medio de ese batiburrillo adolescente siempre surgía Phileas Fogg. Cada relectura se hacía más notable. Sí, han leído bien, mis queridos nietos, relecturas. ¿O piensan que sólo los niños de hoy vuelven diez, cien veces a la misma película de Disney?

En mis tiempos de niño, de chico más crecido, de púber, de jovencito, estimados nietos, no existían la televisión ni los ordenadores, ni Internet ni los juegos digitales. A veces el cine, per a mano, ya pagados u obtenidos de otra forma, sólo estaban los libros, sólo libros.

Pero eso sucedía en el siglo pasado, antes de que el Fahrenheit 451 tecnológico los redujera a los suplementos literarios y a los “best-sellers”, es decir, a la moda del último mes. Hoy los libros tienen fecha de caducidad, de modo semejante a los yogures.

Pero para mí Phileas Fogg no caduca, ni siquiera en estos tiempos de sobre oferta de héroes de toda índole: cinematográficos, televisivos, deportivos,

galácticos y demás sugeridos por el mercado. Phileas Fogg representaba la perfecta combinación entre intelecto, educación, capacidad física, y una enorme voluntad que no le permitía ¡jamás! darse por vencido. Y además, tenía suerte...

¿Qué otro héroe desde Aquiles, Sansón, a Tom Mix o el “Llanero Solitario” podía superarlo? Ni D’Artagnan, ni Robin Hood. Los dioses habían elegido a Fogg. El hecho de que perteneciera a las clases altas londinenses en esos años a mí todavía no me importaba. Lo destacado lo constituía su país de nacimiento y educación recibida, Inglaterra: sí, además lo aseguraba Julio Verne, un francés que como todos los no tan antiguos devotos de Napoleón odiaba a la “Pérfida Albión”.

¿Qué otra prueba se podía exigir? La “Probatio Probattissima” de mis futuros estudios de derecho.

Inglaterra...no me fue, no me es necesaria ninguna convalidación psicoanalítica. Se trata de una fijación psíquica de origen infanto-puber insatisfecha. Aunque tuve algunas oportunidades de enfrentarme a mis reprimidos sentimientos de vivir en Londres, -la BBC quizá me abriría sus herméticas puertas, tenía buenos amigos dentro-, no me atreví. Existía un oscuro freno en mi intelecto que me impedía dar el paso cuando se producía alguna ocasión favorable.

Muchos años después superé mis ocultos temores. Las circunstancias favorecían mi actitud. Como diría Demian, mi amigo psicoanalista, u Ortega, las condiciones se presentaban adecuadas para asumir el reto tantas veces evitado por mis complejos.

Si no conseguía trabajo, podíamos vivir modestamente; me había jubilado de manera aceptable en España. Mi inglés, muy lejos del “Queen English”, resultaba indispensable para circular en una Metrópolis repleta de inmigrantes del antiguo Imperio y del no imperio, es decir, una pequeña parte del mundo, ese insignificante resto. Y la “ratio finis”, o sea, la razón fundamental: la mitad de mi familia vivía en Londres, mi hijo, mi nuera y mis nietas.

Miren como resultaron las cosas: conseguí producir y realizar un programa, muy simple en verdad, para la emisora de televisión existente en aquellos años en “Financial Times”, en inglés y en la “city”.

Pude entonces alquilar una hermosa casa, “a un dedo” como dicen mis amigos marroquíes de París, de Bishop Avenu, la calle más aristocrática de Londres. Por casualidad; lo que nos decidió era que no estábamos muy lejos del domicilio de los Wolodarskys londinenses.

Tampoco de Golder's Green, la capital judía de Gran Bretaña. Próxima pero lo suficientemente distante para pecar, en varios aspectos, de la ortodoxia rabínica sin la represión jasídica imperante en el barrio londinense donde el shabat es más riguroso que en Tel Aviv. Remarco, Tel Aviv, no Mea Sharim.

Londres, a pesar de los años transcurridos entre la época de Phileas Fogg y los finales del siglo XX, con los inevitables cambios y transformaciones de imperio a la cabeza de una menguada comunidad de naciones cuasi independientes, o independientes en realidad; que había pasado de denominar a Europa como “el continente” a casi pertenecer a ella; que había aceptado que el “English Channel” une y no separa y puede denominarse también “Canal de la Mancha”, Londres, repito, el de los preparativos hacia el Milenio 2000 para mí y para otros cuantos millones, mantenía sus poderosos atractivos.

Siempre existe algo interesante a diario.

Teatro. ¿Cuántas compañías al unísono desde Shakespeare a Stopard? De nuevo lo recuerdo: en Londres, sí, no lejos de Marbl Arch, se estrenó en inglés, sí, en el idioma de Marlow, mi obra “The converts” antes de que “Los Conversos” lo hiciera en español. De nuevo, ¡sorpresas te da la vida!

Cine. Al mismo tiempo, o antes que en Nueva York, todos los estrenos apetecibles. Música. Imposible, sin ser un real melómano, que no lo soy, elegir el concierto “del día”. Arte. Quién no expone en Londres, ¿existe siquiera? Eso por no citar la National Gallery o la Tate. Televisión. La BBC y la Four, la cuatro, sin entrar en más detalles.

Radio. La BBC y sus “chiquicientos” programas a todas horas sin clonar sus emisiones como hacen, por ejemplo, las cadenas de radio comerciales hispanas. Museos. Todos y algunos más. Conferencias. Nunca pude acabar de leer la oferta de esa jornada en el diario.

Vida judía. Desde los restos del anarquismo judío, que tenía,-¿tiene?- su secretaría internacional en Londres al movimiento Lubavitcher y sus proféticos rabinos.

¿Qué más? Lo que se nos ocurriera. Y entonces no era tan caro como hoy.

¿Qué aconteció entonces para motivar mi huída de Londres, que lo fue? No cometí ningún delito, salvo algún encontronazo automovilístico. Llevé mi coche español, cuyos reflejos estaban condicionados para conducir a la derecha, como lo

manda la lógica. ¿Cuál fue la poderosa razón que me decidió a dejar la ciudad de Phileas Fogg y más aún, de la mitad de mi familia, mis amados nietas?

Lo que cuento a continuación no es en tono irónico, aunque pueda parecerlo. El sol, o mejor dicho, la ausencia del astro rey.

Enfermé de un mal típicamente británico; en inglés “Seasonal Affective Disorder”, “SAD”, su poco simpático acrónimo. En limpio, “Desorden Afectivo Estacional” con referencia a las épocas del año y la mayor o menor presencia del Sol.

Como el sol luce bien anualmente apenas quince días en Londres, mi SAD o tristeza o abatimiento o como quiera definirse se hizo grave, no bromeo. Les sucede a muchos foráneos. La medicina prescrita en mi caso fue el regreso a Madrid, al sol mesetario, sin nubes, sin grises, calor y mucha luz. Los grises para los anglosajones, germanos, vikingos y descendientes de los mongoles, alguno familiar cercano mío.

¿Para qué sirve el mejor banquete si el comensal, yo, está inapetente?

Y aquí estoy desde entonces, en los madriles, con alguna escapada, cada vez menos, a los centros de la producción de lo nuevo, o de lo antiguo revalorizado, de la cultura.

Hay quien va a la City, a Wall Street o a la Place du Bel’air en Ginebra. Yo voy al teatro en Londres, a París a la rue de Rosiers, a Ginebra a cambiar de avión.

Sólo deseo remarcar una idea que me persigue desde antaño; decenios suman su acoso.

Para que Phileas Fogg fuera perfecto sólo le faltaba ser judío... ¿o no?

Schalom

LAS VÍRGENES DE AGOSTO

Cuando promedia el verano, o entra en sus semanas finales, se realizan, en especial en los países europeos de la cuenca mediterránea grandes procesiones en honor a la Virgen María. Los judíos deberíamos sentirnos orgullosos de que se honre de tal manera a una mujer, Hija del Pacto, una judía, Miriam de Nazaret. Es realmente único para cualquier pueblo.

Siento desilusionarles, estimados colegas, pero no es así.

Lo que honran en realidad los pueblos cristianos, mediterráneos en su mayoría, es a unas diosas paganas Ceres y/o Cibele, protectoras de la fecundidad, la agricultura, de los dones de la naturaleza en general. Para mayor

información, leer cualquier tratado elemental de Mitología clásica o solicitar información en Internet.

Lo que encontrarán con mayor dificultad, pero no es un código secreto, es la razón por la cual el culto mariano reemplazó la devoción de los pueblos agrícolas por las diosas que aseguraban sus cosechas desde el Olimpo, el cielo, o cualquier otro domicilio divino.

Son motivaciones prácticas, políticas simplemente.

Cuando Constantino tomó el poder en Roma, con un golpe militar, siglo IV de la era común, como de costumbre en muchas épocas del Imperio Romano, se preocupó, naturalmente de asegurar su dominio.

Como uno de los pilares de esa autoridad, además de sus legiones, Constantino comprendió que la unidad religiosa, y su control, le daría otro soporte poderoso a su mando. Existían demasiados dioses romanos entre los propios y los heredados de los griegos.

Había una religión emergente, popular, no sólo compuesta por judíos disidentes, también muchos romanos gentiles la practicaban. Era un credo amplio, “buenista”, según se podría denominar con terminología actual y encontraba eco en los romanos humildes, libertos, esclavos, y los miles de extranjeros que poblaban la capital del Imperio.

Eran más que los patricios a quiénes Constantino acababa de derrotar.

Elena, la madre de Constantino, no la de Troya, era cristiana. Fue declarada santa muy rápidamente, y dio acceso a los dirigentes de la incipiente religión. Los oficializaría, al credo y a sus sacerdotes. Sería doctrina del Estado. De acuerdo.

Habría que realizar unos “pequeños” ajustes para que la aceptación fuera más fácil para los romanos. Roma sería la capital de la nueva fe romana. Jerusalem sólo era el real escenario de los hechos sagrados pero...

¿Qué importancia tenía ese detalle? Bueno, los clérigos eran romanos.

Se debía celebrar la Natividad de Cristo coincidiendo con el solsticio de invierno...Lo hacían desde la edad de piedra todos los pueblos, incluidos los judíos con Janucá. ¿Abril significaba algo especial para alguien? Era cierto. Mes más o menos no tenía importancia.

El shabat no era malo, pero los romanos preferían el séptimo día, el domingo. En fin, lo esencial era el concepto, no el día de la semana...

Otro detalle; Ceres y Cibeles, diosas muy queridas por los agricultores del Imperio, no podían olvidarse. ¿Le importaría mucho reemplazarlas por la adoración a María, la fecundidad hecha persona? Había dado a luz al Hijo de Dios...Si era virgen, mejor... Y otros detalles menores.

Casi veinte siglos después, aquí estamos:

Celebrando a Miriam, una judía de Nazaret, casi en todo el mundo, como cabeza de un culto paralelo, del cristianismo: el mariano.

La historia de las religiones es muy aleccionadora, la judía también. Explican los anales mejor que muchos cronistas pasados o actuales. Sus adecuaciones a los tiempos, bien analizadas, iluminan los hechos y actos históricos con absoluta nitidez.

Como no soy historiador, ni pretendo realizar un análisis de las religiones comparadas para lo cual no estoy capacitado me limito a leer y a recordar lo leído.

Según creo, en la fe musulmana la apostasía se castiga con la muerte. En general la suerte de los renegados de las distintas religiones no resultan agradable. A los conversos católicos, si los hallaban poco sinceros, la Inquisición los enviaba a la hoguera, con la ayuda de la eficaz tortura. Afortunadamente para los cristianos es algo superado. Ni siquiera resulta indispensable para los católicos españoles apostatar públicamente si pretenden divorciarse. Esto, queridos nietos, sucedía no hace tantos años atrás.

En el mismo Israel existen problemas para sus habitantes por el respeto a la ortodoxia mosaica. Pero entre los muchos interrogantes que me producen las prácticas de las diversas religiones, hoy por hoy tengo dos que me acucian.

La primera, muy clara:

¿Por qué al presidente Menen de la Argentina, musulmán converso públicamente, no le condenó ningún Imán islámico?

Segunda, no tan clara:

¿Por qué no queda bien aclarado si el senador Barak Obama, que aspira a ser presidente de los Estados Unidos, fue musulmán o no?

No lo digo por los ciudadanos norteamericanos cuya amplitud de criterio, al menos en la mayoría de ellos, se está comprobando en las votaciones primarias. Lo manifiesto por los musulmanes que han condenado a dibujantes, periódicos, países, por unas viñetas supuestamente ofensivas contra Mahoma. ¿La apostasía de grandes personajes políticos está exenta de toda sanción islámica?

La única fe que se ha mantenido desde la remota antigüedad sin grandes variaciones, es la religión que adora al dinero. Es universal; no realiza ninguna diferenciación de raza, color, sexo, nacionalidad, ni origen o credo. Es muy simple. Antes veneraba ciertos metales que juzgaba preciosos. Hoy idolatra a unos papeles impresos. Es verdad. No bromeo.

“Dineros son calidad”, proclama el refrán español.

“Tanto tienes, tanto vales” ¿No son preceptos fáciles de guardar?

Schalom

EL ARTISTA EN EL ARQUITECTO

Mi hijo Victor Alberto (por Einstein) es arquitecto, vocacional. Como algunas veces le comento, orgulloso, sus urbanizaciones, centenares de viviendas, son agradables, cómodas. Como el mismo afirma, “tienen dimensión humana”, “construyo hogares, no sólo edificios”.

Vuestro padre, Michelle y Marcos, también pinta bien, parece que con calidad. Hubiera tenido, según la opinión de algunos entendidos que han visitado la galería Wolodarsky, un futuro como artista. La exposición permanente de la obra de Víctor se encuentra en la casa de sus padres, la mía, y vuestra abuela Lina, queridos nietos, es la curadora de la misma.

Ya no tenemos paredes libres.

He presenciado la oferta de un gran “marchand” para representarlo. La rechazó. Sus razones tendría. El, mi amado hijo Víctor, sigue diseñando casas, hogares. Es un constructor en el sentido más noble de esa palabra según Ibsen. Cuando las proyecta, en medio de la maraña burocrática, de los intereses legítimos de los propietarios, promotores y otros que viven del ladrillo, en él prevalece un idea: en esa casa vivirán personas, seres humanos, familias.

Luego vienen largos meses, años a veces, para que esas líneas se verticalicen, se conviertan en realidades concretas, en esas imaginadas casas. Cuando las veo acabadas, siempre tienen un toque que las distingue, no en vano hay un artista en el interior de ese arquitecto.

Victor no constituye como profesional una excepción, aunque hay de todo. La Escuela Superior Técnica de Madrid, difícil, exigente, ha dado y da buenos arquitectos a España y al mundo. ¡Lástima que la maraña de reglamentos, ordenanzas, organizaciones, intereses varios, etc, impida que la belleza se manifieste libremente y convierta a Madrid, a España entera, en lo hermosa que debería y se merece ser!

En fin. Como se habrán apercibido me siento honrado por ser padre de un hijo así y de su labor profesional. Cuando comparo la mía, que fue volátil, efímera, en el mejor de los casos flor de un día, con la suya, edificios, hogares para muchos años, generaciones a veces, cuidando al detalle cada metro cuadrado...¿qué quieren que les diga? No me avergüenzo, no, pero establezco todo lo honestamente que puedo la comparación.

Los juglares y saltimbanquis han desaparecido en el polvo de la historia, aún los judíos, que los hubo. Los castillos, los palacios, las ciudades las casas, ¡ahí están!

La prueba concreta de lo anterior la tengo frente a mi casa. A través de la ventana que da a la calle, cruzándola, de frente, están levantando un edificio. Hace meses. Guías muy altas, decenas de camiones, centenares de personas con cascos de trabajo. Otros, trajeados, miran, comentan. Entran, salen. Hablan, transpiran, se fatigan, comen y sobre todo, trabajan, la mayoría de ellos, duramente.

Dentro de uno, dos, tres años, habrá, cruzando la calle, un centro comercial, las modernas catedrales de nuestra era, un hotel y un buen número de viviendas. ¡Ah! Y cinco o más plantas de aparcamiento para automóviles, los reyes de la sociedad actual.

¿Para quiénes si no las nuevas avenidas las nuevas autopistas, los nuevos puentes, los nuevos túneles, los nuevos talleres, todo en función del automóvil? Gran señor es el coche.

El esfuerzo humano para una vida mejor no tiene límites. Las mentes más sobresalientes, el trabajo físico, la experiencia artesanal, los adelantos técnicos de última hora, el dinero en cantidades enormes, todo para construir.

Cada mañana cuando abro la ventana y veo avanzar la obra me siento reconfortado y orgulloso de mi hijo Víctor. Aunque el proyecto no sea suyo. No sé, francamente, como no pensaron en él los indocumentados promotores de un edificio frente a mi ventana.

En alguna hora del día enciendo la televisión. No tengo programas preferidos salvo las retransmisiones de los encuentros del Real Madrid-, soy un hincha de sillón, aire acondicionado y/o calefacción con baño cercano-, y los informativos nacionales e internacionales en cantidad fronteriza con el vicio. Esta adicción tiene sus raíces psíquicas. No necesito psicoanalista para asumir y comprender este trauma personal. Quién, como yo, ha crecido desde 1930: atentados árabes en Palestina, 1936 Guerra Civil española, 1939 Segunda Guerra Mundial, 1948 guerras de la Independencia de Israel, 1956, 1967, 1973, y las siguientes de ese pequeño territorio dónde se ha refugiado la semilla, el futuro del pueblo judío, puede comprender mi compulsiva necesidad de información continua.

Estos últimos días volví a ver tanques actuando, soldados con armas, refugiados, heridos, muertos, edificios destruidos, ciudades ardiendo, destrucción rápida, diaria, minutos para devastar lo que ha exigido siglos para ser levantado.

No, no era ningún país cercano o conocido para mí, ni tenía por él ningún interés especial. Se trataba de una población en una desconocida y distante Georgia. Pero eran seres humanos, sus hogares, sus hijos, sus vidas...

¡No y no! ¡No, otra vez, no!

¿Cuántos millones muertos son aún llorados en Rusia, en Ucrania, en Georgia, en el mundo entero? ¿Pueden unos sorbos de petróleo hacer que se olviden las miserias de hace pocos años con colas de miserables bajo la nieve esperando unos alimentos escasos o inexistentes en las tiendas de la URSS? ¿Pueden los georgianos no recordar las penurias de ayer con sus facciones tiroteándose en las calles de Tiflis? ¿Recuperar qué? ¿Y si no quieren? ¿O quién fue y qué hizo su paisano Stalin con millones de seres humanos, georgianos incluidos hace nada?

¿Cómo pueden, unos y otros, destruir lo que ha llevado generaciones construir?

¿Cómo se pueden matar los hijos ajenos y los propios sin considerar que se truncan las vidas que tanto ha costado a sus padres criar y que tienen aún un largo camino por recorrer?

¿Han olvidado los mandatos de la Biblia, libro sagrado para rusos, georgianos y que todos nosotros, todos los hombres formamos una sola familia humana?

Lo lamento Victor, hijo querido. Quisiera ser pacifista, pero los hombres no me dejan serlo.

Schalom

EL MUNDO AVANZA

Es verdad, ¿hacia dónde? Hacia el futuro.

Algunos, como yo y los de mi generación ya vivimos en el futuro. Venimos del pasado. Nunca pudimos imaginar que nuestros conocimientos de matemáticas serían superfluos.

Cuando observamos como el ordenador les da a los de ahora el resultado de la raíz cuadrada de un número de tres dígitos con sólo “push the button”, alucinamos. También al verlos resolver una suma de dos o tres sumandos como máximo. Ni ese esfuerzo acometen. Lo realiza el ordenador.

Los años que nuestros maestros nos hicieron perder enseñándonos las reglas de la ortografía resultan aún más inútiles. El ordenador nos avisa de nuestra ignorancia y corrige el error. Tampoco hace falta saber escribir.

Existe un programa que transforma la voz humana que dicta en signos alfabéticos y numerales para que se materialicen en las pantallas.

¿Leerlos? Ya lo hace con voz alta y clara el ordenador. ¿Cuándo murió Mozart, dónde y su obra? ¿Dónde buscar la información? ¿Ningún libro la tendrá más exacta y mejor que un ordenador?

Se acabaron los alardes de los melómanos que apabullaban a los ignorantes con su superioridad cultural al nivel de cien euros la butaca del Real.

¿O la fecha del Premio Nobel de Canetti, que convierte a un lector en editor?

Tampoco debemos olvidar a contables exitosos, buenos conocedores de los vericuetos de las leyes impositivas para evitar las desagradables liquidaciones a las haciendas oficiales, o a los socios confiados, convertidos en escritores por mor de dos libros y medio bien inventados de la nada, ordenador con su programa de por medio.

Guionistas que siguen paso a paso las instrucciones de un programa de escritura televisiva, muy mejorado en su última edición, recién comprado en Hollywood... ¡Éxito seguro!

Podría continuar hasta el infinito. Todo el saber humano está en los chips o en los semiconductores. ¿Para bien? ¿Para mal?

Según la edad.

Los hechos son los hechos y llegan para quedarse. ¿Qué les resta a los humanos? Tiempo y poco desgaste físico y/o mental. Hemos convertido en realidad los designios, los mandatos divinos contenidos en el día Sexto de la Creación.

Dominamos el mundo.

La débil raza humana ha sobrevivido a las fuerzas de la naturaleza, a los animales más poderosos, a toda oposición externa. Los hemos vencido.

Volamos.

Llegamos a profundidades marítimas increíbles.

Se ha visitado la Luna. En Marte hay agua...

Yo mis queridos nietos, vengo del pasado, ayer, y he llegado al hoy, el futuro para mí, el presente para vosotros. He dejado pasar algunos conocimientos adquiribles con un poco de voluntad por mi parte.

Sí, la pereza mental, disimulada con un supuesto complejo de superioridad intelectual es la gran responsable de esta carencia que día a día notamos más y más, sobre todo cuando queremos saber-¡ya!- cómo se encuentra Arianne en Bristol o Muriel en Surrey, con lujo de detalles y-¡verlas!-.

No tengo perdón, pero cada vez que miro el desafiante ordenador de mi casa, lo detesto y me infunde repulsión.

Me he buscado otra excusa: si tengo que pensar “cómo” escribir no puedo pensar “qué” escribir, es decir, la mecánica supera al pensamiento simultáneo.

No me negarán que no resulta efectivo, sobre todo después del fracaso de cuanto enseñante de informática se ha puesto en mi camino. Será que me resisto a envejecer, tanto que después de decenas de años de utilizar la máquina de escribir, desde aquella vetusta “Underwood” de mis comienzos, a la automática, eléctrica y “tutti quanti” de los últimos años utilizada para la confección de mis guiones. Estos últimos años escribo con un lápiz de mina y un corrector consistente en una goma de borrar, como ésta, las anteriores cartas y otros escritos más largos.

¿Regresión pura y dura? ¿Bloqueo ante un presente que uno comprende pero no acaba de gustarle demasiado? ¿O no terminar de ajustarse al ritmo frenético del adelanto tecnológico? ¿O todo en porciones de un todo? ¿Qué quieren que les diga? Oigo música electrónica y me quedo con un tango de Gardel o un fragmento de Bach.

Pero la informática sirve también para enterarnos de que casi el 75% de los alumnos de la enseñanza pública española no quieren y evitan compartir su pupitre con un extranjero, moros -magrebíes en políticamente correcto-, negros - subsaharianos en políticamente correcto- o judíos sin ninguna corrección política. Con exactitud estadística. Toma ya, ¡qué suene que “Viva España”!, por cierto, que la música de este famoso éxito español es holandesa...

Concurrir a clase y aprender a utilizar un ordenador es importante, pero en eso no acaba la educación de un futuro ciudadano español.

Explicarle, enseñarle, demostrarle que la xenofobia, el antisemitismo en especial para nosotros, son taras del pasado, constituye una asignatura vital para vivir en estas épocas de un futuro que ha llegado ya. Para el mundo entero, España incluida.

¡Buenos deseos!

Pero si yo no consigo superar el bloqueo psicológico ante el mundo de la informática, ¿cómo exigir a los niños españoles de hoy que superen siglos de menosprecio antisemita impartido como verdad nacional desde los púlpitos durante centurias? Lo deberían hacer los maestros, pero...

¿Quién educa a los maestros, me lo explican, por favor?

Schalom

“PIL-PUL”

En mis distantes épocas de alumno de escuela primaria, tenía buena disposición para las matemáticas.

Una pequeña acotación.

Tuve el privilegio de hacer varios cursos en el Instituto Bernasconi. El “Bernasconi” ocupaba una superficie de cuatro manzanas. Un cuerpo de gigantesco edificio estaba destinado a las niñas, el otro a los varones. Tenía un gimnasio, un pabellón deportivo, una piscina cubierta climatizada, un teatro completo de unas quinientas localidades, una sala de música, laboratorios de química y física, decenas y decenas de aulas y muchas otras implementaciones para la enseñanza.

¡Era, espero que aún exista, un colegio primario, es decir, para niños y niñas de 6 a 13 años, exclusivamente!

Estaba situado -¿lo estará?- en el corazón mismo de una de las barriadas más populares de Buenos Aires, Parque Patricios, en el cual nació. Nietos, para que se ubiquen, estoy describiendo un colegio al que fui el siglo pasado, en los años '30. Gratis total. Los miles de alumnos, hijos de obreros, de artesanos, de pequeños comerciantes, no pagaban ni un céntimo. Ni uno solo. Era propiedad del Estado.

Por no pagar no pagábamos ni el vaso de leche con bollos que nos servían todos los días.

¿Cómo fue posible tal milagro?

Un inmigrante italiano, Bernasconi, que llegó a Buenos Aires muerto de hambre, se convirtió en millonario a base de trabajo, inteligencia y visión empresarial.

Vivía en Parque Patricios, no lejos de la casa de mi abuelo Benjamin Gelman, área del territorio de mi ajetreada niñez.

Era muy poco versado en letras. Por eso legó una parte importante de su fortuna a la educación. Afirmaba que era el único capital verdadero del ser humano.

Así nació el Instituto Bernasconi. No quiero pasar de largo sin el recuerdo de otro gran benefactor, Roger Ballet, un inmigrante catalán llegado a Buenos Aires a comienzos del siglo XX.

Se convirtió, con el correr de los años, en el único propietario de la mayor cadena de bazares de la Argentina. “Dos Mundos” se llamaban los establecimientos. Se auto- obligó a construir, dotar y entregar una escuela por año al Ministerio de Educación del país que lo había acogido cuando arribó desde su Cataluña natal con su maleta de cartón atada con cuerdas.

Lo hizo hasta su muerte.

Cambié de colegio primario un par de veces durante mi infancia, siempre en mi barrio, Parque Patricios. Nunca tuve que recorrer más de tres o cuatro manzanas desde mi casa al colegio que me tocaba por domicilio. Estudié desde el primer grado inferior, secundaria y la totalidad de mi carrera universitaria gratuitamente.

Domingo Faustino Sarmiento, quien fue Presidente de la República Argentina en la segunda mitad del siglo XIX, propició y puso en práctica la ley de enseñanza universal, obligatoria y gratuita. La Argentina de la venerada Ley 1420 ha sido, incluida España, el país hispanoamericano con menor grado de analfabetismo.

Quizá ello explique muchas cosas y también deje sin respuestas demasiados interrogantes, el peronismo, por ejemplo.

¿Por qué hice la carrera de Derecho a pesar de las recomendaciones de mis profesores y la opinión de don Mario Wolodarsky, mi padre, de que yo estaba especialmente dotado para las ciencias exactas?

La explicación es tan simple y tan confusa como lo era mi país natal en los años '40 en adelante: un explosivo combinado de la terrible guerra internacional antitotalitaria; el peligro de la exterminación de los judíos de la faz de la Tierra; el triunfo de un sistema fascista en Argentina; la necesidad de restaurar el imperio de la justicia en el mundo, etc, etc, etc.

¿Quién podía pensar en un futuro personal metido en un laboratorio de física o frente a una pizarra llena de fórmulas matemáticas o algo similar?

El lugar para nuestra idealista e ingenua juventud, la mía y la de miles de mi generación, estaba en la lucha, en la calle, no en un laboratorio aislado del resto de la humanidad. Así fue.

Lo paradójico resultó que los ingenieros, los físicos idearon y diseñaron la tecnología necesaria para el triunfo de las democracias, alguna menos, sobre los nazis y los enloquecidos militaristas nipones.

Las guerras se ganan no sólo con la valentía de los guerreros y los miles y millones de cadáveres que producen. Se vence cuando los bravos soldados cuentan con la técnica más avanzada de sus armas sobre la más atrasada de sus cobardes derrotados, muerto más o menos.

Así fueron, son y serán las guerras desde la Edad de piedra, cobre, hierro, acero, garrotes, arcos, ballestas, fusiles, cañones, fuerza física, cuerdas, pólvora, energía nuclear y otros terribles inventos de las mentes humanas a descubrir en los laboratorios, de física en especial.

Espero, deseo, creo un poco menos, -los integristas iraníes son una prueba evidente de mi desconfianza-, en que las experiencias pasadas lleven a la cordura en las relaciones humanas. Que antes de gatillar cualquier artefacto mortal individual o global, se hable, se discuta, se regatee, pero que vuestros nietos, mis queridos nietos de hoy, vivan en un mundo, o mundos, en el cual la paz sea un bien universal a preservar.

Por eso mi creciente respeto por los científicos, tecnólogos e ingenieros. Son los nigromantes del terror en caso de conflicto, pero también los garantes de la seguridad y supervivencia de los aparentemente más débiles y pocos en número.

Sí, me refiero concretamente a Israel y al pueblo judío.

No son, no serán suficientes miles y miles de fanáticos para eliminarnos de la faz de la Tierra. No.

Quienes lo planeen deberían pensárselo mejor..."Yo que usted no lo haría forastero"...

¿A qué viene todo lo anterior?

A una experiencia personal.

Estaba rodando la serie "Voces de Sefarad" en Nueva York, en la Yeshiva University para grabar una entrevista al Jajam Gaón Sefardí, en esos años profesor

de la prestigiosa universidad judía, -que lo es no sólo en materias religiosas, si no en muchas áreas del saber humano-. El jajam me pidió efectuarla en la Gran Sala de Estudios

Allí se hallaban centenares de estudiantes, sentados los unos frente a los otros, comentando, al viejo estilo jasídico, el “pil-pul”, la polémica rabínica utilizada para el análisis de los textos sagrados.

Yo me encontraba absorto en el encuadre del plano a rodar.

-“Solly, me dijo Nacho Palencia, mi espléndido asistente de dirección, ¿sabes qué están estudiando estos muchachos?”

Eché una rápida mirada sobre los centenares de educandos, tocados con la tradicional “kipá”, el solideo religioso judío. ¡Pues que otras materias que la Torá o el Talmud, Nacho!, respondí con la seguridad de un judío contestando a un, por supuesto, sorprendido “goi”.

-“No, Solly. Estudian física moderna”.

Presté atención. Penetré en el tumultuoso murmullo de centenares de parejas de jóvenes utilizando, en inglés, el antiguo método de estudios de los seminarios rabínicos. No cabía duda: era la ciencia para la cual el judío Einstein abrió las puertas del futuro, la física. Sí, el “pil-pul” de las yeshivot.

Schalom

CAP XVIII

Entre mis relaciones profesionales debidas a mis diversas actividades en el campo de la televisión internacional (fui desde guionista, -lo que más me agradó-, productor, -lo hacía muy bien y me pagaban mejor-, y directivo de programas y/o

producción,-lo que más pagaban-,) conocí a mucha gente de diversos países que se dedicaba al “negocio”.

El negocio de la televisión, -existen varios mercados internacionales-, está compuesto por las empresas que venden series, programas, películas, derechos varios (destacan los deportivos) y últimamente por compañías que venden ideas de programas.

Los llaman “formatos”. Tienen la ventaja agregada sobre la idea pura que te venden de que los guiones sólo se deben traducir y/o adaptar y son pilotos ya grabados del programa adquirido.

¡Eureka! Los ejecutivos de los canales se evitan el riesgo de pensar, grave situación que se debe evitar sobre todo si las neuronas del ejecutivo están inhabilitadas para superar el ¡sí “buana”! ¡Ha tenido jefe, como siempre una brillante idea! (esas frases con las que el ascenso está más cerca y el cocido, jamón de jabugo incluido, seguro por un mes más.

El “share”, es decir cuántos adictos tiene la fábrica de programas propios, pocos, comprados, muchos, formatos los que hagan falta y el altavoz político partidista, ni siquiera ideológico, en que se han convertido los informativos, - ¡pobre NODO franquista!- determinan la estabilidad laboral de los directivos actuales de la televisión, salvo honrosas excepciones.

A veces escucho el informativo en español de la BBC, sí, existe. No son infalibles y a veces se les escapa, no pocas, un yerro, grande o pequeño, pero quienes conocemos el proceso de elaboración interno de las noticias de la BBC las damos por fiables. Si los escuchan alguna vez y se acostumbran a los ritmos normales de un señor, a una maravillosa locutora india (en inglés) sin falsas posturas o entonaciones de voz prefabricadas para leer noticias elaboradas en los servicios de comunicación de los partidos y/o empresas comerciales, y levemente retocados en las redacciones, pueden caer en el síndrome BBC.

Esta enfermedad se manifiesta generalmente cambiando de canal nacional a la hora de las noticias y sintonizando un canal deportivo. Se recomienda en estos casos, si se trata de un encuentro de la selección nacional de cualquier deporte, apagar el sonido.

El deseo natural de que tu país triunfe no necesita de la exaltación enfermiza, ultra patriótrica de los relatores en off de las emisiones televisivas.

Tampoco los comentarios del gracioso de turno. Ni es comentarista de lo que ve, es televisión, ¡idiota!, ni gracioso, ¡memo!

Aparte de los naturales berrinches de cualquier profesional que estima su oficio y le revientan los chapuceros, los enchufados inútiles en el teatro, el cine, la tele, la radio, los periódicos, mi cariño por estos medios de comunicación humana es muy grande.

Han sido mi vida entera. Todavía hago algún pinito que me mantiene vivo intelectualmente.

Pero, mis queridos nietos, las reflexiones anteriores no los librarán de que les cuente alguna “guerrita del abuelo” que, me parece, es de lo que se trata.

Paciencia. Por experiencia personal les confirmo que es mejor tener abuelos que no tenerlos. Lo aseguro. El abuelo gratifica.

Yendo al tema. En mis andanzas internacionales trabé una buena relación con Urbinatti, nunca supe su nombre, a quién conocí en los remotos ‘50-’60 como representante comercial de la RAI, la emisora oficial de Italia, para Sudamérica. Tenía su oficina en Montevideo.

El ascendió, volvió a Roma y fue ganando posiciones. Llegó a ser un jefezo en la RAI, un “capo”.

Yo lo veía de vez en cuando en algún festival, en alguna feria. Comíamos o cenábamos juntos sin hablar de negocios. Cotilleo puro. ¿Hay algo más divertido que comentar acerbamente los incidentes, equivocaciones, y demás fallos de nuestros estimados colegas? De los gobiernos no. Él era funcionario; yo, generalmente contratado por un ente oficial o alguna empresa significativa en el país de turno.

Fue una buena relación. La añoro.

Hicimos algunas operaciones comerciales pero deseo recordar tres en las cuáles no hubo ni un solo dólar de por medio.

La primera fue muy divertida y aleccionadora.

La dirección de programas de Israel Televisión emitía los sábados por la noche, máxima audiencia, documentales tipo “Yo amo a mi tanque” (de guerra por supuesto) o “¡Qué bien lo paso los 21 días de servicio militar de reserva anual

obligatoria"! , cuando no otro sobre la política del agua o rollos parecidos. En sábado.

Modestamente le sugerí, -no era mi área de responsabilidad directiva-, al Director general ,profesor Elihu Katz, que por qué no se programaba algo más divertido los sábados en horario de máxima audiencia.

-¿Por ejemplo? dijo el director general

-Un buen show, respondí. Es lo más indicado por la experiencia internacional, la norteamericana en especial, subrayé.

Elihu era catedrático en Chicago.

-El potencial artístico israelí no da para producir un programa semanal, ni nosotros estamos técnicamente preparados, objetó sabiamente el profesor Katz

-Pero podemos programar uno muy bueno extranjero, emití la preparada respuesta.

-¿Extranjero? ¿Muy bueno? No tenemos presupuesto, observación realista.

Los únicos programas extranjeros que emitíamos eran antiguos, antiquísimos documentales americanos suministrados gratuitamente por la CBS probablemente descatalogados y en ruines copias.

-Pero, ¿si yo consigo, gratis total, copia incluida, una cantidad de shows de primera calidad?, realicé mi apuesta, un cuasi farol.

-¿Gratis? La palabra naturalmente interesó.

-Gratis total, copia y gastos de envío incluidos, doble mi apuesta.

-¿Quién puede negarse, Solly?- sonrió Elihú.

Llamé a Roma. Urbinatti era ya un gran "capo" en la RAI.

Además de un buen amigo, era un astuto comercial. Entrar con productos de la RAI en territorio nuevo no se podía dejar pasar de largo.

Las canciones de Mina, Doménico Modugno, el lujo de los decorados y el vestuario, a veces escaso, de las bailarinas (me recordaban los principios artísticos de los empresarios de las "operetas" en idisch, ¡"fisalejs"! ¡"scheine fisalejs"! , ¡"gambe, gambe": es decir, piernas femeninas al aire hasta dónde cambian de nombre) produjeron el efecto deseado.

¿Quién no quiere observar a una bella señorita con sus encantos vistos y/o sugeridos, buenas canciones, una excelente orquesta, gran música popular, etc, etc?

Éxito absoluto. Audiencias masivas. Creo que también en los ocultos aparatos del ultraortodoxo Mea Sharim. Pero lo más importante para Elihu y el gobierno fue otro inesperado gol.

Los palestinos de Israel y de los territorios en disputa, los jordanos, los sirios, los libaneses, los egipcios sintonizaron la televisión de los malísimos israelíes a pesar de las feroces advertencias de sus gobiernos.

No me dieron ninguna medalla, ni me aumentaron el sueldo, pero, ¡oh caso singular en Israel!: me felicitaron.

El segundo episodio en el cual intervenimos Urbinatti y yo fue realmente valioso. Lo guardo como uno de los grandes momentos de mi vida profesional en el campo de la televisión.

Fui el productor de la primera retransmisión televisiva del mundo de la Navidad Católica, en vivo y en directo desde Belén, el 24 de diciembre de 1968.

Los rocambolescos detalles los dejo para otra oportunidad. Un solo comentario: ¡los israelíes son únicos en inventiva y coraje en situaciones límite!

Yo estaba al mando profesional de esa tropa de excepción y me contagié de ellos.

Cogí el teléfono. Llamé a Urbinatti. Le ofrecí la exclusiva de emitir para todo el orbe. En ese tiempo, 1968, las transmisiones vía satélite eran casi ciencia ficción, pero no la vía terrestre de la UER, la Unión Europea de Radiodifusión.

Aceptó con una condición: el programa debía estar en Roma la noche del 24 al 25 de diciembre.

Llegó. Esa es otra historia. La relataré en el momento oportuno.

Pero ese 25 de diciembre de 1968 en todas las pantallas de Europa apareció el logo de Israel Televisión, la emisora judía por excelencia del mundo, como cabecera de la Misa del Gallo católica desde el Belén ocupado por Israel, por vez primera en la historia de la televisión mundial. Con visión del pesebre incluida.

Tampoco me subieron el sueldo. Pero sí aumentó mi prestigio, aunque de eso no se viva...pero ayuda para el siguiente contrato.

La tercera oportunidad en que los caminos de Urbinatt y el mío se cruzaron de manera profesional aconteció en Roma, durante un Viernes Santo, en el Coliseo.

¡Urbinatti, ti saluto! ¡Un abbraccio dove ti trovi, caro amico!

Schalom

EL COLISEO

Como les relataba en mi anterior carta, Urbinatti, ya convertido en importante “capo” de la RAI, la Radio Televisión de Italia, y yo habíamos colaborado en dos oportunidades importantes, al menos para mí.

Quedó pendiente el relato de la tercera en la que, gracias a la intervención de mi amigo, la jornada se convirtió para vuestro abuelo en memorable.

En realidad no aconteció nada extraordinario en los hechos, pero sí me condujeron a ciertas reflexiones. Fue muy interesante esa noche de marzo. Deseo compartirla con vosotros, mis queridos nietos.

Quizá, seguramente, no hay nada novedoso en mis pensamientos de aquel día pero sí supusieron para mí el ordenamiento de conceptos que me han guiado en aspectos fundamentales hasta hoy. Roma, un año de los '70. Semana Santa.

Estaba en la capital italiana por razones profesionales. ¡¡Un productor deseaba comprar los derechos de un guión mío para una película!!

Es decir, “deseaba tener los derechos del guión para “armar” el film”; claro está, firmar un contrato, sí, pero pagar un adelanto, no...

Como en otras oportunidades, no muchas pero demasiadas, la famosa película quedó en un bonito proyecto y el guión, me gustaba y me gusta, se titula “El robo de los Rollos del Mar Muerto”. Yace, creo, en un cajón de mi despachito.

Estaba en Roma con gastos pagados, por supuesto, mi época de ingenuidad paleta porteña había acabado; me había curtido. Europa es magnífica, más en esos años, pero dura y real. Su larga historia no permite ingenuidades, quizá las justas. Yo había pagado mi cuota vital en exceso en Argentina y en los primeros años del exilio voluntario. Aún, a pesar de los quinquenios de antigüedad acumulados, continúo auto engañándome, de vez en cuando, creyéndome bonitos cuentos de hadas.

Tenía pagado el hotel (muy bueno) un día más, y billete de regreso cerrado. Roma es bella, pero yo deseaba saludar a Urbinatii. Lo llamé a su casa. Las oficinas de la RAI estaban cerradas. Era Viernes Santo.

Nos encontramos en un bar cerca de la Plaza España. Estuvimos un largo rato conversando. Al despedirnos me entregó un pase de invitado privilegiado para presenciar la retransmisión de la RAI de la misa del Papa Pablo VI, cardenal Montini.

Me afirmó que tanto el escenario, el Coliseo repleto de público, como el despliegue técnico televisivo, gigantesco, serían para mí una gran experiencia personal a pesar de no ser católico. Se emitía vía satélite para el mundo entero.

Mi colega y amigo tuvo razón.

Pero los motivos que convirtieron ese Viernes Santo en una valiosa experiencia personal no fueron los tremendos elementos técnicos de la RAI, ni la alocución de Pablo VI, ni los fervientes 50.000 feligreses católicos italianos.

En primer lugar El Coliseo.

Recordé que la construcción de esa maravilla arquitectónica comenzada por Vespasiano en el año 75 y acabada por Tito en el 80, fue financiada en su totalidad con oro saqueado a los judíos por los romanos.

El Segundo Templo de Jerusalén, erigido por Herodes, estaba, además de lleno de elementos básicos de la fe mosaica, repleto de riquezas. Se afirma, parece cierto, que sus paredes se hallaban recubiertas de oro.

Por eso los romanos lo incendiaron. Pudieron así fundir el oro, que sumando a los otros tesoros del Templo pagaron el costo del Coliseo.

La Menorá y otras reliquias se perdieron en el saqueo y traslado a Roma.

Todo esto está documentado fehacientemente.

Ver el Coliseo repleto de romanos adorando la enorme cruz que coronaba el tablado desde dónde Pablo VI oraba, -no me encontraba lejos del Pontífice-, me ocasionó otra reflexión.

Unos siglos atrás, veinte casi, los asistentes no oraban pero vitoreaban los más sangrientos espectáculos organizados por el estado romano, de los que se tiene memoria histórica en ese Coliseo.

¿Cuáles eran los resortes de la psique humana para tales reacciones colectivas? ¿O los centenares de miles de peregrinos que anualmente rodean la Piedra Negra de la Meca? ¿Cuáles eran los motivos por los que muchos miles de judíos más o menos practicantes llegan a Jerusalén para orar frente al Muro de las Lamentaciones, el “Cotel Hamaraví”, restos de piedra del destruido templo de Herodes?

Lo hacen a pesar de las opiniones de que grandes maestros de la Torá, Leibovich por ejemplo, consideran tales prácticas cercanas a la idolatría. No es Dios. Son piedras.

¿O por qué millones de hindúes se agolpan a orillas del Ganges, polucionado al máximo, para sumergirse en sus aguas? ¿Qué neuronas hacían que los que iban a ser fusilados por orden de Stalin, el padrecito bolchevique máximo, gritaran antes de recibir la descarga mortal “Viva el Partido Comunista”?

Podría dar muchos ejemplos más, mayores o menores, de estados mentales parecidos.

El fanatismo es habitual en la raza humana desde el fondo de la Prehistoria a nuestros días islamistas y terroristas de todo género.

¿Por qué?

¿La necesidad de creer, de tener una fe religiosa o no, el temor a que la muerte sea definitiva, qué los paraísos, la gloria, la memoria histórica sean meras fantasías nos llevan a superar las conclusiones de la mente?, ¿hace que resulten suficientes para eliminar las conclusiones de la lógica racional?

¡Vaya incógnita! La mayoría no busca respuesta. No encontré la explicación a esas preguntas aquel día en el Coliseo...

Hoy tampoco...

Dejémoslo así.

Esa noche también me pregunté: ¿por qué iban las decenas de miles de asistentes a presenciar los espectáculos de muerte y sangre de la Roma Antigua?

¿Son las motivaciones idénticas de las concurrencias a los espectáculos llamados deportivos de la actualidad? ¿Qué atrae a miles de personas a las carreras de motos? ¿Las caídas? ¿La posibilidad de que se mate alguno y presenciarlo en directo? ¿Y en las de automóviles algo similar? ¿Y en las corridas de toros, sangre y arena, como reza el título de la famosa novela? ¿En el fútbol americano los choques de los nuevos gladiadores? ¿En el hockey sobre hielo algún “sticazo” que le rompa la tibia y el peroné a un rival? ¿Qué hace que millones de telespectadores visionen hipnotizados los “combates” de lucha libre, wrestling o cómo lo titulen?

¿No saben acaso que se trata de una pantomima perfectamente ensayada?

Podría seguir enumerando infinidad de “shows” que se celebran a diario en centenares de coliseos contemporáneos.

La violencia, la sangre, la muerte, inclusive los informativos televisivos son sus guerras en nuestros hogares constituyen “el mayor y mejor espectáculo del mundo”. El Coliseo hoy no está reservado a unos miles de romanos; sus espectadores son miles de millones.

El mundo es el Coliseo universal. No, no me olvido del fútbol. Representa, con una violencia contenida, la réplica de las antiguas luchas tribales. Algunos

descargan en sus gritos e insultos las frustraciones diarias. Otros los complejos sadomasoquistas que los afligen. No existe psicoanalista que los cure.

¿Cómo explicar si no “¡Viva el Betis manque pierda”! o ser hincha del Atlético de Madrid?

Los demás, como en este caso podemos elegir, nos cobijamos bajo los colores del Real Madrid o el Barcelona y así pertenecemos a la tribu ganadora.

¡Maravilloso privilegio de la civilización actual!

Estos conceptos filosóficos futboleros hispanos son aplicables a otros países. Boca, River, Maccabi, Hapoel, Puebla, América, Millonarios, Toluca, Santos, Flamengo, etc, etc. Como ven, queridos nietos, los gustos no han cambiado tanto.

Unos a sufrir, el resto a gozar presenciándolo desde las gradas o por televisión.

¡Schalom!

14 DE JULIO

Parte importante de la mitología de la juventud de mi generación la constituía París. Todos los aspirantes a escritores, directores de teatro, pintores, músicos, etc que pretendían triunfar en esta cosa del arte tenían una meta: París. Lo de Buenos Aires sólo era una breve escala inevitable. La gran periodista española de los '50-'60, Josefina Carabias, escribió: “Los argentinos cuando mueren no quieren ir al cielo, quieren ir a París”.

Esta dependencia intelectual de los jóvenes argentinos, en especial los de Buenos Aires, los singulares “porteños”, judíos incluidos, era heredera de las corrientes románticas del siglo XIX, los cultos “Unitarios” opuestos a la “barbarie” rosista, los caudillos federales.

También se sentían sucesores de los argentinos de los años '20, los “niños bien” que inundaron “rive gauche” con compases de tango y convirtieron “La Copule” en la catedral europea de “le tangó argentiní”.

Esta actitud trajo consigo varias consecuencias. La más grave fue que los intelectuales porteños vivían de espaldas a la realidad total de la Argentina.

En el interior, en las provincias crecía una clase social explotada al máximo por los señores locales, dueños de las tierras, del ganado, las famosas “vacas”, de los medios de producción, de toda la economía.

De esos explotados surgirían los “cabecitas negras”, la masa obrera emigrada del campo a las grandes ciudades reclamada por el incipiente desarrollo industrial de la rica Argentina de los años 40-50.

Los partidos políticos tradicionales, los radicales, los socialistas, etc no lo advirtieron. Argentina se reducía a Buenos Aires. Perón sí. El dictador fascista no sólo era perversamente inteligente, poseedor de cierta cultura, sino que ,además, provenía en determinada forma, del seno mismo de la clase social emergente, de los “cabecitas negras” como hijo de india que era y del interior. Su padre no. Sin entrar en detalles, eso le permitió ingresar en el ejército, escalar posiciones y llegar a presidente democráticamente elegido, como Hitler, de la República Argentina.

Y convertirse, también como Hitler, en dictador por muchos años.

Vivir bajo su “orden y mando” no fue fácil para los románticos y otros aspirantes a convertirse primero en artistas para luego saltar a París, o a dónde fuera, pues fuimos muchos los forzados a emigrar, no sólo a la capital del Sena.

El cariño por la “Ciudad Luz” permanecía fuertemente arraigado en los sentimientos de la intelectualidad porteña. Por ello cuando París fue liberado del dominio nazi, en Buenos Aires, una multitud, desafiando a la policía peronista a sus prohibiciones y a los ataques de los “barras bravas” de los matones sindicalistas, miles nos reunimos en Plaza Francia para celebrarlo.

¿Cuál fue el origen de tales sentimientos de admiración por Francia, su lengua, su cultura, sus pensadores, sus artistas?

Para los argentinos las mismas razones que alimentan igual respeto por el pueblo francés de millones de personas en el mundo. La Revolución Francesa de 1789, legislando democráticamente por primera vez en la Europa autocrática los Derechos del Hombre, los principios de Libertad, Igualdad y Fraternidad. Eso se celebra el 14 de julio de cada año.

Cuando se guillotina a Luis XVI no se lo ejecuta únicamente por sus desmanes absolutistas. La muerte por sentencia popular de un monarca por derecho divino, como lo eran los de la época, marca el final de un tiempo histórico, el del absolutismo de las clases aristocráticas, aunque se iniciaba así un difícil camino para los pueblos aún no recorrido del todo.

Los autócratas contemporáneos muchas veces fueron electos por sus pueblos en elecciones libres iniciales. Lo fueron y lo son.

Otros, designados por cónclaves marxistas asolaron medio mundo con millones de víctimas. Algunos continúan.

Los ungidos por Alá son decenas de reyes que viven en la opulencia y sus pueblos en la miseria. Como afirmaron en su tiempo las iglesias cristianas, sostenedoras de los derechos divinos de los monarcas, los judíos e Israel son los responsables de sus terribles problemas, no sus gobernantes.

La Revolución Francesa de 1789 en 1790 legisla la igualdad de los judíos franceses en el ejercicio de todos los derechos como ciudadanos. Fue la primera vez en la historia de Europa.

Nunca lo olvidaron los Hijos del Pacto.

La Constitución de los Estados Unidos de América ya los había establecido anteriormente en 1776 con carácter universal. Pero en el Viejo Continente se anuncia en 1789 una nueva era. No ha sido fácil, ni lo es ahora, establecer sus principios.

Los primeros inconvenientes se hallan en la misma Francia.

Eso de la “igualdad” si los pobres pretendían ejercerlo a fondo, podía amenazar a los nuevos y verdaderos dueños del país. Revolución pero sin exageraciones, eso impuso la burguesía, la real ganadora.

Napoleón fue e instrumento moderador. Pero el supuesto muñeco tomó vida propia. Ser director no era suficiente para él. Emperador sonaba mejor.

¿Por qué sólo Francia? Europa entera también debía ser liberada por el inventor de “la grandeur” francesa.

Millones de muertos, uno de esos millones franceses, fue el resultado de la cruzada. Destrucción, miseria, afianzamiento de los autócratas tradicionales, servidumbres...No fue un buen saldo de la aventura napoleónica.

España puede dar fe probada de los resultados de la ocupación francesa. Desastre total.

Sin embargo, muchos celebramos el 14 de julio. Es una efemérides propia. Como todas las etapas de cambios profundos de la historia, el progreso no es continuo.

Pasos adelante, detenciones, retrocesos. Pero siempre algo se avanza y se va construyendo, poco a poco, un mundo mejor al precedente.

Estoy seguro de que muchas veces el precio para estos pequeños progresos es muy alto en el día a día de cada uno. La visión del individuo sobre la realidad es cotidiana.

Los ciclos históricos se desarrollan durante siglos.

Pero para los que esperan la muerte del dictador de turno, o un cambio... ¡largo me lo fiáis caballero!, verdad total.

Igual que todos los años celebramos Pesaj, a pesar de todas nuestras penurias posteriores, muchos recordamos cada 14 de julio como fecha señalada, sin olvidar todo lo acontecido después y que tanto dolor y pesares nos ha producido.

Esa es la razón fundamental y no ningún otro motivo folclórico porteño o patriótico francés, que no lo soy.

Mis nietos queridos, espero que celebréis como personas libres el 14 de julio de cada año.

Schalom

¡QUÉ VIENEN LOS BAJITOS!

Como he relatado antes, y he hecho mención repetidas veces, he nacido en un barrio muy popular de Buenos Aires hace los años necesarios para que las personas de edad media me consideren respetable, (es decir, de la Tercera Edad), los que me conocen poco. Los que me conocen más, considerados “jóvenes” por aquellos autocalificados como “de edad media”, me tratan de una forma tan desusada que me llevan a esos remotos tiempos “...en que la sangre se altera”.

Gracias Esther, Raquel, Alex, Mascha, algún otro con quien estoy enfadado y no mencionaré, gracias igual.

A vosotros mis nietos: Arianne, toda una mujer ya, ¡cómo corren los años!, inteligente, con una vocación y unas condiciones naturales que han marcado con éxitos su camino futuro, ¡ojalá se cumplan las predicciones de los tuyos y de tus profesores! hermosa primera nieta mía.

De Muriel, una inteligencia congénita y una rapidez mental contenidas en un bello envase natural. Me adhiero a las palabras de alguien para quien Muriel trabajó: “La puedes dejar abandonada en medio de un desierto, encontrará agua, el camino y saldrá viva de él”

De Michelle y Marco...son pequeños todavía. Apuntan maneras, debería elogiarles, se lo merecen, pero vamos a esperar un poco...

No quiero parecer lo que soy, un abuelo atontado, casi, perdonen, baboso. Pero que a Lina y a mí nuestros nietos nos llamen por nuestros nombres y nos hagan partícipes directos de sus logros, nos llena de gozo y orgullo.

A todos los mencionados, jóvenes y nietos, les agradezco no permitirme entrar, -como sería natural-, en ese limbo estar vivo a la espera, con la mente repleta de imágenes televisivas, palabras radiales, escritos de otros y no de los propios con los que voy cubriendo mis jornadas.

Si tengo tiempo, estoy preparando una sorpresa. No sólo de los éxitos pasados se vive. Veremos...

A los de “edad media” que se preguntan cuando acaba ese periodo indeterminado al que se quiere llegar pero no abandonar, les daré dos señales que resultan infalibles:

La primera cuando alguien de evidente menos años que uno te llama “señor”. La segunda, -terrible-, es el momento en que, si por casualidad haces uso de un autobús, alguno o alguna te ofrece su asiento.

Aunque no lo crean, todavía quedan jóvenes bien educados, -¡rara avis!- pero maldita la gracia que te hace. Recomendación: si necesitas sentarte, acepta el ofrecimiento. No por rechazarlo será más joven.

Todas estas reflexiones se deben originar en que hace unos días he cumplido años, supongo. También, creo, me ha traído recuerdos de mi infancia y adolescencia. Fui, debo reconocerlo, un chico “inquieto”, bastante “inquieto”, con continuos “encuentros físicos” con otros de mi edad del barrio, es decir, peleas a puñetazos y patadas full-contact primitivas. En mi descargo es de señalar que las calles de Parque Patricios, los antiguos corrales de Buenos Aires, no eran las más propicias para los espectáculos intelectuales. No era el ágora ateniense precisamente.

Pero además, me indignaba que llamaran “ruso de mierda” a mi hermano pequeño y débil o a Pinie, que era tan educado que daba asco. Conmigo no lo hacía, salvo los foráneos la primera vez.

Mis amigos me respetaban, me lo había ganado como correspondía a las normas de convivencia con “galleguitos”, “tanitos” y algún que otro aborigen, pocos, de las cuatro o cinco manzanas que constituían el mundo y el colegio en el cuál, además, era el mejor alumno y me dejaba copiar.

Cierto día debí superar mi autodefensa, supongo, porque no fue sólo el padre indignado el que se vino a quejar al afligido don Mario Wolodarsky, sino que el policía del barrio hizo una visita semioficial a mis progenitores. El terrible suceso determinó mi futuro. Me llevaron al médico de la familia. El sabio doctor Alfredo

Garfunkel diagnosticó una violencia congénita e irreprímible. Prescribió la práctica de algún deporte de combate físico de contacto, ninguna otra mariconada.

Mi padre, que era un forofo de Max Baer el campeón judío de todos los pesos, se inclinó por el boxeo. Doña Rebeca, temiendo que los golpes en la cabeza me convirtieran en idiota, se opuso fervientemente. Madre al fin.

Mi tía Juana, la más joven e informada (leía la prensa en castellano, no en idisch) sugirió un deporte japonés: el yudo.

¿En qué club judío se practicaba esa extraña lucha, para mayor “INRI” japonesa? Lo de judío con Japón no encajaba.

Lo de enviarme a un club “goi”, gentil, estaba descartado. Jamás. Podía acabar conociendo a una chica no judía y además casarme con ella.

Investigando mi tía Juana descubrió que sí, que existía un club judío en el que se practicaba el yudo.

Hebraica.

Primer problema: estaba en el centro, lejos, en el Once, en una nueva sede recién inaugurada. Superado: yo podía viajar solo. Lo había hecho antes debido a la poca prudencia de mis primos cuando, apenas tenía siete años, había ido desde Mercedes a Parque Patricios (50 kms y tres medios de transporte distintos) sin previo aviso a sus tíos, es decir, mis padres.

Segundo inconveniente: era caro para nuestra economía...pero, ¿qué no se hace por salvar a un hijo de la cárcel a la que estaba predestinado si no me curaba?

Tercero: la inscripción de posibles socios estaba cerrada. La afluencia de nuevos miembros con la inauguración de la nueva sede había superado todo cálculo y las posibilidades físicas del nuevo edificio. Pero un miembro de la ejecutiva de Hebraica, el doctor abogado Julio Schwerfinger era primo de mi madre. Ya he hablado de la vitamina “P”: su término científico se denomina “Protetzkie”...enchufe en castizo.

Así fue como una tarde me encontré enfundado en un kimono, rodeando una cosa que, descubrí, no era una colchoneta si no que se llamaba “tatami” y que un señor, vestido con otro kimono, con un cinturón de varios colores nos saludó haciendo una reverencia oriental.

Se llamaba Kitashima.

Fueron siete años los que tuve el privilegio de ser su discípulo. El yudo significó un variado abanico de influencias positivas para el resto de mi existencia. Educó mis reacciones violentas. Las controlé y aprendí a dejarlas explotar, casi siempre, en el momento oportuno. Me enseñó que soltar el puño por cualquier supuesta contradicción no me ayudaría a tener buenas relaciones humanas fuera del barrio.

Me explicó cómo aprovechar la fuerza del oponente, y que el peso y el tamaño del rival podía, debían utilizarse en su propia contra. Que si uno era más pequeño, de corta estatura, (en aquellos años los japoneses lo eran y yo también), no constituía un inconveniente. Debía aprovecharse. Y aprendí cien trucos, llaves, golpes para vencer utilizando un autocontrol extremo, la inteligencia y el entrenamiento disciplinado.

Autocontrol, disciplina, inteligencia...las bases del yudo. A mí me sirvieron para el resto de mi existencia.

A los judíos nos enseñó además la oculta autodefensa. Son golpes y llaves yudocas, no muchas, pero constituyen una forma no deportiva de enfrentarte a quienes vienen a por ti para agredirte con intenciones “non sanctas”, por ejemplo, los furiosos ataques antisemitas de aquellos años.

¿Me fueron útiles mis conocimientos del yudo en su aspecto autodefensivo? Las veces que me resultaron necesarios. Eran tiempos difíciles para los judíos. Pero lo que sí me dio fue seguridad, confianza en mí. Fue de provecho.

Lo de “rusos de mierda”, “perros judíos” gritado con una cachiporra en la manos en actos institucionales, sinagogas y fiestas judías no quedaba impune. A los discípulos de Kitashima no les asustaban las cachiporras, los bates ni los puños de hierro.

Y a los jóvenes de Maccabi, del Haschomer Hatzair, Dror, Betar y otros tampoco, aunque recibieran más golpes que los yudocas. A los nazis no les fue fácil, en esas épocas, ser antisemitas en Argentina. ¿La policía? Bien, gracias.

Para mí significó muchas cosas más. Además de enterarme de que era ambidiestro, no sólo “patidestro” como sabía por la práctica del fútbol, me sacó del barrio. Existía un universo fuera de él. Escuche conferencias de personalidades, vi otras películas fuera de las de Tom Mix, Buck Jones, Charlot o el “Gordo y el

Flaco". Asistí, deslumbrado, a funciones de teatro en español de autores de los cuales ignoraba todo.

Leí libros que no sabía que existieran siquiera.

Hice nuevos amigos y amigas.

Tomé contacto con los movimientos y partidos políticos.

Era un niño. Atravesé la adolescencia y me hice joven en ese medio.

De los dos caminos que se ofrecían a la juventud de la rica Argentina de post-guerra opté, como algunos más, por el otro, el distinto al habitual de hacerse ellos también ricos.

No me arrepiento para nada. La he pasado bien, con angustias a veces, quizá algunas evitables, pero, ¡quién tiene unos nietos como los míos, unos amigos como los que tengo, una vida llena de adrenalina y todavía plena de proyectos!

Por eso me alegra el triunfo de la Selección Española de fútbol en este europeo de 2008. No sólo por ciego patriotismo, no.

Me gusta el fútbol, lo entiendo y lo conozco bien, por fuera...y por dentro.

Me alegra porque unos muchachos bajitos, -no tanto como yo, pero sí con respecto a italianos, suecos, alemanes y otros, agresivos por sus raíces hispánicas, la famosa "furia", por simple amor propio (la mayoría de esos jugadores son millonarios)-, hayan, sí por primera vez, entendido que no se debe ir al choque frontal con un oponente más alto, más fuerte. Derrota segura.

Que pensar, reflexionar y aprovechar en beneficio propio la fuerza del rival, generalmente engréido por ello, constituyen los secretos del éxito. No es otra cosa que aplicar los principios fundamentales del yudo, y de la vida, creo.

¡Bien, que vivan los bajitos inteligentes!

Schalom

REGATEO

Cuando llegué por primera vez a Jerusalén, la ciudad me sedujo. Dos mil años de un relatado exilio más cinco milenios de leyendas bíblicas y otras confluyeron en mí de golpe.

Quizá me ocasionaron el síndrome denominado “locura de Jerusalén”, llamado así por psiquiatras que te curan o no, con pastillas. Los psicoanalistas de ciertas escuelas, hay para elegir según el presupuesto de cada paciente, lo definen como “complejo” con el agregado de un adjetivo a elección del terapeuta: “schock intelecto-religioso”, “trauma infanto-adulto”, “eliminación de la imagen psicológica por la realidad subjetiva”, etc. En resumen: la presencia física de una ciudad que desde niño se anhela conocer y que, finalmente, el deseo se realiza.

Los psicoanalistas tampoco te curan demasiado, me parece desde mi incultura médica y el hecho de haber esquivado su terapia desde siempre, aunque, debo confesar humildemente, complejos no me faltan. Como a cualquier ser humano que piense o se mire en un espejo.

Eso sí, como tengo una cantidad de amigos y relaciones que ejercen la profesión de psicoanalistas, argentinos o no, me resulta muy agradable conversar con ellos.

Son cultos, tienen un amplio vocabulario e irradian una calma y simpatía envidiables. Supongo que deben ser asignaturas de la especialización.

¿De qué otra forma le contarías a otro tus cuitas si no fuera como católico un cura o a un amigo con una mesa del cafetín del barrio de por medio? Perdonen mi malformación tanguera.

Retomando el tema central de esta carta, queridos nietos, Jerusalén, continúo: la amalgama de sentimientos, lecturas, memoria histórica- ¿genética?-, los nombres de David, Salomón, Nabucodonosor, Jesús, Tito, Mahoma, Yehuda Halevi, Dayan, el soldado israelí sollozando junto al Muro y muchas otras, las clases en la Talmud Torá de mi barrio porteño, se unieron en un poderoso estallido emocional que, por laico que sea, me produjo una sacudida de extrañas e intensas repercusiones.

¿Quién es el valiente que no bailarías una hora en la Explanada del Templo cuando la ciudad de David fue recuperada por entero?

La política en ciertos instantes se olvida, pero respetar iguales sentimientos de “los otros” no estás demás. “Levinás, dixit”.

Si hay voluntad, soluciones se encuentran.

La inteligencia y sagacidad populares podrían servir para buscar fórmulas de acuerdo entre las partes. Una pequeña experiencia personal puede dar una pauta de cómo tratar con “los otros” y conocer cómo actúan.

Cuando la mitología se transformó en realidad cotidiana, retorné al trabajo diario, a los pequeños y simples gustos que constituyen el mundo de mis mayores placeres. Uno de ellos, en Jerusalén, lo constituía pasear por las callejuelas de la Ciudad Vieja.

Vivíamos no lejos de la Ciudadela, de la Puerta de Jaffa, unas 4 ó 5 manzanas. Por ahí accedía siempre a las intrincadas callejas de la capital de David.

A Lina le agradó una mesa de bronce oriental, muy al uso en las casas israelíes. Decidimos, es decir, mi esposa decidió, comprar una y llevarla dónde fuéramos como uno de los múltiples recuerdos, libros, cuadros, samovar, etc, etc testimonio de nuestra estancia en Jerusalén.

Un día llegó la hora señalada y entré por la Puerta de Jaffa, dinero en efectivo, “dolarim”, -en ese tiempo que supongo no se ha extinguido y volverá cuando la FED lo decida-, que valían más que su valor impreso, no sólo en Israel.

La mesa de bronce era mi único propósito. ¡Oh sorpresa! En la segunda tienda a la derecha, -enfrente existía un café palestino donde lo servían exquisitamente “a la turca”-, expuesta a primera vista, se hallaba el objeto de mis deseos. Brillaba seductoramente.

Entré. Un tiempo después, -¿una, dos horas?, ¿quién le quita a un comerciante árabe y a un comprador judío el placer del regateo?- llegamos a un acuerdo sobre el precio final...50 dólares. Definitivo.

Pero no era así. Yo no sabía cual podría ser su precio ni sus virtudes cuando comencé la compra, ¡porteño vivo!

Ahora, debidamente informado, podía recorrer las decenas de tiendas similares de la Ciudad Vieja y encontrar la verdadera ganga...

Cuando horas, muchas después, comprobado que 50 dólares constituía el mejor precio, ya las tiendas cerraban, decidí regresar a casa y dejar la compra para

otro día. Todas los locales estaban a oscuras, todas las cortinas metálicas bajadas...menos una.

La segunda a la derecha, entrando por la puerta de Jaffa, hacia la cual me dirigía para salir, estaba abierta e iluminada a pesar de la hora.

Sulei, el dueño, estaba en la puerta esperándome...

No sólo adquirí la mesa. Establecimos una relación amistosa.

Una vez por semana tomábamos un par de cafés a la turca enfrente de su tienda para no dejarla sin vigilancia.

Un tiempo después me dijo:

-“Solly, si nos dejaran discutir solos a los palestinos y a los judíos, encontraríamos una forma de entendernos...¿no te parece?”

Hace cuarenta años de eso. Ha corrido mucha sangre, la de los israelíes nos duele mucho más, hasta extremos que nos resultan a veces insoportables y claman venganzas...Yo también.

Pero si en la Vieja Europa hoy, después de tres brutales guerras en menos de un siglo, franceses y alemanes firman tratados comerciales, se sientan juntos en la Unión Europea y más cosas que no dicen públicamente, ¿por qué no en el mucho más anciano Próximo Oriente? ¿No se encontrará un camino similar?

Los israelíes, los judíos de todo el mundo, deseamos la paz. Los palestinos también, si los dejaran.

Sulei me confesó en uno de nuestros encuentros que su posición económica había mejorado mucho desde que los israelíes habían conquistado la Ciudad Vieja.

La paz ha sido posible con Egipto, con Jordania...

Habrà un largo regateo, años, muchos más, seguro. Pero se logrará.

Hay quién desea comprar, hay quién desea vender. Sólo existe un límite insuperable, un precio no regateable.

La existencia segura y garantizada de Israel. Los árabes lo saben perfectamente.

Una garantía internacional, con musulmanes incluidos. Israel también lo avalará con sus propias medidas, pero es un aval que puede resultar muy caro, para todos...

¡Ojalá, en su total significado, Sulei y yo podamos verlo!

Volveré, lo prometo, como sea, a brindar a la segunda tienda a la derecha de la Puerta de Jaffa, Sulei con el whisky que tiene para las grandes ocasiones. Yo, que no bebo alcohol porque no, haré una excepción. Hasta me emborracharé, situación a la que nunca he llegado en mi ya larga vida.

Schalom

NOSTALGIA

Aunque nací cerca de la “esquina del cielo”, San Juan y Boedo, barrio de tango, la última parte de mi estancia en Buenos Aires se desarrolló en el “Once”. El “Once” era uno de los ghettos de la ciudad, la judería más destacada de “la reina del Plata”.

Geográficamente se extendía desde la calle Pueyrredón hasta la calle Ayacucho y tenía como médula espinal la calle Corrientes. Sus estribaciones llegaban por un lado hasta la Avenida Callao y por el otro a la entonces llamada Jean Jaures donde se erguía el emblemático Mercado de Abasto.

Por el Norte, tocaba la avenida Córdoba y por el Sur Rivadavia, la calle más larga del mundo, y no son embelecocos de porteños. Es verdad.

Era el corazón y el cerebro judíos y de algunos no judíos, de la ciudad.

Allí, entre centenares de tiendas dedicadas fundamentalmente al comercio al mayor de la confección y textiles, se encontraban los teatros que representaban en idish: el Excelsior, el Ombú y mi inolvidable y amado IFT, el Idischer Folks Teater.

Había por lo menos que yo recuerde 4 ó 5 librerías especializadas en temas judíos. Aparte de unas pequeñas sinagogas, se erguía en la calle Paso el hermoso Templo, el más grande de Buenos Aires.

Las redacciones de los tres diarios en idisch, “Der Idischer Tzaitung”, “Di Presse” y el “Haiut” se domiciliaban en calles cercanas, en el mismo núcleo de la judería.

El mayor centro social, deportivo y cultural, “La Hebraica”, con sus cinco o seis plantas, sus instalaciones, su teatro, sus 50.000 socios -encabezados por un grupo de intelectuales judeo-argentinos que históricamente no se volverá a repetir-, también era uno de los buques insignia del barrio.

Un recuerdo del ego de mi carrera de autor teatral. En un pequeño local de cien localidades que se llamaba “Artea”, estrené una obra “Humoresky”, en castellano. Estuvo, creo, pues me marché en medio de las funciones, tres temporadas a teatro lleno. También se encontraba entre las fronteras del “Once”.

Los cafés, confiterías y restaurantes de comida aschkenazy, eran el muestrario gastronómico más exquisito después, claro está, de la cocina de mi “mame” y de mi suegra.

Allí, en sus escuelas, sus calles, de niños se hicieron adolescentes mis hijos.

El instituto secundario, el Colegio Nacional “Bartolomé Mitre” era conocido como el “Mitre shule”. En Pesaj, Roschashaná y Yom Kipur, para alegría de los no judíos, pocos, no se daba clase y no se computaba como falta de asistencia.

Existía un teatro sobre la calle Corrientes, una verdadera universidad dramática para autores y actores, el “Nuevo Teatro”. De allí salieron muchos grandes nombres. El más destacado y merecido, Héctor Alterio.

En la esquina de Corrientes y Pueyrredón, en un hermoso ejemplo de la mejor arquitectura italiana importado a la Argentina, vivíamos, mis queridos nietos, Lina, yo y nuestros amados hijos, vuestros padres. Hoy ese hermoso edificio no existe, ha sido derribado por la piqueta especulativa, no se puede creer, pero es cierto. Ha sido reemplazado por algo parecido a una toltería de cemento y ladrillo con entrada comercial.

Dentro de ese micromundo judeo-argentino un poco menos de 100 manzanas, se elevaba el edificio de la AMIA, destruido por el terrorismo islamista.

La policía, la justicia, los servicios secretos, los gobiernos de la Argentina no han podido, después de 20 años casi, no digo detener a los culpables, ni siquiera individualizar a los delincuentes.

Ahí estaban la increíble biblioteca del IWO, miles de libros sobre judaísmo, el seminario laico de maestros judíos y otras organizaciones de la comunidad. El edificio ha sido reconstruido. Muchos libros recuperados. Los judíos pueden. Lo que falta, me parece, es el espíritu que habitaba sus muros.

Ya no se puede ir a pie desde la que era nuestra casa a todos esos sitios. Las entradas de las tiendas de alimentos ya no huelen a arenques en salmuera. Ni está la señora sentada junto a Bar León con su canasta de “beiguels” y “tzibale-pletzs” frescos que me tenía preparada mi bolsa diaria para llevar. Ni el Bar León, catedral del dominó y el ajedrez de la ciudad entera.

Najdorf, el gran maestro internacional, se ganó muchos años el cocido diario jugando partidas simultáneas a un peso cada una. En idisch, por supuesto. Tardó diez años por lo menos en aprender español, pero fue el primer tablero argentino de renombre mundial.

Arianne, Muriel, Michelle y Marcos, nos les estoy hablando de la prehistoria. De todo lo anterior, de nuestro “Once”, no han pasado mucho más de 50 años. No queda casi nada, o muy poco.

Los edificios no sólo son demasiado grandes para las necesidades actuales de la comunidad, de 500.000 judíos en toda Argentina quedan, quizá, 200.000, poco más. El “Once” era la capital de todos. La emigración ha tenido mucho que ver, ¿en qué parte del mundo no se topa uno con algún judío argentino o sus hijos?

La igualdad jurídica y social de los judíos, aunque con roces con quienes, judíos o no, habitan en el pasado, ha presentando su factura y la han cobrado. Se llama asimilación, guste o no nos guste. A las nuevas generaciones de los que se han quedado les desagrada el olor de los arenques en la calle, el idisch como lengua franca del barrio, las casas, los vecinos, todo...Sus hijos se llaman Nicolás, Florinda, Facundo...no hay más "Moisheles". No van al "idische schule" si no al instituto inglés de moda. Y lo primero que han hecho ha sido mudarse a zonas más "fancys".

Hasta nuestros vecinos, los "turcos", es decir, los judíos sirio-libaneses, marroquíes, alepinos, salonikis y algunos turcos de verdad que convivían con los aschkenazis en el multicultural "Once", de han mudado también. No más "pipas" en los puestos de venta callejera, no más francés o árabe en mis oídos de porteños tiempos.

De todos a quiénes con afecto, digamos, critico, los Wolodarskys formamos parte. Fuimos de los primeros en abandonar nuestro Buenos Aires querido.

Los que se han quedado han seguido el camino detallado ya: barrios elegantes, nombres con ecos extraños, etc, etc. Eso los pudientes, a los demás los echó del barrio la crisis de las clases medias argentinas, que los llevó a la categoría de pobres, al cierre de unos comercios que no vendían nada, a un limbo económico sin otra salida que el infierno o la emigración.

No es mala leche, sólo una profunda nostalgia de un tiempo pasado, no necesariamente mejor, quizá peor: las dictaduras fascistas desde 1930, el peronismo, el post-peronismo, y todos los otros, salvo cortos periodos malogrados de libertad y democracia, que también están presentes en mis recuerdos.

¿Cómo podría criticarlos yo? Mis nietos se llaman Arianne y Muriel las dos mayores y son inglesas, de Londres. Los dos menores, Michelle y Marcos, son españoles, de Madrid. Del idisch no saben ni mú, ni una sola palabra. Castellano e inglés fluido; francés como una francesa Muriel y algo menos Arianne; italiano Muriel como una romana nata.

¿Cómo puedo atreverme a nada? Sólo nostalgia y lágrimas contenidas.

¡Mi "Once" querido, ya no te volveré a ver!

Schalom

NIEBLA

Al público en general, o quizá a más, le interesan las intrahistorias de las televisiones de sus respectivos países. Para definir correctamente esta conducta psíquica, debemos denominarla con su nombre científico exacto: cotilleo, chismografía o simple curiosidad malsana que se convierte en despreciativa cuando el interesado, juzgador nato, presume de cierto nivel de preparación intelectual.

Existían épocas en que era de buen tono asegurar que no se poseía un aparato de televisión entre los enseres indispensables del hogar. Los que ello afirmaban me recordaban a un vecino de la tele en Jerusalén, extremadamente religioso el individuo. Vivía en Mea Scharim, no lejos del edificio del Israel Televisión en Romema.

El buen ultraortodoxo -los rabíes de negros caftanes y rizos prohíben el visionado de este terrible instrumento diabólico- tenía un vicio, oculto, supongo que entre otros muchos: era un hincha, un forfo enfermizo del Maccabi de Tel Aviv.

Cuando Israel Televisión retransmitía un encuentro, al creyente ultraortodoxo lo vencía su perversa afición al baloncesto. Schmuél, el conserje de la tele, un hijo de Mea Sharim convertido en persona normal (una historia magnífica, os la contaré en otra ocasión queridos nietos), lo dejaba contemplar por el aparato de la portería a hurtadillas, el objeto de sus pecados. Ya arreglaría cuentas en Yom Kipur con el Altísimo.

Con los intelectualoides de los años 70 sucedía en esencia lo mismo. Mecanismo psicológico: no estaba bien, no era “in”, pero durante el café siempre se les escapaba una frase que los delataba...¿llegará a escapar “El fugitivo”? ¿Fue penalti o no la falta que le hicieron a Pirri?

Contra la tele no se puede. Lo único importante es clasificar este medio de comunicación de masas como lo que es: una herramienta. Lo bueno o lo malo no es la pantalla, sino el mensaje.

De eso sabían lo necesario quienes dirigían Televisión Española en los años 70. Y mucho más los ejecutivos de hoy en todos los rincones del mundo que dirigen las emisoras de televisión.

En la España de esos años existía un importante grupo de personas que, sin militar en ningún partido (que eran ilegales, por supuesto), tenían una ideología similar con miras al futuro. Años más tarde los politólogos los denominaron “posibilistas”.

Entre estos creyentes en hacer, -dentro de las claudicantes estructuras de la “dictablanda” de finales del franquismo-, lo “posible” para preparar al país para la inevitable, necesaria democracia que se avecinaba, había varios con quienes yo tenía una relación fluida. Y ¡oh sorpresa! Muchos de estos “posibilistas” eran directivos de Televisión Española, TVE...

Entre los experimentos que planearon existía uno con indudables peligros: producir un programa de entrevistas con personalidades del arte, del cine, del teatro, de la literatura, el deporte, etc, etc con unos elementos impensables, esto es, sin censura previa, en directo, en vivo.

Sólo pensar en ello con Franco vivo y lo peor, con los franquistas en el aparato del Estado, servicios represivos incluidos, constituía algo bastante más grave que un error. Quiero honrarles dando sus nombres:

José, Pepe de las Casas, Enrique de las Casas y quien quizá más se jugaba: Salvador Pous, director en esa época de la Segunda Cadena de la única televisión del país: la estatal Televisión Española.

Y otro nombre absolutamente sorprendente: Manuel Fraga Iribarne, Ministro de Información y Turismo de Franco en esos apasionantes años, quien apoyaba el invento. A mi me parece que él lo ideó. Un detalle: Televisión Española dependía del Ministro Manuel Fraga Iribarne...

Había que producirlo y dirigirlo. Se necesitaba un buen profesional de confianza, dispuesto a correr el riesgo. Y hacerlo bien, atractivo. De éxito.

Pepe y Enrique de las Casas dieron un nombre: Solly Wolodarsky.

Salvador no me conocía, pero tuvimos una conversación a puerta cerrada. De ese día nació una relación especial de recíproco respeto. La justa, pero nada mala. Creo, Salvador nunca me lo mencionó, que lamenta que yo tenga un defecto importante: no ser español nativo. Él es, como buen valenciano de Oliva, un amante apasionado de su Patria, España. Y lo necesariamente católico.

Supongo que “don Manuel” estuvo de acuerdo. Me lo dijo de pasada, en una entrevista que se le hizo tiempo después, en otro programa que yo producía y dirigía en otra emisora. El éxito tiene muchos padres.

Así nació un domingo de 1970 el mítico programa de Televisión Española “Estudio Abierto”.

No era el súper invento. Un programa largo, de dos horas de entrevistas y números musicales entreverados, pero poseía varios méritos. Era novedad absoluta en España. No tenía censura previa. Lo hacíamos saber “de paso” cuantas veces podíamos. Y en pantalla se comprobaba.

Más de un condenado por la “justicia de excepción” apareció dando sus opiniones libremente. Los socialistas todavía no sabían quién mandaba en su partido, pero a título personal asomaban la jeta si los invitabas.

El cuerpo de periodistas lo formaban tres jóvenes dispuestos a la emigración forzada: Jesús Picatoste, Manuel Leguineche y Julián García Candean, que conseguían los personajes y redactaban las preguntas. Tres distintos pero con similares agallas.

Y la joya de la corona:

Otro descubrimiento mío, sólo mío. Uno más. Muchos grandes nombres del cine y del teatro argentinos, de la televisión de muchos países han tenido la primera, la más difícil oportunidad conmigo. No lo digo yo. Lo dicen por escrito en periódicos, libros de memorias, etc los interesados. Lo demás, el resto de sus exitosas carreras lo deben a sus condiciones.

Fue la llave de la extraordinaria acogida del programa. Se llama José María Ñigo.

Todavía se lo ve algunas veces en cámara. En radio, todas las semanas.

Ha ganado peso. Le gusta comer a muerte como buen bilbaíno. Muchísimo. Ha perdido el enhiesto y tupido bigotazo que lucía. Se rapa la cabeza. Pero guarda los secretos de su humanidad, de una inteligencia natural y de una voz encantadora de serpientes.

¿Por qué elegí a ese desconocido “discjockey” de un perdido programa musical como presentador de “Estudio Abierto” en el que me jugaba el cuello? Secreto profesional inconfesable. No lo haré ni bajo tortura, aunque el suceso me dio la razón. Una vez más. Ni el propio Ñigo conoce los motivos.

Hoy al público, -estoy seguro que por razones que se podrían investigar pero nadie quiere hacerlo por iguales motivos como sucede con el precio del petróleo-, sólo se le ofrecen entrevistas del mal llamado “corazón”, que no son más que un sucio cotilleo de patio de vecindad.

Se debe aclarar, a favor de las vecinas, que ellas no lo hacen por dinero y son más prudentes que los supuestos periodistas. Luego están las tertulias políticas con sus tertulianos profesionales (esos de los que se sabe de antemano qué van a decir) que sólo emiten los mismos comentarios a todas horas, en distintas emisoras. Estos sí lo hacen por la paga, a favor, lógicamente, de quienes les pagan.

¿Las otras entrevistas tipo “Estudio Abierto”? Desaparecidas en combate...
¿Es un combate por las audiencias o estas audiencias están retroalimentadas por los dueños de la información? Vaya uno a saber...

El panorama actual es desalentador. Soy feliz por estar retirado y poder seleccionar los programas del mundo entero que me apetece visionar. ¡La NASA es grande y los satélites sus profetas!

¿A qué viene todo lo anterior?

Si bien es un dato jugoso apto para ser comentado por gente “enterada”, deseo relataros, Michelle, Marcos, Arianne y Muriel, -tengo el vago presentimiento de que mis nietos caerán en las filas de los fabuladores, de quienes las crean o de quienes las cuentan-, unos hechos ilustrativos sobre el llamado “factor humano” que destruye toda ecuación lógica o informática.

En Madrid hay pocos días de niebla, salvo a finales de diciembre, principios de enero.

Ese domingo de diciembre, creo de 1971, la niebla lo envolvía todo de forma no habitual en Madrid. No se veía un carajo. En mi trayecto a Prado del Rey (allí se encontraban los estudios de Televisión Española) atravesaba la Casa de Campo. Me agradaba ver los árboles antes de encerrarme 10 horas en un estudio.

Ese día la niebla era tan densa que no permitía ver los árboles a pocos metros. Si no hubiera tenido un programa a emitir lo lógico hubiera sido dar la vuelta y regresar a casa. Lentamente, casi a tientas, llegué.

Estábamos el equipo técnico, la gente contratada por el programa, los números artísticos -una aparición en el programa significaba miles de discos de venta la semana siguiente- los periodistas, Iñigo y yo.

Los invitados...ya aparecerían...

Pero cuando sonaron las 21:30, (la emisión comenzaba a las diez), cundió el pánico total...No había llegado más que uno, un prestidigitador que se presentaba no sé que día próximo en un teatro.

Me llaman desde el control central:

-Solly, hay que suspender el programa, con esta niebla, nadie sensato vendrá. Se juegan el físico y lo hacen gratis...Tenemos la película de reemplazo. Preparen el texto de disculpa. Que lo lea Iñigo en cámara.

Permanecí en silencio unos segundos. Respondí en alta voz para que me oyeran todos.

-¡Control central! De suspender, nada. El programa sale. A las 22:00, sintonía y den paso a Estudio 1.

-Solly, te van a empaquetar. No tienes ni para media hora.

-¡Control central! Se lo repito. Vendrán todos los invitados, poco a poco, pero no faltará ni uno.

-Como tú mandes...Por si acaso lo tenemos todo grabado. ¡Qué tengas suerte!

El lunes, ¡olé tus cojones, macho! Lo de “cojones” me llegó al alma, es un elogio español que se prodiga poco.

Ese programa fue un éxito No faltó nadie. La audiencia batió records, 4 ó 5 millones. Nadie, ni loco quería salir de casa. Yo quedé como el su pergenio, un sabio de la tele. Me dura hasta hoy.

Lo único que realmente hice fue valorar el factor humano.

¿Quién dejaría pasar la oportunidad de que lo vieran y escucharan millones de personas, especialmente su mujer, sus hijos, su suegra, los desagradables vecinos del 6ºA, los compañeros de trabajo, los envidiosos colegas? ¿Quién...?

¡Qué le den a la niebla, yo voy! ¡Aunque sea andando!

Considerar ese elemento, el ego que todos tenemos y que ocultamos más o menos, algunos menos, fue toda mi genialidad.

Schalom

LA JUSTICIA

Entre mis muchos errores, o dicho con mayor suavidad, falsas interpretaciones de la realidad real cotidiana de los años 40, en las circunstancias concretas en que había nacido unos años antes, se encuentra –ya lo he comentado con anterioridad- haber estudiado derecho y haberme graduado cuatro años después como abogado.

Fueron tiempos difíciles para mí. Estudiaba bastante bien una carrera que no me interesaba para nada, aunque lo hacía bajo la tutela de la última generación de grandes profesores. En la Universidad de la Plata se habían encontrado, hasta que Perón y sus huestes se enteraron, Alfredo L. Palacios, el mítico primer diputado socialista de Latinoamérica, Jiménez de Asía, el gran filósofo del derecho, un español refugiado republicano, Dayan, un penalista de prestigio internacional y tantos otros que habían proporcionado prestigio mundial a la Universidad argentina en los decenios 20 y 30.

Los oportunistas relegados por la sabiduría y el bien hacer, -apoyándose en un movimiento social inevitable, sabiamente orquestado y aprovechado por uno de los más inteligentes y perversos dictadores de la Argentina, Juan Domingo Perón, - se apoderaron de las universidades, y de la mía, la de derecho de la Plata, entre las primeras.

¿Qué justicia podía existir a partir de ese momento? Finalmente acabé mis estudios entre huelgas estudiantiles, cierres, manifestaciones, persecuciones policiales, etc.

Entre los que se graduaron conmigo había dos personas muy especiales: Boris Gregorio Pasik, Goyo, militante activo de la democracia, defensor de presos políticos en tiempos laberínticos en los que, muchas veces, el abogado del detenido también acababa entre rejas.

Murió de pena cuando el proceso fidelista fusiló a su hijo contra el Obelisco, en pleno centro de Buenos Aires, por pertenecer a una campaña de alfabetización.

El segundo, el profesor emérito, que lo fue, Isidoro Herman Goldenberg, mi querido Cacho: era un poseso del derecho. Lo amaba. Y como todos los embelesados no veía, estaba ciego ante los defectos de su amada Argentina.

Había un tercero. Se apellidaba Alfonsín, un gran tipo, honesto, cabal, inteligente. Fue Presidente de la República Argentina, democráticamente electo, y por supuesto duró el periodo mínimo que los huevos de la serpiente peronista necesitaban para eclosionar y apoderarse del gobierno.

La justicia una vez más.

A mí, ya os lo he relatado queridos nietos, me vino a visitar el destino: el éxito, por supuesto no como abogado. Las musas se presentaron y me dijeron: ¡ven! Con la comprensión y la ayuda de vuestra abuela Lina, las seguí. Hasta hoy, a las musas y a ella.

Eso me libró de la diosa Themis puteada, violada por sus sacerdotes, abogados y jueces. La abandoné para siempre.

¿A qué viene recordar estas “batallitas” del abuelo en estos tiempos del siglo XXI?

Ocurrió que hace unos días me invitó el Colegio de Abogados de Madrid, -he revalidado mi título para cobrar en mis sueldos el plus académico-, a visitar la exposición de la futura Ciudad de la Justicia de Madrid.

Impresionante.

Sus edificios circulares de ultra avanzada arquitectura y tecnología, serán el asombro del mundo entero y el orgullo de la España del siglo actual.

Pero, ¿se alojará Themis, la Justicia, en esos maravillosos palacios?

La historia europea de estos últimos siglos me ocasiona muchas dudas. Desde “La Ley del Rey es la Ley”, los tribunales nazis, soviéticos, islamistas o cualquiera de los llamados “de excepción”, tengo una fundada incertidumbre sobre la existencia real de la ley y el derecho.

No sólo en el viejo y prostituido continente o en las temblorosas democracias latinoamericanas, tampoco me ofrecen garantías las tan filmadas cortes de justicia norteamericanas.

Siempre hubo presiones políticas, económicas, “de facto” sobre los imperfectos seres humanos que componen los jurados, mafia incluida.

El caso más flagrante ocurrió hace unos años cuando un tribunal, jurado popular incluido, absolvió a un asesino, O.J. Simpson (sólo faltaba una filmación del acto criminal para completar el cúmulo de pruebas acusatorias, por el hecho de que el homicida era una estrella del deporte y además, negro.

La presión racial fue tanta, tan enorme, que nadie tuvo agallas para ajustarse a lo palmariamente demostrado y condenar a una luminaria nacional afroamericana, como es correcto denominar políticamente a una persona de color. Discriminación positiva se llama.

¿La justicia? Bien, gracias.

Ojalá no se repita en estos días. El complejo de culpa de la sociedad americana es tan enorme y tan merecido que puede superar la correcta justipreciación de millones de ciudadanos y llevar al poder precisamente al candidato no deseado en realidad por la mayoría.

Bueno, tampoco se acaban con esto mis sabias reflexiones sobre la justicia.

El 8 de junio de 2008, 6 de Diván de 5768, comienza Sabeo, la celebración judía que, además de recordarles a los fieles, en tiempos del Templo, que los sacerdotes también comían, rememora la entrega de la Torá, la Ley, por Dios, Supremo legislador de aquellas épocas, a su Pueblo.

Son 613 preceptos de conducta social dispersos en el Pentateuco, es decir, artículos de un código de derecho civil, penal y administrativo adecuados, muchos de ellos, no sólo para la época, si no también para nuestros tiempos.

Se llamó y se llama para aquellos judíos que aceptan someterse a esos mandatos, “Mischpat Ivrit”.

No necesito nunca de ningún palacio para actuar, ni una ciudad entera especial para alojarse. En el desierto del Sinaí, un modesto arca transportable, según la Biblia.

En Israel y Judea, durante los siglos posteriores, el arca se guardó en el Templo de Jerusalén.

Con la conquista romana el arca se perdió, por lo cual los descendientes de aquellos habitantes de Judea se conformaron con los Rollos de la Torá existentes en cada sinagoga del mundo.

Para su conocimiento popular, el poeta judeo-español Ibn Gabirol los reunió y les dio forma de poema, el llamado “Azaharot”.

Son 613 disposiciones. No las voy a mencionar ahora, por supuesto.

Recuerdo un profesor de Derecho Civil que tuvo que resumir todos los códigos de la materia en una frase: “La güita es de quién la tiene. El otro la tiene que reclamar”. Se llamaba Molinario mi docto enseñante.

Con respecto al derecho bíblico existe un famoso resumen doctrinal de unos de los mayores sabios del judaísmo, Hillel, el Viejo, el patriarca de la dinastía de grandes estudiosos de la Biblia y las “mitzvot”, leyes.

Hillel el Viejo vivió durante la época del Segundo Templo de Jerusalén, siglo I de la Era Actual, es decir, hace unos años, pero su síntesis del derecho hebreo sigue vigente: “No hagas a tu vecino lo que no quieras que te hagan a ti”. No se necesita más.

Lo único que no previó el docto maestro fue quien interpretaría el derecho hebreo con honestidad probada y fiable. Dada la época y los aciagos tiempos posteriores, no había duda alguna: los rabinos.

Tampoco pudo prever Hillel que veinte siglos más tarde renacería el Estado judío con el nombre de Israel.

Y que el derecho debía actualizarse para regir en un país del siglo XXI.

Pero como Israel es la concreción de muchas corrientes ideológicas del judaísmo, de las cuales la religiosa ortodoxa no es la menor, y el producto de un tácito pacto nacional, gran parte de las leyes del Israel moderno se originan en el derecho hebreo, con su interpretación rabínica correspondiente, aplicadas por tribunales rabínicos ortodoxos, el de familia en especial.

Quien haya probado la equidad de los Tribunales rabínicos ortodoxos que venga y os lo cuente. Sólo una historia aleccionadora: un colega mío, realizador televisivo norteamericano, Bob Michels se llama, judío practicante, quiso hacer aliá en el año 1968.

Se tuvo que casar tres veces para que el Tribunal Rabínico considerara válido el matrimonio y su hija no fuera una “goia”, es decir, una “no judía”.

No sé cómo es hoy el tema. Creo que la Corte Suprema ha intervenido con fuerza para atemperar ciertas tendencias rabínicas.

Negar la fuerza aglutinante de la Religión de Moisés para la conservación histórica del judaísmo, 20 siglos de persecuciones y matanzas, es simplemente imbécil por más laico judío que se sea.

Movimientos judíos actuales, surgidos en los albores del siglo XX, Bund, comunismo, sionismo de izquierda, Hashomer Hatzain, Poale Zion, anarquismo y “tutti quanti”, religiosos o no, se inspiran en la Fe Mosaica, que los nutre de sus principios básicos: ética social, moral familiar, respeto por los derechos de “el otro”, justicia, solidaridad sólo para enumerar los fundamentos.

Marx y Borojov consultaban la Torá, no me cabe la menor duda.

Yo, lo declaro públicamente, respeto a los religiosos, como a muchos que han dado sus vidas para que los judíos puedan orar públicamente y practicar los preceptos de la Torá, aunque se declararan “no creyentes”, es decir, creían que no creían.

Pero una cosa es una cosa y otra cosa es otra cosa.

La Judea del siglo I no es el Israel del siglo XXI.

Los principios básicos no han variado demasiado; su aplicación, totalmente.

Una anécdota de principios del siglo XX nos ilustrará con una sonrisa.

Mendl, recién graduado de la Yeschivá (seminario rabínico) de Rovno, Ucrania, se encuentra con Iacov, un buen compañero de carrera.

-¡Scholem Aleijem, Iacov!

-¡Aleijem Scholem, Mendl! ¿Cómo estás, cómo te ganas la vida querido colega?

-Estudiando la Torá todos los días.

Lacov sonrío. Le da una palmada.

-Yo también me case con una rica heredera.

Hoy, los millonarios que deseaban presumir de un yerno rabínico propio han sido reemplazados por el presupuesto del Estado de Israel y los muchos donantes del mundo entero.

¡Por favor “rebeñu”! ¡No haga más difícil aún este asunto tan complicado del crecimiento y la defensa de Israel!

¿Qué quieren? ¿Un palacio? ¡Les haremos una ciudad!

Si los madrileños pueden, ¿por qué no nosotros?

Schalom

LIMPIEZA DE SANGRE

Una de las preguntas que me auto formulo continuamente desde hace decenios y para la que no encuentro respuesta satisfactoria es ésta: ¿cómo en

pleno siglo XX un psicópata histérico pudo movilizar a casi un pueblo entero, quizá el más culto del mundo, para que lo siguiera en una cruzada con unas ideas propias de los albores del hombre en la Tierra?

Hace miles de años, muchísimos, el hombre de Cromañón, uno de nuestros posibles antepasados, luchaba por sobrevivir en un planeta inhóspito para un débil mamífero sin más armas que un cerebro en desarrollo y un dedo de la mano, el pulgar, que puede oponerse a los demás, agarrar y manejar con habilidad ciertos objetos . ¿Qué sus éxitos lo hicieron etnocéntrico, la raza superior entre todos los animales y bichos con los cuáles competía por la supervivencia?

Sí, se puede comprender.

Hasta la Biblia, Génesis, Capítulo Primero, 26, 27,28,29,30 y 31 así lo sanciona, Dios mismo en persona.

Pero que millones o miles de años después, según se acepte el comienzo del cuento este de la historia, alguien afirme ser superior al resto de sus congéneres humanos, es para que el diagnóstico general hubiera sido internarlo en un frenopático. Perro no mata perro. Más no, no fue así.

Lo hicieron líder indiscutible y los siguieron por millones, libremente.

Ni Freud, ni Canetti, ni los psiquiatras, ni los psicoanalistas, ni los sociólogos, ni mi autoestimada inteligencia me han dado una respuesta aceptable.

¿Estaban majaras los que el 5 de septiembre de 1939 dictaron las Leyes de Nuremberg?

¿Cuál era el estado mental de los millones que aceptaron las disposiciones dictadas por Hitler y sus secuaces para proteger la pureza de sangre alemana? No conozco la explicación, pero sí los resultados finales.

Europa semidestruida, millones de muertos. Peor les fue a los germanos. Alemania en ruinas, montañas de cadáveres propios, miles de niños no queridos de padres desconocidos, una de las perversas consecuencias de la guerra perdida, engendrados por no arios, por razas inferiores.

¡Qué vengan ahora los neonazis y su simpatizantes manifiestos, o semi ocultos, a contarme el cuento de la superioridad racial aria!

Creo que lo omiten cuidadosamente. Pero el mal no está eliminado. Existen y florecen otras formas de racismo. El blanco contra otros colores. El negro contra

los blancos. Y contra otros negros. En Sudáfrica los nacionales negros persiguen a los inmigrantes de Zimbawe, negros con violencia inusitada.

Todos los xenófobos aseguran que “los otros” son sucios, ignorantes, delincuentes, y otras lindezas. Algunos, pocos, agregan que, además, les quitan los puestos de trabajo.

Espero que la crisis económica que se avecina, o en la que ya estamos, no se agrave mucho y se supere antes que después. En caso contrario, es posible que recuerden a los judíos.

Ya lo hicieron los cultos alemanes para explicar sus derrotas y miserias. Y muchos otros regímenes manifiesta o calladamente. Además, en la actualidad debería colocarlos en el primer lugar, los exclusivistas religiosos islamistas afirman que los judíos deben ser eliminados del Oriente Próximo, físicamente: con la muerte, quieren decir. Después, cuando el Islam domine el mundo, ya se verá. Quizá convertirlos en esclavos sea suficiente.

Toda la culpa es de la raza maldita. Los reyes, jeques y demás caterva de oligarcas musulmanes que gozan de los dones mahometanos del Paraíso coránico en esta vida terrenal, no tienen culpa ninguna de que ellos, los pueblos del Islam, vivan en la miseria. No esperan a ser mártires. Mejor, las orgías, en esta vida. ¿Para qué morir?

¿A qué viene esa reiterada queja judaica, seguramente calificada de victimista por los que nunca han sido los paganos, los sacrificados propiciatorios en ningún altar religioso o secular?

Tengo motivos muy fáciles de comprender, además de la lectura diaria de periódicos, escuchas y visionados de informativos.

Hace pocos días, fue la conmemoración de una fecha, el 16 de mayo de 1865, ya avanzado el siglo XIX, data en la que se promulgó la supresión definitiva de las obligatorias informaciones sobre la limpieza de sangre de los españoles. Esa medida que afectaba a todos aquellos que pretendieran acceder a un puesto público, ser funcionario, -anhelos muy difundidos hasta nuestros días-, entrar en alguna orden religiosas, en una academia o en cualquier organismo que significara una prebenda o distinción.

Tenían que demostrar su limpieza de sangre, su pureza frente a toda contaminación de genes judíos hasta el origen de los tiempos. La higiénica medida precautoria tenía, en el años 1865, una respetable antigüedad.

Regía de una forma primaria desde 1449 promocionada en Toledo por Pedro Sarmiento y promulgada por el poder reinante. Después fue perfeccionada por la Inquisición.

Cuatro siglos de vigencia no está nada mal para una disposición antisemita. Claro está que los conversos eran una fuerza económica, política e intelectual demasiado poderosa en España.

Si convenía, de forma general, o cuando la ambición era de carácter privado, se recurría a la denuncia.

Los nazis tuvieron un buen modelo. Sin embargo es de justicia discernir entre los germanos y los hispanos en la aplicación de la limpieza de sangre.

Los teutones en pocos años, a lo sumo diez, asesinaron a seis millones de judíos y algo más de gitanos, negros, homosexuales, discapacitados y opositores. En España los quemados, en varios siglos, fueron miles, no millones. Los discriminados, muchos, acabaron dispersándose en el flujo común con mayores o menores dificultades. Se esfumaron.

¿Cuáles fueron las razones de tales y tan diferentes comportamientos? Los nazis luchaban contra el tiempo y el final, previsible, del apaciguamiento occidental. Los españoles sabían que no se debía investigar demasiado a los gobernantes, reyes incluidos, respecto a sus antecesores judíos.

En cuánto a la prosapia semita de delatores, mejor no profundizar, ellos mismos lo sabían por experiencia. Contados estaban los exentos de un abuelo judío o converso poco de fiar.

Al pueblo llano tampoco le placía ser investigado. Por eso quizá el miedo constante de los españolitos a ser denunciados y su tendencia al secretismo ancestral.

Los avances de la sociedad hispana en los últimos decenios van diluyendo estas características para bien de todos nosotros, los ciudadanos de nuestro país.

¿Pero cuándo finalizarán las fobias antijudías islamistas? Se impone recapacitar sobre el final de la Alemania nazi, “¡largo me lo fiáis caballero!”. Pero si un buen día se acaban los cachondeos del apaciguamiento de los así llamados países democráticos, puede que no sean necesarios millones de muertos.

Para finalizar, queridos nietos, una broma de la impía historia universal. Aunque lo duden, es verdad.

Los nazis buscaban la imagen del perfecto soldado alemán, ario puro, el ejemplar consumado de la raza superior.

Lo encontraron y dieron profusa difusión a su imagen.

Se llamaba Goldberg y era judío.

Schalo

LOS LIBROS

En Madrid se desarrolla la Feria del Libro en los días que escribo esta carta. Por una vez en mi vida, quizá haciendo memoria, es la segunda, se presenta un libro mío, “El judío de Hervás”, entre los millares de la feria.

La novela no ha sido mi manera de contar cuentos habitual. Lo hice en circunstancias especiales.

La vida te obliga, en determinados momentos, a consumir los días de una forma diferente a la que estás acostumbrado y te agrada. Yo he sido uno de los

privilegiados que han podido ganarse el pan nuestro con trabajos parecidos en mucho a los deseados por mí. No fue fácil ni conseguirlos ni practicarlos.

Afirmaban los empresarios de teatro, -en los tiempos en que el teatro era una actividad privada y no como ahora un negocio con el estado-, que cada español llevaba una comedia debajo del brazo.

Aunque en aquellas épocas no habitaba en España, yo era uno de esos con una pieza teatral apretada en el sobaco.

Pude estrenar. En mi Buenos Aires existía un movimiento de resistencia cultural a la dictadura peronista llamado teatro independiente. En uno de sus escenarios se representó, como ya he contado, mi segunda obra, “El crack”.

No se trataba, como era común entonces, de una proclama política. Era una obra teatral bien construida, me chifla crear fábulas para los tablados. Y tuve, dicen, éxito. Por lo menos así lo aseguraban los críticos, -no conocía a ninguno, quizá fue por eso-, y el público: la obra estuvo, dos, casi tres años en cartel.

Después todo lo demás. Dejemos mi ego para otra ocasión. No es el tema de hoy.

Pasé de ser un abogado, digamos mediocre, a ser un autor de teatro reconocido en mi país, pero que malvivía de su anterior profesión y de la nueva, también.

La incipiente televisión fue mi refugio. Me daba para vivir y sostener a mi familia, hasta que el despotismo se apercebó de que no llevaba en la solapa el escudo del partido apropiado...y no lo llevaría a pesar de que me lo habían regalado al mismo tiempo que me prometían olvidar mis peligrosos antecedentes de opositor.

Menos mal que la televisión era y es un negocio internacional y hubo otros lugares del mundo donde apreciaron mi buena profesionalidad. De eso hace una pila de años; en una de esas llegué a España. Ya lo relaté.

Lo nuevo fue cuando de autor teatral reconocido, de guionista de televisión de éxito (cuando escribir un texto televisivo era un trabajo casi individual y no como hoy el producto de un equipo de 10, 20 o más personas guiadas por un programa informático comprado en Hollywood), quise, pretendí, que me editaran una novela.

Sin llegar a leer el texto nadie, ni a los que pagan supuestamente por hacerlo lo hacen, me sometieron al siguiente interrogatorio:

-¿En qué medio trabaja?

-Estoy retirado. Colaboro en Radio Sefarad.

-¿Dónde? ¿Cuántos millones de oyentes? Preguntaron extrañados.

-No creo que sean tantos, ojalá.

-¿Cuántos libros ha publicado?

-Cuatro o cinco obras de teatro.

-¿Teatro? Eso no lo lee nadie. Es peor que editar poesía. (Pausa larga)

-¿Tiene alguna conexión, digamos política?

-Tengo buenos amigos en casi todos los partidos, pero no les pediré nada a favor de una mala novela. ¡Léala! Después me responde.

-Tenemos centenares de originales de noveles...

-Yo no lo soy

-Como si lo fuera, ¿cuántos ejemplares ha vendido de su última novela?

-De la única anterior, “El rabí no cree en Dios”, un par de miles. Está agotada. Pero el editor nunca me ha hecho una liquidación.

-¡Ni se le ocurra pedírsela” me interrumpió, sería su muerte civil como posible autor...

-¿Y de qué viven los autores españoles?

-Salvo tres o cuatro, no de sus libros. Ellos sabrán de qué y cómo.

Después de dos o tres respuestas similares, guardé cuidadosamente en un cajón los originales de “El judío de Hervás”.

Allí permanecieron sepultos.

Un infausto hecho que me ha destrozado el resto de mi vida, hizo que dos buenos amigos quisieran ayudarme, Jacobo Israel y Ramón Ferreira, y editar el libro.

Se vende poco a poco. “Hebraica” es una pequeña editorial, carece de un equipo de promoción y su departamento de ventas es reducido: Sandra Israel, que al mismo tiempo es editora, correctora, vendedora... Sólo la ventas, concentradas, y el apoyo de Casa Sefarad les permite continuar editando con frecuencia regular. Y existir.

Únicamente así buenas obras de interés judío, no sólo la mía si lo es, pueden ver la luz del día y participar en la Feria del Libro.

Ego aparte, la vanidad es un importante factor en este tipo de negocios, si se les ocurre visitar la Feria del Libro de Madrid y coinciden conmigo, será un placer conocerlos.

En caso contrario, allí estará mi obra. ¿Es esto publicidad?

Por supuesto que sí.

Los editores tienen experiencia sobrada en la difícil venta de un producto tan endiablado como es un libro.

Cada uno hace lo que puede. Es así querido nietos.

Schalom

MIGRAR

Hoy, como mis expectativas son, más que las del común de las gentes, inciertas, aunque para desespero de los estadísticos de las cajas de jubilación se prolongan a pesar de sus estimaciones deseo, mis queridos Michelle y Marcos, dejarles algo en claro.

Sé que se trata de un tema que por el momento no les preocupa nada de nada. Sin embargo, en cierta época de vuestras existencias se preguntarán:

¿Por qué hemos nacido en Madrid? ¿Por qué no en Londres como nuestras primas Arianne y Muriel? ¿O en Buenos Aires, de dónde proviene el abuelo? ¿O en Israel, en Tel Aviv, la Ciudad Blanca, en la que vio por primera vez la luz nuestra abuela, Lina?

No las podré responder en extenso. Las sagas no son mi especialidad. Ni tampoco soy un historiador que les pueda aleccionar sobre las migraciones de los

judíos, una característica del pueblo hebreo desde que Tito destruyó el Templo y Jerusalén en el siglo I de la así llamada Era Común.

Posteriormente, siglo IV de la Era Común, se declaró deícida al pueblo judío por decisión unilateral del poder religioso en Europa, sin consultar previamente siquiera a budistas, sintoístas, brahmanes y otras miles de religiones con millones de seguidores.

Los teólogos cristianos se hubieran encontrado con grandes sorpresas. Claro que en esos tiempos el mundo era plano para los doctores de la Iglesia y no existía nada fuera de Europa y algo de Asia.

Nuestros ancestros estaban allí, en el corazón mismo del único continente creado por Dios.

Como no tenían patria, ni ejército que los protegiera y habían matado a Dios, nadie los quería demasiado...si no les eran útiles...

Para mayor información, consultar los miles de libros sobre el tema. Pero esta es una explicación sucinta de los motivos de los continuos traslados de los judíos: vivían donde los dejaban y podían ganarse la vida.

¿Por qué la elección de Madrid frente a otros lugares? Tiene, -como en todos los casos de migraciones anteriores de nuestra familia, de acuerdo a la información que tengo de los Wolodarskys, que sólo llega hasta vuestro bisabuelo, mi padre Meier-, un motivo central, esto es, intentar lograr una vida mejor y un futuro para sus hijos existentes o a concebir.

Para mi padre, en los primeros años de la década de los 20, la elección fue sencilla:

Argentina era uno de los pocos países del mundo más o menos conocido que no exigía visado de entrada a quienes deseaban inmigrar al país. Para los tres hermanos Wolodarsky, hacinados en un albergue para refugiados judíos provenientes de la Ucrania azotada por los progroms blancos, rojos y de otros colores, en Génova, exhaustos, con los pasajes pagados por el Joint, las alternativas no eran demasiadas...

Yo nací a los pocos años en Buenos Aires como resultado de lo anterior y del casamiento de Meir con Rebeca, una bella muchacha judía de origen ¡vaya casualidad! Ucraniano.

La historia de Rebeca Gelman es diferente, pero en lo esencial similar.

La crónica de vuestra abuela Lina es más romántica, mucho más, pero tuvo un mismo lugar de destino por razones tan prosaicas o tan aventureras como las de mis progenitores.

¡Vaya agallas tenían vuestros ancestros que son los míos! Algún día de estos les relataré sus peripecias.

Los judíos en Madrid, -a pesar de las convicciones generales de los españoles, las públicas, en las íntimas todos creen esconder un antepasado hebreo o converso, quizá tengan motivos-, no son una novedad de los últimos decenios del siglo XX. Siempre los hubo en esta Villa y Corte.

Sin remontarnos a Tartessos, -hay tumbas en hebreo de la época, siglos V ó VI antes de la Era Común,- ni a la Hispania romana, ni siquiera a la época de las centenares de aljamas que cubrían los territorios de Castilla y Aragón, incluida la immaculada y pura Cataluña. Sí, en los tiempos previos a la Expulsión de 1492, (parece que Isabel La Católica ya no va para santa), había judíos en Madrid, antes conocido como Magerit en época de los musulmanes. Era una pequeña aldea que rodeaba una alcazaba mora.

Ya había comerciantes judíos entre la exigua población del siglo XI, así consta en los documentos de Alfonso VI cuando tomó Magerit en el 1083.

Tampoco es indispensable retroceder al floreciente siglo XIII para la aljama madrileña. Tenía una gran sinagoga vecina a la Iglesia de San Lorenzo. En 1391 fue destruida durante los atentados que azotaron la calle de la Fe, centro neurálgico del barrio judío de la época.

Ni siquiera es necesario llegar al siglo XV, hasta el fatídico 1492 de la Expulsión.

De la próspera comunidad hebrea del Madrid pre capitalino de Felipe II no se marcharon todos, ni siquiera muchos. Permanecieron más de la cuenta.

En lo que es hoy calle de Bailén, Plaza de Oriente, Plaza de Ramales, existía una rica comunidad, conversa, por supuesto.

Otra, más modesta, era la que rodeaba la plaza del Lavapiés actual, Avapiés antiguo; era un barrio de conversos, más dudosos que los ricos. De allí salieron los famosos “manolos”, que en 1808 dieron generosamente su sangre y su vida por la

independencia de España. Eran todos de prosapia de convertidos hebreos. Sí, todos, o casi todos.

Los nuevos judíos, no necesariamente la totalidad sefardíes de Marruecos, fuimos apareciendo durante los últimos años 50 del siglo XX.

No necesitábamos aparentar ser conversos como nuestros predecesores madrileños. Tampoco teníamos que presumir de judíos. No era esencial.

Ninguno, además, lo preguntaba. Éramos un elemento tan exóticamente histórico que nadie, excepto algunos antisemitas en activo, nunca faltan, y los investigadores, continuadores de la cepa hebraísta hispana, podían imaginar.

Pero los judíos habían regresado, como tales, a España.

Paradojas de la historia.

¿Los motivos?

Los mismos de nuestros antepasados, los que llegaron a Tartessos, los que siguieron a los romanos, los de los húngaros, germen inicial de la Comunidad Judía de Madrid, los de Tetuán, los de Tánger, los de Buenos Aires, hoy los de Caracas.

Muy elementales: ganarse la vida lo mejor posible y vivir en paz.

Yo fui un inmigrante casi casual. Como ya he narrado, mi andariega profesión me trajo aquí por un contrato de dos años...Después, como siempre, veríamos.

Pasaron.

-¿Por qué no te quedas un poco más?, me dijo Juan José Rosón, Secretario General de Televisión Española.

Pepe de las Casas, mi jefe, sonreía y Enrique de las Casas, que fue quién me había realmente captado-seducido, me guiñaba un ojo. Conocían mi pertenencia al Pueblo Elegido. Hoy no están con nosotros. ¡Gracias colegas! Los extraño.

Madrid era una ciudad tranquila, limpia, su gente acogedora y muy preocupada por mejorar su calidad de vida, sin obsesionarse demasiado por otras nimiedades sociales o políticas. Lucía el sol, las calles estaban llenas de personas ocupadas en adquirir y gastar en bienes que les hiciera más agradable la vida. Corrían los primeros 70. Más o menos como ahora, año 2008...

Tenía un buen piso, cerca del Santiago Bernabeu, que en ese tiempo ofrecía una buena piscina a sus socios, yo, por ejemplo, además de su ristra de campeonatos. Me gusta el fútbol. Es bueno pertenecer al bando ganador por una vez, si te dejan...

Mis hijos estudiaban en el mejor instituto de la ciudad, el mítico Ramiro de Maeztu.

En mi trabajo me dejaban casi elegir mis programas...Yo escribí, produje y dirigí los más interesantes de esa época. Claro está, conocía los límites. ¿Qué se me ofrecía a cambio? Una Argentina, una vez más, prisionera de una sangrienta dictadura. Unos países desconocidos o demasiado conocidos...

Probemos...

Han pasado, con algunos más cortos o más largos intervalos, 40 años. Y aquí estamos, Michelle y Marcos. Han nacido "gatos", madrileños, como otros judíos de esta ya nuestra ciudad.

Son la segunda generación en muchos casos....

Veremos...

Recuerdo una historia del gran escritor en idisch Moische Nadir.

Dos desesperados judíos, paisanos de un pueblo destruido por los nazis durante la invasión de Polonia, se encuentran en París en los días en que los hitlerianos entran en la Ciudad Luz.

Hay que escapar

-¿A dónde irás?, le pregunta uno a otro

-A Madrid, le responde el interrogado

-¿A Madrid? ¿Por qué a Madrid?, inquiera asombrado el otro

-¿Por qué no? Es la diaspórica réplica

Schalom

“MAME LOSCHN” EN ISRAEL

Hace unos cuantos años me contrató la organización estatal de Radiodifusión de Israel, “Rischud Haschidur” para que participara en la creación de la televisión estatal, Israel Televisión.

Fue, como ya he dicho, una experiencia única e irrepetible.

Pronto la Dirección de Producción del canal me hizo ver que mis conocimientos de hebreo (obtenidos en el “jeder”, escuela digamos primaria de Buenos Aires), eran no sólo insuficientes, -mi fonética aschkenazi no la entendía ninguno de los jóvenes a mis órdenes-, si no más bien nulos y risibles.

A ello contribuía, debo confesar, un elemento decisivo: mis nociones del idioma nacional israelí, consideradas con buena voluntad, las calificaría de menos de insuficientes.

La alternativa era el idisch, que sí domino, ¡ni pensar en ello!

Para mis subordinados era la demostración palmaria de que yo era, como en realidad soy, un hijo del “galut”, de la diáspora, lo que disminuía el respeto debido a un jefe, mucho más aún de lo habitual. Es un hecho, los sabras y los asumidos como tales después de dos o tres años de llegar al país, desdeñan a todos aquellos mandamases oficiales que pretenden ejercer su autoridad. Sólo existe una excepción: el ejército.

En el servicio militar los israelíes dejan en casa la “jutzpá”, la natural irreverencia de la juventud de Israel, para acatar la disciplina castrense. La seguridad del país va en ello.

Hasta los vi desfilar al paso correcto de los compases de la banda, con los uniforme debidamente abrochados y planchados en aquel memorable Primero de Mayo de 1968, la primera retransmisión oficial de la Israel Televisión.

Tuve el privilegio de participar en ello. Yo y treinta colegas llegados de varios rincones del mundo para poner en marcha la emisora estatal, entrenar a los israelíes y dejarla en sus manos cuando llegara el momento. Eran todos, vinieran de donde vinieran, mis inolvidables compañeros de esa especial legión extranjera, judíos o no, fluidamente angloparlantes; yo menos.

En Buenos Aires no me hacía falta, en los años 60, demasiada sapiencia en la lengua de Shakespeare para trabajar en la tele. Además, me habían calificado de sobresaliente, 10 puntos, en la escuela secundaria...Fue una, no la única comprobación, de que Buenos Aires no era la capital del universo, salvo París, claro está, “el paraíso al que van los porteños buenos” ...

Así que tomé la decisión, sabia como quedó demostrado, de comunicarme con mi tropa de forma autoritaria. Como ciudadano había cumplido mis obligaciones militares un largo año en la compañía de Servicios de la Escuela Superior Técnica del Ejército Argentino. Eran más de 100 oficiales, tantos como alumnos, y sus más de 100 nobles pero brutos caballos de paseo, por añadidura.

Pronunciaba mis frases en inglés, con tono militar, con exactas y pocas palabras. Conocía bien las explicaciones y órdenes técnicas, las demás, -por supuesto sólo las imprescindibles-, las pronunciaba dentro de mis límites, carraspeando si no encontraba la adecuada.

Funcionó. Yo los instruía. Ellos aprendían.

Mi departamento estaba en marcha a pesar de los agoreros que me veían en el avión de retorno.

Fue el primero en estar en condiciones de afrontar emisiones diarias.

Claro está, yo seguía estudiando inglés como prioridad lingüística. El hebreo se me resistía con ardor, heroicamente. Mis victorias, pocas y duras.

Llegué a denominarlo, por supuesto en privado, “tzará leumí”, algo así como “infortunio nacional” y no como se decía con orgullo, “tzafá leumí”, el idioma nacional.

El tiempo les dio la razón a los israelíes. El moderno hebreo es la lengua nacional que cohesiona a todos sus habitantes, vengan de donde vengan, y por supuesto, a los nacidos en Israel. Otro éxito de tesón común.

Claro está que, casi todos, hoy hablan un excelente inglés. Y algún otro idioma “de madre”. O por ósmosis chapurrean muchos, por ejemplo el español de las telenovelas.

¿Para qué me sirvió mi querido idish en el hebraico Israel? Para mucho más de lo que manifiestan públicamente los líderes nacionales.

En primer lugar entre los que yo adiestraba y mandaba al mismo tiempo había inmigrantes recién llegados “olim jdashim”, que no sabían ni hebreo ni inglés pero sí “mame loschn”.

Para ellos ese empleo era vital. “Solly, timer a toive (hazme el favor) zoog mir vos du vilst, in idisch...”

Yosl Mendelvici, un “olé jadasch”, era un técnico que había trabajado muchos años en la televisión rumana. Conocía su oficio como el mejor. Espero que se haya jubilado después de haber salvado más de un programa como hizo en mi época.

En segundo lugar, me fue útil con los parientes israelíes a quienes conocimos personalmente Lina y yo en esos días. Con nuestros amigos y familiares argentinos hablábamos en porteño, por supuesto.

Y en una ocasión el idisch me salvó de un gran aprieto.

Cuando Golda Meir asumió la jefatura del gobierno y debía dirigirse al pueblo por televisión yo, como el máximo responsable de producción, fui el responsable de la emisión.

Cuando Golda me escuchó maldecir en idisch porque, como de costumbre en los ensayos generales todo sale mal, se dirigió a mí en un sublime “mame losch”, con acentos parecidos a los de mi abuelo, Adón Benjamin Gelman, de quién junto con mi padre y mi tío lankl, aprendí esos bufidos.

Resumiendo, establecida la comunicación, Golda, como toda buena política, obedeció las órdenes del técnico de imagen.

La vi en otras ocasiones. Siempre hablábamos en idisch. Ello lo gozaba. Yo también.

A Eliahu Katz, -el docto profesor de comunicaciones de las Universidades de Chicago y Jerusalén, primer director de la Israel Televisión, un gran señor-, le convencí en nuestros diálogos privados en idisch de que usara sus profundos saberes académicos para convencer a su vez a políticos y rabinos de que nos dejaran poner en funcionamiento la emisora a nosotros, los sucios profesionales que integrábamos la legión extranjera.

Las clases y teorías, para las universidades. La dura realidad que depende de un cable, o de una orden mal recibida o mal dada, es bien diferente. Si te pierdes el tanto del triunfo del Maccabi de Tel Aviv contra el Real Madrid, no hay explicación teórica posible para los televidentes.

Eliahu era un forofo del Maccabi, un universitario a quien la vocación había llevado al apasionante mundo del “show bussines”.

Lo respeto. Su tenacidad consiguió de gobernantes y líderes religiosos la independencia política indispensable para hacer creíbles las afirmaciones de su tele al público de Israel, asunto muy difícil cuando el ente es oficial. También emitir en Shabat. Las condenas rabínicas fueron leves y breves. A todos les gusta asomar su jeta en la pantalla. En Israel, más...

De vez en cuando iba a Mea Sharim a disfrutar, a ver y a escuchar a los niños, futuros o no jasidim, cantar en idisch. Ellos, mal que pese o nos pese a unos y a otros, garantizan que el “mame loschn” no se convierta demasiado pronto en una lengua muerta, asignatura sólo de estudios universitarios.

En fin queridos nietos, ese tiempo pasado en Jerusalén, insultando a diario, mentalmente, como es mi habitual costumbre normalmente, constituye uno de los recuerdos más entrañables de mi vida.

Cuando mis discípulos palestinos me dieron una comida de despedida en Nazaret al vencer mi contrato y marcharme a otro destino yo, que tengo fama de duro, no sé si merecida o no, casi lloré. No me di ese gusto.

¿Por qué mis alumnos palestinos? ¿Qué les enseñaba?

Esa es otra historia, de las muchas que me dejaron esos inolvidables días transcurridos en Israel.

Ya las contaré.

Schalom

MI GALERÍA DE HÉROES

Hubo un tiempo, lejano ya, mis queridos nietos, en que el abuelo tenía el pelo largo, casi una melena, de color castaño oscuro y no escaso y blanco como ahora.

Es para vosotros difícil, imposible, imaginar el pasado. No existe. Sólo el futuro, que tampoco vislumbráis de manera muy clara. Únicamente el día de hoy, y, a lo sumo, mañana. ¡Gloriosa y feliz época de la niñez! Gozadla...

Pero para mí y los de mi generación, el tiempo ido existe.

Y no fue fácil, aunque nuestra aventura vital ha sido vertiginosa, las primeras décadas del siglo XX corrieron a tal velocidad que no daba tiempo a reflexionar a pesar de que la suerte del mundo estaba en juego y el futuro del pueblo judío, su existencia misma, era algo más terrible que incierto, su desaparición, segura. Hitler y el nazismo preveían el exterminio total.

Todos esos recuerdos se acumularon cuando me enteré del fallecimiento de Yossi Harel, un hombre que nació en Jerusalén en 1919. Fue miembro del movimiento kibutziano y oficial de la ilegal Haganá en los años previos a la creación del Estado de Israel.

Cumplió sus misiones con eficacia y valor, en especial la de ser encargado de la inmigración ilegal durante el Mandato Británico que prohibía la entrada de judíos en Palestina: así se trataba a los supervivientes de los campos de la muerte nazis.

Ningún país, inclusive las democracias triunfadoras, querían acogerlos.

Yossi Harel es recordado entre los muchos a quienes el Estado de Israel debe su existencia, no sólo por su heroísmo, -lo tuvo en muchas oportunidades-, era un valiente entre valientes antes y después de los hechos que le dieron notoriedad pública.

Fue quien comandaba el grupo de la Haganá que participó en el grave incidente del navío "Exodus", abordado por la marina británica frente a Haifa en

julio de 1947 y al que se resistieron los débiles refugiados organizados por Yossi Harel y sus hombres.

Tres muertos judíos y decenas de heridos fue el resultado. Los vergonzosos actos de los marinos de la Royal Navy dieron la vuelta al mundo en las primeras planas de los periódicos. Un titular más del convulso mundo de postguerra, pleno de noticias...pero esta fue de una gran perversidad.

El nombre de Yossi Harel no figuraba la mayoría de las veces.

Si como Yossi Harel en Israel se pueden contar por centenares los hombres y mujeres con agallas que hicieron posible la creación del Estado, muchos al precio de sus propias vidas, ¿por qué los, sin duda, merecidos obituarios que le han dispensado los medios de comunicación de casi el mundo entero en estos días? ¿Por qué él y no otros? No por los muertos del “Exodus”. La razón es más simple y aclaratoria: porque León Uris escribió un “bestseller”, “Exodus” con Yossi como protagonista. Porque además, Paul Newman, la gran estrella de Hollywood, lo encarnó en la película “Exodo” de 1960, gran éxito de taquilla ya convertida en un clásico de la cinematografía mundial. ¿Se necesita más?

Eso, y está bien, para recordar a unos e informar a los más jóvenes de lo sucedido, no hace tanto, antes de que sumerja en el farrago de la historia y sea un dato más en Internet.

Yossi se tomó su fama mediática como se la toman los hombres de bien: con calma, quizá con una sonrisa. Era un kibbutznik. Siguió al servicio de Israel dónde fue necesario y útil. Cuando llegó el momento del retiro, regresó a su kibutz, “Sdot Yam”. Allí permaneció hasta el instante de la retirada final. ¡Schlom, javer! ¡Jazak veematz!

Hoy, mis queridos nietos, quiero rendir homenaje personal a mis héroes particulares, a esos de quienes nunca hablarán los medios salvo si pagamos una esquela.

Constituyen mi galería privada de la gloria.

Yo tuve, como era habitual en los jóvenes conscientes de aquellos convulsos años, un sitio en el lugar que juzgaba adecuado para impedir el triunfo del mal, vestidas como fuera y hablara el idioma que hablaran las fuerzas de la abyección. Yo soy el producto de una conjunción de elementos, contradictorios a primera vista, que dan como resultado unos individuos únicos, a veces insoportables, los judíos porteños de Buenos Aires.

Nací en un barrio de tango, no lejos de esa “esquina del cielo”, que es San Juan y Boedo. Sus compases me acunaron toda la vida, inclusive hoy.

Mi idioma “de madre” como dicen los sefardíes, hasta los 4 ó 5 años fue el idisch. Después la calle, el barrio, me dio nuevas aulas.

Mi educación, al menos, es bivalente. La escuela, el secundario y la universidad en nuestro español vernáculo rioplatense. La moral, la ética, la familia inicial, muchas canciones y relatos, desde el “jeder”, la Talmud Torá barrial hasta mis primeros trabajos fueron en idisch, no en castellano.

Después hubo más: Brasil, Israel, la influencia de la URSS cuando existió, Francia, Inglaterra y algunas otras culturas, nunca como turista; no me gustan las prisas en esos aspectos.

No me conformo con el color local. Se desvanece cuando se vive en él.

Finalmente España, Madrid...Por eso mi galería personal de héroes es ecléctica pero no contradictoria.

Comencemos con la aclaración de que no están todos. La memoria a estas alturas de mi vida es frágil y se va difuminando. ¡Y son muchos! Con una premisa, todos lucharon por la libertad, por un mundo mejor.

Los judíos, además, combatíamos y combatimos por la existencia y el futuro del judaísmo con plenos derechos entre los demás pueblos de esta Tierra, la de todos.

Motl Vainerman, caído en combate durante el asedio al Kibutz Negbah de mayo a octubre de 1948, mi javer del Hashomer Hatzá. Jorge Calvo, asesinado por la policía nazi de la Provincia de Buenos Aires durante una manifestación en los primeros años 50, mi gran camarada.

Mi primo Santiago, Schulem de Quilmes, muerto en vida después de las torturas policiales en la cárcel de La Plata, Buenos Aires.

Victor Kamar, unos de mis alumnos palestinos preferidos, muerto antes de tiempo por su militancia a favor de la paz entre judíos y musulmanes, en Jerusalén, en 1975.

Boris Gregorio Pasik, Goyo, mi compañero de universidad y amigo, del que ya he hablado, defensor de los derechos de los presos políticos, muerto de dolor por el asesinato de su hijo durante el “proceso” videlista de los años 70 en la Argentina.

Itzik, “Primo” Balaban, fundador de Gasch, después de sobrevivir y vencer en el asedio de Negbah.

Moishe W., creo que ahora su apellido es Gefen, mi compinche de la infancia. Vive desde hace más de 60 años en el kibutz Gazit, soldado en tres guerras, rodeado de aldeas árabes, la mayoría de las veces no amigables precisamente. Allí, con sus 80 años cumplidos continúa cuidando de sus pollitos en el “lul” experimental del kitutz.

Virginia “Chiche” y Pinie Mihuan. A él lo conozco y lo quiero desde que nació. A ella 18 años después, cuando se casaron para hacer Aliá al día siguiente. Allí están, en la Jerusalén asediada en un comienzo, dividida luego y unida ahora, sin jamás abandonar la ciudad de David. Pinie pidió su reingreso en el ejército después de ser dado de baja por una lesión que le impedía correr y de tres guerras. Durante muchos meses realizó duros ejercicios de recuperación para obtener la reincorporación a la Tlavá. Lo enviaron a las fuerzas auxiliares.

Mouk, no me acuerdo del nombre. Se presentó voluntario en el año 1939 para alistarse con otros compañeros en el ejército británico. Sólo él volvió vivo.

“Tonio” Adams, mi compañero de clase, nacido argentino, de padres escoceses, fue a luchar con 17 años recién cumplidos. Se presentó sin ningún requerimiento en la Embajada Británica de Buenos Aires. Cayó en el desembarco de Normandía.

Mischa Gurievsky, familiar de mi esposa Lina. Brigadista en España, partisano en Rumanía, oficial del ejército rojo que tomó Berlín. Encarcelado por Stalin, murió en los Estados Unidos, como refugiado en la meca capitalista...

Y...

No quiero recordar más.

Fueron muchos los héroes sin fama que se cruzaron en mi vida. No pocos, los necesarios, con suerte dispar. Pero mandan las circunstancias y la conciencia de ese maravilloso, singular instante en que tu propia vida poco importa si la causa te parece noble y justa.

¡Schalom javerim!

A MÍ NO ME DA IGUAL

Después de ganarme la vida contando cuentos e historias, -algunas veces verídicas o que lo parecen, a través de actores, locutores y demás elementos de

ficción, nada hay más volátil que relatar la realidad, lo cotidiano, con noticias o comentarios radiofónicos como los que dan origen a este libro que espero que estén leyendo-, me di cuenta de que existen otras formas más fáciles y seguras “¡Nothing like show bussines!” de traer el dinero necesario a la encarnada cuenta familiar.

Dos son los maravillosos inventos que lo logran y que tienen la inapreciable virtud de ser absolutamente legales y nunca trasponen ni por breves instantes, las molestas restricciones de los códigos penales.

La primera es la de consejero o asesor: en “mame losch”, en el rotundo y maravilloso idisch de mi tío lankl, un rabino muy especial de quién algún día hablaré, un “eitzeguiber”.

Esta admirable profesión consiste en aconsejar, prevenir y planear futuribles para empresas, gobiernos, entidades internacionales y millonarios que lo son desde antes de necesitar ningún consejo: con heredar o no pensar demasiado en lo que hacían o hacen con respecto a la ética, la estética y la diosa Themis les resultaba y les resulta suficiente.

Un buen consejero siempre tiene razón. Si su plan sale bien, “¡miel sobre hojuelas!”. Es un genio. Si sale mal ¡por supuesto no han seguido sus consejos al pie de la letra los imbéciles que los debían aplicar!

Y el consultor siempre cobra...

La segunda embelesante actividad humana es la de crítico o comentarista. Hacer, no hacen nada, ni corren, ni juegan, ni escriben, ni interpretan, ni pintan, ni esculpen, ni componen música, ni cantan, ni tocan el piano, en resumen: nada de nada.

Su trabajo consiste en chismorrear o poner a parir a quienes sí hacen algo o intentan realizar un trabajo creativo, desde jugar bien al fútbol hasta escribir un buen guión de cine o televisión.

Hay algunos que conozco bien, los comentaristas de fútbol. Son los “pataduras” a los que en mi barrio poníamos de arqueros o porteros (según el país) porque ahí molestaban menos. No les duele ninguna patada a mansalva ni han estado escayolados 40 días para curarse una fractura. Pero opinan con un limitado vocabulario especializado que se debe aullar como si llegara “la fin del mundo”. Y ya está. Con eso basta.

El culmen de la profesión de comentarista o crítico lo ostentan tres especialidades para las que un título de algo viste mejor. A mi entender son: los críticos de música, literarios y/o teatrales.

Estas lucrativas actividades son ejercidas por quiénes pueden, no es indispensable, conocer solfeo o tocar en el piano “Para Elisa” como obra suprema en el caso de los opinadores de las artes gratas al oído. Hasta escriben tratados...Las dos restantes especialidades, requieren saber leer, oír, escuchar algunas veces y ser amigo, miembro o “compañero de ruta” del partido correspondiente, amante, socio u otras virtudes parecidas de los dueños o directores de publicaciones, radios o emisoras de televisión, para comenzar.

Se debe sumar una buena dosis de mala leche, sumisión y no necesitar indicaciones precisas de lo que si y de lo que no. Deben tenerlo incorporado como la línea editorial del medio.

Toda esta perorata anterior, que indudablemente me ha servido de alivio, ha sido necesaria para entrar en materia.

Voy a ejercer por una excepcional oportunidad funciones críticas. Y lo haré con dos temas que me son especialmente queridos, el teatro y el idisch, que en este caso van unidos: la representación en Madrid -¡en Madrid!, ¡en idisch!-, a cargo del “Teatro Hebreo Estatal de Bucarest” de la adaptación de la novela epistolar de Scholem Aleijem conocida por todos como Menajem Mendl y titulada en este caso como “La novela de un hombre de negocios”...

Recordé mis tiempos del Idisher Folks Teater, el IFT de Buenos Aires, de Ben Ami, de Morris Schwartz, de Miriam y Shifre Lerer, dos muchachas nacidas en Médanos, una colonia agrícola cercana a Bahía Blanca, Argentina.

Pensé que por algo Abraham Goldfaden, el padre del teatro en idish, dejó sus seguros estudios rabínicos para dedicarse a convertir los “purim schpil” de unos mendicantes músicos y cantantes en teatro formal, estableciéndose en Jassy, la antigua capital de Moldavia. Pensé que por algo la primera función teatral en idisch se había efectuado en el bar Simón Marks de esa ciudad rumana y que en el reino de los Migueles (los reyes rumanos) llegaron a vivir 800.000 judíos idisch parlantes.

Y en medio de una lluvia inesperada por lo violenta en Madrid, fuimos Lina y yo plenos de interés y alegría propios de tiempos pretelevisivos.

Pero olvidé, en mi entusiasmo, que siempre el antisemitismo rumano fue terrible, que desde finales del s. XIX los partidos así llamados democráticos en Rumania, -los conservadores y los liberales-, eran antisemitas, que desde 1929 la “Guardia de Hierro” de Ion Antonescu y sus legionarios estaban hechos sobre el molde nazi y la Gestapo...

También omití el recuerdo de campos de concentración como el de Targu-Jiu, y que Rumanía no fue ocupada por los alemanes y que como resultado de todo lo anterior más del 50% de los 600.000 judíos rumanos fueron asesinados, y que el resto fue echado de sus fronteras, que barcos como el “Sturma” y el “Mefkure” se hundieron con sus centenares de judihuelos a bordo camino de Israel. Quise olvidar también que los comunistas pre y de Chauchescu pretendieron lavar la cara de su antijudaísmo cerval con la creación de teatros nacionales hebreos en Jassy y Bucarest. El de Jassy cerró hace años.

El de Bucarest todavía no, pero si no fuera una entidad oficial de propaganda debiera hacerlo ya.

Si en Rumanía no tiene público, en sus giras el espectáculo no ayuda en nada a la buena imagen de país.

Los esforzados actores, buenos profesionales, (aunque alguna actriz debería pensar seriamente en retirarse) hacen lo que pueden. Salvo dos o tres, están actuando en un idioma que les es extraño. Lo han aprendido, se supone, pero mal. Su expresión corporal también los denuncia, pertenecen a otra cultura.

En cuanto a la dirección también es de juzgado de guardia. Ha dilapidado el dinero del Estado rumano en algo indescriptible, ni siquiera propio de un cuadro filodramático de pueblo, y éste, afirman, es oficial, es el máximo exponente del teatro de un país...

En lo que respecta al texto, cuyo responsable penal es un tal Harry Eliad, debe ser procesado por asesinato del maravilloso texto de Aleijem sobre las cartas de Menajem Medl, un prototipo que tiene mucho de la experiencia vital del autor.

En fin, si Rumanía quiere recuperar su prestigio internacional y honrar a sus judíos mejor haría en recordar a varios de sus grandes hebreos, como Tristan Tzara, nacido Sami Rosenstein en Moinesti, fundador del dadaísmo y uno de los precursores del surrealismo, o ya en teatro, a un tal Eugene Ionesco, creador de una de las corrientes modernas, el teatro del absurdo, por ejemplo...

Sí, debería hacerlo, y no incidir en el intento propagandístico absurdo de mantener un teatro sin actores y lo que es peor, sin público, al que en gran parte sus nazis exterminaron, sus continuadores expulsaron u obligaron a emigrar.

Eso sí, sin olvidar que el “hora”, el baile nacional israelí es de origen rumano y que la “mameligue” de Besarabia es un bastión gastronómico insuperable.

Sí, Marcos, a mí no me da igual.

Schalom

PEISAJ

Uno de los recuerdos más entrañables de mi infancia es el de los dos días primeros de “Peisaj”, así diaspóricamente pronunciado porque de otra forma carecería del contenido sentimental que esas jornadas tienen en mi memoria.

Los ocho primos, los tres varones mayores de los tres hermanos Wolodarsky, -mi tío Rav Iankl, mi padre Meier y mi nunca olvidada tía Mindl-, nos llamábamos Schulem en honor de mi abuelo al que nunca conocimos, el mítico “Melamed” y sus famosos dichos de las historias familiares.

Las dos chicas se llamaban Raquel, por mi abuela, también sólo imaginada; después un José y una Luisa, supongo que por parte de mi otro tío...

Eran días de felicidad. Lo de la sinagoga lo cumplíamos a medias; por las mañanas recorríamos el campo cercano, Quilmes, la distante villa situada a veinte y pico kilómetros de la capital, el mítico “Buenos Aires querido” de mis aquellos lejanos años.

Quilmes, hoy un suburbio, un barrio, era un pueblo alejado en medio de árboles y matorrales, recostado sobre el río color de león. Allí, mientras los mayores cumplían con los preceptos religiosos, los tres Schulems nos dedicábamos a las actividades cinegéticas persiguiendo sapos, ranas y humildes zorzales con un éxito relativo.

Por las tardes después de entrar en el “schil” muy temprano, mi tío, Rav lankl afirmaba que Peisaj era el acontecimiento más importante del judaísmo, y era necesario venerarlo hasta la extenuación. Los tres “apicoiris” salíamos a los pocos minutos y consumíamos las horas asistiendo a las aventuras de Tom Mix o Buck Jones, cuando no a las jocosas pensa de Carlitos Charlot, éstas en un mundo malvado. Cometíamos nuestros pecados en un modesto cine de barrio.

Las cenas eran la culminación majestuosa de estos fastos.

Además de comer hasta ponernos morados, -¿dónde están hoy el “guefilte fish” o los “Kneidaj” de aquellos tiempos?- participábamos en las gloriosas gestas de los iniciales judíos guiados por Moisés, Aarón y Josué, transportados por la extraordinaria interpretación de mi tío Rav lankl quien no se limitaba a correr sobre las líneas de la Hagadá para llegar antes a la cena, sino que impregnaba al texto de toda la grandeza que tiene: es el acta fundacional de nuestro pueblo.

Ya mayor comprendí otros aspectos importantes del libro de “Exodo”. Después de más de 400 años en Egipto, las tribus llegadas en tiempos de José no se habían integrado ni sus miembros considerados egipcios. ¡Cuatro siglos!

Lo vinculé a la presencia de los judíos en España, centenares desde Tartessos a la caída de Granada en 1492 y la presencia de hebreos en países musulmanes. Tampoco pude evitar la relación de esas cuatro centurias con la existencia de judíos en Alemania y su criminal epílogo.

Ni, además, a la segura vida de otras comunidades actuales: Argentina, Francia, Estados Unidos...

Y me di cuenta, una vez más, de que la Biblia ha sido escrita para ello, para recordarnos lo que no debemos olvidar.

También me hizo valorar la gran estatura histórica de Moisés. No sólo lideró una turbulenta revuelta de oprimidos y esclavos, sino que les proporcionó una cohesión nacional mediante un Dios Único y una jerarquía directiva.

No contento con ello, para afirmar la unidad nacional naciente, legisló a la manera de esa etapa de la humanidad, por orden divina, unos códigos de leyes para la convivencia de esos escapados del despotismo faraónico que se llama Torá, es decir, La Ley.

Y su genio militar vio imposible derrotar a los ocupantes de Canán en esos momentos con las fuerzas y las armas que tenía.

Por ellos se dirigió al Sur, un camino más largo y duro que cruzar el delta del Nilo, más directo pero que les conducía a una segura derrota bélica y a sus terribles consecuencias: muerte y esclavitud.

Ya llegaría el momento oportuno para la conquista de la Tierra Prometida. Arribé a estas reflexiones porque mi tío Rav Iankl me dio la base necesaria en aquellas interminables cenas de Peisaj. No sólo leía la Hagadá, la comentaba históricamente, además.

Tampoco puedo olvidar que era Pesaj, hasta no hace mucho, la época ideal para los progroms con el pretexto del crimen ritual: amasar el pan ácimo con sangre de niños cristianos. Se nota que nunca comieron matzá.

El libelo sangriento provocó víctimas inocentes durante siglos. A pesar de que los sacrificios de sangre están expresamente prohibidos por la Torá, y que la carne de los animales matados para el consumo de las personas debe ser oreada y salada para que su sangre sea eliminada hasta la última gota de acuerdo a las leyes de la “schfitá”, matanza ritual; esa práctica nunca fue aceptada ni comprendida por los pueblos paganos, excepto por los musulmanes.

Desde los griegos relatos de Apión, hasta bien entrado el siglo XX, los últimos casos en el Caúcaso soviético durante la campaña antiisraelí del gobierno comunista, nunca faltaron las acusaciones de crímenes rituales. Fueron miles en toda Europa.

Los españoles guardan especial recuerdo de uno: el Santo Niño de la Guardia.

Desde 1490 hasta 1943, con una publicación de Manuel Romero de Castilla, el culto al “Niño de la Guardia” ha continuado durante centurias. El

inocente niño cristiano sacrificado por los deicidas judíos y conversos para ser objeto de prácticas religiosas mosaicas, continúa sin ser eliminado del imaginario católico español.

Sí, mis queridos nietos, no saben cuanto lamento no poder brindarles nada parecido a mis Peisaj.

Las familias dispersas en la globalidad de un mundo virtual no pueden ser reemplazadas por las frías cenas institucionales que sí se hacen largas e interminables.

Ni Internet puede reemplazar a mi tío Iankl.

Pero recordad que la Hagadá de Pesaj y el Éxodo bíblico son una maravillosa novela sobre la creación de un pueblo, al que pertenecemos así que pasen 20 ó 50 siglos porque, según parece, nadie quiere que lo olvidemos. Los primeros, nosotros.

Schalom